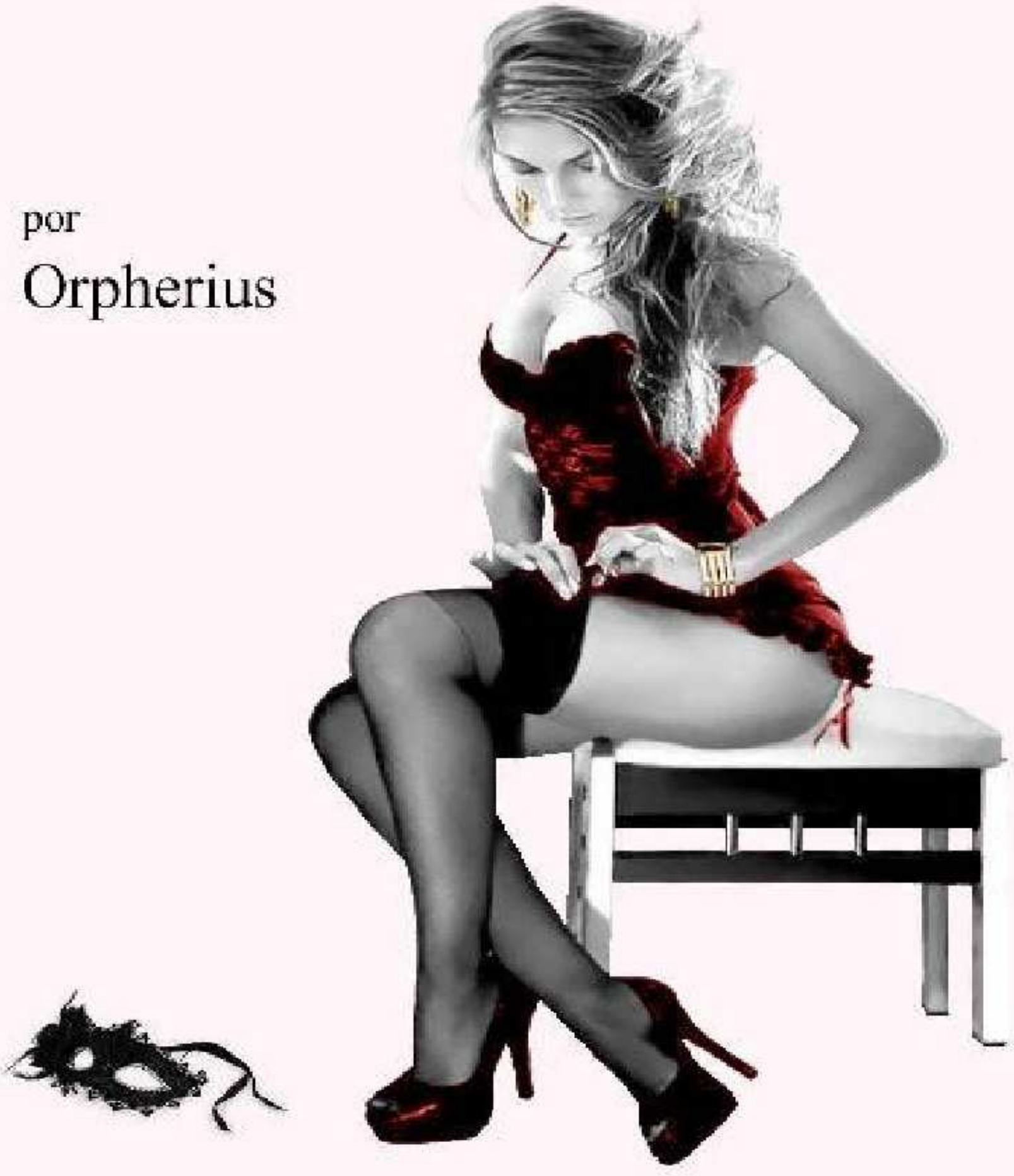
Una esposa en préstamo

y otros
RELATOS ERÓTICOS



por
Orpherius

UNA ESPOSA EN PRÉSTAMO

y otros relatos eróticos

Orpherius

© Orpherius, 2016

Diseño de cubierta: Orpherius, 2016

Reservados todos los derechos de esta edición.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin la autorización escrita del titular de los derechos de explotación.

Índice de contenidos

1. Sexo en la P27
2. Sexo al amanecer
3. La forja de un fetichista
4. Sexo para mojigatos
5. El beso de la araña
6. Un juguete muy travieso
7. Un intruso muy deseado
8. Un dulce correctivo
9. Una esposa en préstamo
10. Gemidos en el despacho
11. Entrega a domicilio

1

Sexo en la P27

Me dice que no es por mí, que en realidad yo le transmito bastante confianza, pero que no puede arriesgarse a cometer ningún error. Le es imposible darme el nº de móvil. De modo que acordamos comunicarnos exclusivamente a través del correo electrónico. No es ningún problema. Es tan solo algo más lento. Podemos entendernos perfectamente.

Pero sigo sin saber quién es, no he visto su cara, no he visto su cuerpo, al menos no por completo. Tengo una cita con una cuasi desconocida. Me dirijo en coche hacia el lugar del encuentro. La excitación es tremenda, los nervios me hacen sujetar el volante con más fuerza de lo habitual. Han pasado semanas desde que entré en contacto con ella.

La conocí en un portal de contactos en internet. Nada más ingresar, me doy cuenta de que es un lugar diferente, la discreción es máxima. Apenas hay perfiles con fotos, nada de frases vulgares ni reclamos absurdos. Encuentro una nota común en la mayoría de los perfiles: se trata de mujeres comprometidas, casadas o con relaciones estables. Comienzo a excitarme. Mi mente morbosa me envía este mensaje directo: «se huele el deseo».

Como un resorte que de repente queda liberado, mi imaginación se dispara y comienza a hacer elucubraciones. Pienso en mujeres atrapadas en un matrimonio aburrido, monótono, quizás compartiendo su cama con un marido igual de aburrido, viviendo una vida sin chispa cargada de responsabilidades: hijos, compromisos sociales, trabajo, facturas, viajes programados... Un futuro plano, descorazonador. Las imagino buscando una salida, escabulléndose furtivamente por la puerta de atrás de su matrimonio y accediendo a los recovecos excitantes de la red, sintiendo la punzada morbosa de lo prohibido, de lo desconocido, buscando nuevas fuentes de excitación, de algo que las haga sentir de nuevo: un flirteo, una noche de pasión, un romance clandestino... un hombre.

En su perfil tampoco había foto, ni datos personales, más allá de su

edad (32), su color de ojos (verdes), su estatura (1'68) y su complexión física (unos kilos de más). En el motor de búsqueda, había escogido la opción «Busco hombres para relaciones sexuales sin compromiso». Estado civil: casada, con hijos. Mi excitación crecía por momentos. ¿Por qué la escogí a ella? No lo sé.

Durante las pocas semanas que me paseaba por el portal web, comprendí que podía haber «usuarios reclamo», perfiles falsos preparados por los administradores para captar la atención de los hombres e inducirles así a gastar sus créditos. De hecho, me llegaban algunos mensajes, pero mi intuición me decía que había algo extraño en ellos, que eran demasiado desenfadados, demasiado directos. No se correspondían con el tono de discreción que emanaba de la página. Tuve que olvidarme de responder a esos mensajes. Escogí perfiles sencillos, claros, nada ostentosos, como el suyo.

Pero debía andarme con cuidado. Antes de contactar con nadie, tuve que reflexionar acerca de cómo debía mostrarme yo. No me convenía ser un hombre soltero (lo era). Estas chicas no querían problemas, debían ir con pies de plomo, tenían una vida que proteger. Solución: tenía que mentir, pero escogí una opción que pudiera resolver más tarde: «Estado civil: comprometido, relación estable».

Observé sus movimientos en la web durante un tiempo, antes de decidirme a contactar con ella. Entraba al portal desde un teléfono móvil, generalmente por las tardes, y no todos los días. Quizás no estaba decidida al 100% acerca de lo que estaba haciendo.

Mientras paseaba el ratón por la pantalla, leyendo las características de nuevos perfiles, un piloto verde capta mi atención: «*solyluna*, usuario online». Era ella. Doy un brinco en la silla, el corazón se me acelera, me excito. «Ha llegado el momento», pienso, «pero, ¿qué coño le digo? No me puedo permitir el lujo de intimidarla, o de resultarle un gracioso, o demasiado directo».

Finalmente, me decido por un mensaje totalmente aséptico, pero claro

y sincero. Sólo me queda una duda: ¿uso el «tú» o el «usted»? Es una chica joven. Me arriesgo, escribo: «Buenas tardes, me ha gustado tu perfil. Me gustaría conocerte». La suerte estaba echada. Pasan los minutos... Algo después de media hora, se enciende un icono en mi bandeja de entrada, un «1» de color blanco sobre fondo verde, y una leyenda a su lado: «*Solyluna* le ha enviado un mensaje».

Estoy llegando al aparcamiento. Hemos escogido el parking subterráneo de un área comercial. Son las 3 de la tarde, viernes. Después de aquel primer contacto en el portal web, nos enviamos correos diariamente desde el móvil durante algunas semanas. Enseguida me di cuenta de que sobraban algunas preguntas. No era conveniente indagar sobre la vida del otro. Su discreción era total. En varias ocasiones, hizo algún amago de abandonar. Pero logramos sortear sus temores.

Al principio, sus textos eran muy cortos, pero me gustaba cómo se expresaba. Era clara, aunque a veces resultaba un tanto cortante. Con el paso de los días, nos fuimos sintiendo algo más cómodos, y empezó a surgir algo. Dimos paso con cierta rapidez a las conversaciones picantes, a nuestras preferencias sexuales. «Cuéntame alguna fantasía», me decía. Yo le enviaba unos pocos renglones con alguna escena que se me ocurría. Me gustaba hacerlo. Quería humedecerla.

Nada más empezar, me paró en seco: «eres un cursi». Me jodió reconocerlo, pero tenía razón. Estaba demasiado preocupado por no resultar grosero. Me gustaba esta chica. «Pues ahora se va a enterar», me dije, y le envié otras pocas líneas, esta vez sin cortarme un pelo. «Me has puesto a mil. Me gustas mucho más cuando eres un cerdo». Yo estaba encantado de la vida, y ella me ponía a mí igual de cachondo con sus comentarios.

Bajo este clima de complicidad, y olvidándonos definitivamente de hacer preguntas indiscretas, le propuse resolver una cuestión que para mí era importante: quería ver alguna foto suya. Respuesta: «lo siento, pero no puedo hacer eso, no puedo arriesgarme». No quise forzar las cosas, así que le

propuse hacer un juego: yo le enviaría algunas fotos de mi cara, y ella me enviaría otras donde mostrara algunas partes de su cuerpo. «Puedes reducir el plano todo lo que tú quieras, de modo que no sientas que se te puede reconocer», le explicaba yo. «Vale», me dijo.

Me envía dos fotos y me pone duro de inmediato. En una de ellas me muestra el hombro izquierdo, con su clavícula bien dibujada, parcialmente desnudo, sobre el que resbala una rebeca negra de punto, con amplios agujeritos, que deja entrever claramente un pecho grande y un pezón moreno con su botón erizado. En la otra, aparece un plano muy pequeño donde se ve un ombligo, una mano que se introduce bajo la tela rosada de unas bragas de encaje, una vulva oculta bajo esas bragas y el comienzo de los muslos. «La madre que la parió», digo yo en voz alta al ver las fotos, en la soledad de mi cuarto. Y, una vez más, mi mente me ofrece una nueva guinda jugosa: pienso en ella, allí, en su casa, buscando el momento adecuado para ponerse esa rebeca, a escondidas, y sacarse la foto para mí. Puedo sentir su propia excitación. Me pongo como una moto. Definitivamente me gusta esta chica.

Mientras conduzco, ya dentro del parking, recibo un nuevo mensaje de correo: «estoy llegando». Le respondo: «yo ya estoy aquí. Pero, ¡joder, cuánta luz hay! Voy a merodear un poco, a ver qué encuentro». Doy algunas vueltas con el coche por el amplio aparcamiento hasta que doy con una zona bastante más oscura y apartada. Le envío un nuevo mensaje: «estoy en la P27».

Los nervios me tienen cardíaco. Espero dentro del coche. No sé qué carajo hacer para matar estos minutos. Al poco rato, se acerca un coche con las luces encendidas, avanza muy despacio. Es un coche familiar, voluminoso. Aparca a mi lado, en el espacio que le he dejado entre mi coche y la pared. Apaga el motor. Dentro de nada, voy a encontrarme con una mujer a la que sólo he visto como un collage, a trocitos, y no sé cómo es su cara.

Desciende del coche. Desde el mío observo dos pies desnudos calzados con sandalias de tiras de tacón corto, las uñas color vino. Bajo del mío y me acerco a ella. No me ha mentido: viste de modo informal: vaqueros

deslavados, camisola suelta con motivos hawaianos, pendientes de bisutería, amplios, pelo lacio castaño cobrizo, unos kilos de más. Me gusta. Me acerco, le doy dos besos, huele de maravilla. «¡Hostias!», me digo para mí al verle la cara. La chica es muy guapa.

Estamos nerviosos, cortados. Nos miramos a hurtadillas. Pronunciamos algunas frases de rigor y a los pocos minutos le propongo seguir hablando en su coche. Nos seguimos mirando de tanto en tanto. Tiene los ojos enormes, me gusta cómo me mira. Su boca es carnosa, el mentón algo prominente, los dientes bonitos. No lleva pintura de labios.

Pero la noto triste, casi diría que cansada. Tras una pequeña conversación, se gira hacia atrás y me invita con su mirada a echar un vistazo. Me señala con la cabeza las dos sillas de bebé que están colocadas en el asiento de atrás. Hay algún juguete por el suelo del coche, algún sonajero. Levanta las cejas, hace una mueca con los labios y un gesto con las manos, un gesto de resignación. «Mira lo que se me vino encima», interpreto. Deduzco de inmediato que su vida matrimonial no es lo que esperaba. No sólo por las responsabilidades a las que ha de hacer frente, sino porque su marido no le satisface. No existe chispa entre ellos, no hay pasión. ¿Por qué, si no, aventurarse en una página de contactos? Es sólo mi impresión, pero creo que no me equivoco.

Seguimos hablando de tonterías durante unos minutos y nos vamos relajando. En cierto momento, sin abandonar su expresión melancólica, baja su mirada hacia el suelo y, con una media sonrisa nerviosa en sus labios, dice: «no sé por qué hago todo esto». Para aumentar algo más la complicidad, que ya existe, entre broma y broma apoyo mi mano en su muslo. Ella, poco a poco, aproxima su mano a la mía y empezamos a enredar los dedos. «Cojones... », pienso para mí.

Tiene las manos bonitas. No se las pinta. El ambiente se caldea a pasos agigantados. Nuestras miradas se vuelven mucho más indiscretas, hablamos menos. Nos miramos la boca. «Aquí va a pasar algo, pero ya», pienso. Me

acomodo mejor en el asiento, ladeando mi cuerpo. Me aproximo un poco a ella. Ella se aproxima a mí. Me lanzo: llevo mi mano a su vientre, sobre la camisa, y acerco mi cara a la suya, pero no nos besamos, sino que apoyamos nuestras frentes. Respiramos con fuerza. Finalmente, nos besamos en la boca, las lenguas salen enseguida en busca de la otra. Le palpo el cuerpo. Tras este beso, sucede algo que me deja completamente atrapado: yo llevo mi boca ya húmeda a su cuello, la abro ampliamente y finjo morderla, pasando mi lengua húmeda sobre la piel y cerrando mi boca despacio, arrastrando suavemente los dientes, y en ese momento observo que ella estira su rostro hacia atrás, los ojos cerrados hacia el techo, y suelta un monumental suspiro que hincha y deshincha su pecho. El gesto me deja paralizado medio segundo, mientras le beso el cuello. «Me cago en la hostia», pienso para mí, y siento que ella estaba deseando algo así desde hace mucho tiempo. «Yo sí sé por qué haces esto», me digo en silencio.

A partir de aquí, la escena es fuego. Le como el cuello mientras mi mano derecha empieza a tocar bajo su camisa. Mi boca es un detector de metales, solo que las piedras preciosas son su carne, que recorro sin despegarme. La mojo con mi saliva por todas partes, le busco la boca, la lengua. Le recorro la cara, mi aliento caliente le humedece la piel.

Mi mano avanza por su cuenta y encuentra sus pechos. No deja de soltar suspiros, de respirar con fuerza. Ella también registra mi carne con su mano izquierda. La mete bajo mi camisa y me aprieta, me acaricia con firmeza. Le subo la camisa y dejo su sujetador de encaje negro al descubierto. Le agarro los pechos sobre la tela incómoda. Los masajeo mientras le como la boca.

Me distancio un momento, quiero ver lo que hago. Miro su sujetador y decido sacarle un pecho por encima. Aparece el pecho blando y grande y el pezón moreno, amenazándome. Llevo mis dedos a mi boca y los empapo de saliva. Le impregno el pezón con la saliva, se lo acaricio, lo rozo con la punta del dedo, quiero que crezca, que se ponga tieso. Cuando lo veo como a mí me

gusta, me lo como, me lo meto en la boca y succiono. Ella me pone la mano en el pelo de la nuca y me aprieta, me empuja para que la mame. Hago lo mismo con el otro pecho.

Al cabo de unos minutos, mi mano desciende a su entrepierna. Está muy caliente. La masajeo con fuerza por encima de la ropa y noto cómo ella me acompaña con su pelvis. Pero quiero más. Trato de introducir mis dedos bajo el pantalón. Es imposible. «Espera», me dice. Se desabrocha el botón, la cremallera, y me abre el acceso a sus bragas blancas, que quedan al descubierto.

Primero paso mi mano sobre las bragas. Están hirviendo, mi polla se pone más y más dura. Le acaricio la vulva sobre las bragas, presionando un poco mientras sigo comiéndole la boca y los pezones. Mi mano autónoma se introduce bajo las bragas y busca su raja. «Hostia puta», me digo, «está empapada». Hundo un poco los dedos en la raja blanda y los empapo de su flujo. Hago algo que la impresiona: llevo los dedos a mi nariz y huelo con fuerza, y luego me los meto en la boca. «Dios, qué rico hueles», le digo. Ella no se cree lo que oye y niega con la cabeza, mordiéndose el labio. Dice que no, pero sabe que sí, que su olor me pone a mil.

Vuelvo a buscarle la raja y me entretengo. Es una fuente. «Joder, cómo lo tienes», le digo. La masajeo sin arrastrar los dedos, sólo presionando, en círculos, y luego introduzco los dedos. Está hirviendo por dentro. Continúo así un buen rato y no sé qué sucede dentro de ella, pero se retuerce y mueve su pelvis, que anima los movimientos de mi mano. No sé si se ha corrido, pero me pone durísimo verla.

De repente noto su mano en mi pantalón. Me recorre el bulto y lo aprieta. «Pero... me cago en la leche», me digo. Yo también me retuerzo, abro los muslos y le ofrezco el paquete. Me acaricia con fuerza. Le miro la cara y veo que se muerde los labios, mirando fijamente mi bulto. Ahora soy yo el que no se cree lo que está pasando: se ha inclinado sobre mí y me está desabrochando el cinturón con las dos manos. Mientras lo hace, miro al

exterior del aparcamiento. No hay nadie, apenas algún coche aparcado a lo lejos.

Me desabrocha el botón y la cremallera, me saca la polla hinchada y la veo decir que no con la cabeza. Esta chica me pone cardíaco. No quiero perderme nada de lo que va a suceder, así que, con mi mano izquierda, retiro su pelo lacio y dejo su cuello y su cara al descubierto. Saca la lengua y me roza el glande mocoso. Un hilo de líquido seminal transparente queda colgando entre su lengua y mi polla. Lo recoge y se lo bebe. Yo sigo diciendo que no con la cabeza y creyendo en Cristo.

Se mete la cabeza roja en su boca y suelta un quejido. Se separa un poco y cuelgan nuevos hilos desde su boca hasta mi polla. Lo repite varias veces hasta que comienza a mamarme, haciendo ruiditos y soltando pequeños gemidos. Mi mano está en contacto con su cuello y su pelo, mientras la veo subir y bajar la cabeza contra mi miembro. Ahora soy yo el que levanta la cara hacia el techo del coche, con los ojos cerrados: «La madre que me parió», suelto para mí.

La acaricio con fuerza el cuello y la cabeza mientras me mama. Voy a reventar de un momento a otro. «Oye, oye, para, si sigues me voy a correr», le digo preocupado, mirando el interior del coche, que está impecable, temiendo manchar el asiento. «Tranquilo, no pasa nada», me dice. Entonces abre la guantera y coge una toallita de una caja abierta. La guarda en el puño, vuelve a agarrarme la polla con la otra mano y se la mete de nuevo en la boca.

Me dejo hacer, se me mueve la pelvis, se la ofrezco todo lo que puedo, hasta que no aguanto más y jadeo cuando siento que sale el primer chorro de semen, y luego el segundo, y el tercero... La tengo sujeta por la cabeza, contrayéndome, mientras ella se bebe mi semen. Jadeo con fuerza, me contraigo, resoplo, «me cago en la puta», me digo por dentro. Me recupero mientras ella me limpia algún resto de semen que queda en mi polla, seca la saliva del tronco, seca sus labios. Se retira a su asiento y yo me abrocho los pantalones. Respiramos, cogemos aliento.

Estoy conduciendo de vuelta a mi casa. Trato de asimilar lo que ha sucedido. No acabo de creérmelo, ha sido tremendo. En el aparcamiento, nos hemos despedido con las sonrisas en los labios. Nos hemos tocado y besado despacio después del zafarrancho. Estábamos a gusto, contentos, apenas hablábamos.

Mientras conduzco, llega un correo a mi móvil. Es ella, *solyluna*. Cuando encuentro una salida al arcén, detengo el coche y abro el mensaje: «Ha sido una pasada. Me ha encantado». La sonrisa me llega a las orejas. Escribo: «Lo mismo te digo, ha sido increíble, y tú eres la pera. Me encantó ver tu cara de deseo, me pone muchísimo. Tengo tu perfume en mi ropa, y tu olor en los dedos, y no pienso quitármelo hasta dentro de un buen rato. Quiero verte de nuevo». Le doy a «enviar» y me incorporo al tráfico, feliz.

2

Sexo al amanecer

Solyluna (por email):

«Hubo un detalle que me puso como una moto, no sé si te acuerdas, cuando me sacaste el pecho por encima del sujetador. Entonces te empapaste los dedos en tu saliva, me embadurnaste el pezón y te pusiste a rozar la punta con el dedo, muy suave, ¿te acuerdas? Luego me dijiste bajito: "mira cómo se te pone". Uf, chaval… »

MrCat:

«Je, je, je, a mí me puso como una moto lo "cochina" que fuiste tomando "tu biberón"… »

Solyluna:

«¿Perdona? ¿Cochina dices?»

MrCat:

«¡Sí!, ¿o es que ya no te acuerdas? Al principio, cuando te inclinaste para chupármela, te la metías en la boca, la empapabas con la saliva, la soltabas, y luego te quedabas mirando cómo colgaban los hilillos transparentes entre tu labios y mi glande hinchado. Lo hiciste como cuatro veces, ¡fue la leche!»

Solyluna:

«Joder, me acabo de poner roja como un tomate... ¡No me daba cuenta! Estaba tan concentrada saboreando... Pues si te ponía así, yo encantada de ser tan "cochina", ja, ja, ja.»

Después de nuestro primer encuentro en aquel *parking* medio en penumbras, los correos electrónicos «picantes» se sucedían. Habíamos roto el hielo, nos gustábamos físicamente y había mucha química, no cabía duda.

Los dos teníamos en nuestra memoria un montón de imágenes de ese encuentro y las utilizábamos para masturbarnos. Nos contábamos el uno al otro lo que recordábamos, los detalles que más nos ponían. Ella, que se acostaba antes que su marido, me escribía los correos desde la cama,

tocándose a veces, cuando podía, hasta que caía dormida. Había una sintonía tremenda. Los dos hablábamos sobre tener un nuevo encuentro. El principal problema era su horario: entre su trabajo, los niños y demás compromisos, apenas podía encontrar hueco. Además, era muy escrupulosa con la discreción. No quería cometer ningún error. Yo lo entendía perfectamente, aunque no lo llevaba nada bien. Pasaban las semanas. No había manera.

Entretanto, seguíamos enviándonos correos. A medida que crecía la confianza, nos dábamos algunos detalles sobre las vidas personales de cada uno, pero en realidad esto no nos interesaba demasiado. Nos gustaba la especie de burbuja que habíamos creado en medio de lo cotidiano. Era el espacio reservado para la excitación, los nervios y el morbo.

Puesto que los encuentros seguían siendo un tema difícil de resolver, seguíamos indagando en nuestras preferencias, nos contábamos fantasías. Ella me reveló una después de insistirle muchas veces. Le daba mucha vergüenza.

MrCat:

«¡Por fin!, venga, suéltala. Y no te dejes ni un detalle, ¿eh? Ya sabes que los detalles me ponen a mil.»

Solyluna:

«Qué capullo eres... Venga, voy. Es una fantasía recurrente, de hace muchos años, y me masturbo a menudo con ella. Me pone muy caliente la idea de "amamantar" a un chico que se pirra por mis pechos. En la escena, me lo imagino a él con cara de deseo pidiéndome que le dé de mamar. Me vuelve loca. Me dice que quiere tomarse toda su lechita y yo le ofrezco mis pechos cargados. Me mama con fuerza, apretándomelos y sacándome todo el alimento. Yo le dejo hacer. De vez en cuando le acaricio el pelo y le aprieto la cabeza contra mí, y le digo bajito: "así, cómetelo todo", y él me mama hasta que queda saciado. Joder, me mojo sólo de pensarlo. ¡Eres un capullo!»

MrCat:

«Joder, ¡qué pervertida eres! Mmmm, me has puesto muy caliente. Pero te confieso que yo no me veo en su papel. Me encantaría mamarte así, eso lo

sabes, pero no puedo sentirme como un "bebé mamando", ja, ja, ja, es un poco raro. Pero lo que más me pone es imaginarte a ti en la escena, toda cachonda ofreciendo tus tetas cargadas de leche. ¡Sin comentarios!»

Solyluna:

«Bueno, bueno, te toca, no te escabullas. Cuéntame esa escena que dices que es tan cerda. Y lo mismo te digo: ¡quiero detalles!»

MrCat:

«No puedo contarte eso, es muy guarro.»

Solyluna:

«¿Qué? ¡Ni de coña!, me lo tienes que contar. Ya sabes que me pones más cuando eres un guarro. Además, ¡mira lo que te acabo de contar yo! ¡Y encima me llamas pervertida!»

MrCat:

«Ja, ja, ja, ¡vale!, tú lo has querido. Como te espantes, ¡me voy a cagar en mis muelas! Bueno, venga, voy. Mira, cuando pienso en un chico y una chica practicando sexo, me gusta mucho imaginarlos como animales. Me gusta pensar en lo básico, nada de pijadas. Me imagino a ella como una "perrita en celo", y a él como a un perro atraído por ella, que la olisquea. En la escena que te digo, ambos estamos vestidos. Ella lleva puesto un conjunto con falda. Después de besarnos y magrearnos un poco en el sofá, le digo al oído: "ahora tengo que comprobar si mi perrita está en celo". Entonces le digo que se ponga a cuatro patas sobre el sofá, que apoye los brazos en el respaldo y que abra un poco las piernas. Yo me quito la ropa y me quedo en bolas. Entonces me acerco por detrás y empiezo a tocarle las nalgas en pompa, a sobárselas. Le subo la falda y veo sus bragas. Me inclino hacia abajo y olisqueo su coño. "Mmm, qué rico hueles, perrita", digo en voz alta, para que me oiga. Noto como ella mueve su colita. Mi polla se endurece. Paso mi mano por la raja, sobre las bragas. Noto que se calienta por momentos. Luego se las bajo y se las dejo a la altura de los muslos, estiradas. Vuelvo a agacharme y le olisqueo el coño. Ella nota el roce de mi nariz en su raja y se estremece, se mueve. El

olor de su coño me la pone cada vez más dura. Paso mi lengua, le lamo la zona rosada. "Mmm... qué rico te sabe el coñito", le digo. Noto más movimientos. Finalmente le meto dos dedos y la noto hirviendo. Se me empapan, los saco y los llevo a mi nariz. Me pongo como una moto, mi polla se hincha. Le vuelvo a meter los dedos, los saco y me los chupo. Después me incorporo y me inclino sobre ella, sobre su espalda. La tomo del pelo por la nuca, procurando que mi polla le roce la raja, y le digo al oído: "mira qué rico hueles", y le llevo los dedos empapados de su flujo a su nariz. Le digo: "¿Sabes, perrita?, sí que estás en celo, y voy a follarte". Etc., etc., etc., ja, ja, ja... ¡Dime algo!»

Solyluna:

«¡Uf, chaval!, me has puesto muy mala, ¡tú sí que eres un pervertido! Joder, me has dejado súper-cachonda. ¡Qué guarro eres!»

Aun habiendo tenido un solo encuentro, parecía como si hubiésemos pasado más tiempo juntos, por tantas cosas que nos contábamos. Finalmente, ella encuentra un hueco tras el trabajo, después de muchas semanas, y nos vemos una vez más en la P27, un día entre semana, por la tarde.

Dadas las limitaciones del lugar, sucede algo parecido a nuestro primer encuentro, con la salvedad de que ella lleva puesta «la rebeca» con la que se sacó aquella foto picante que me envió por correo, cuando aún no sabíamos si surgiría algo entre los dos. «¿Es esta "la rebeca"?», le pregunto. «Claro», me responde. Debajo de ella lleva una especie de top de color verde, pero me dice: «Espera, date la vuelta». Me río y me doy la vuelta. Noto que ella se mueve en el asiento, oigo como si se estuviera desvistiendo. «Ya puedes mirar», me dice, y yo flipo en colores: se ha dejado sólo la rebeca negra de agujeritos, y sus pechos grandes con sus pezones morenos se perciben claramente bajo la prenda. Me pongo como una moto y me lanzo sobre ella.

Pero el aparcamiento subterráneo, después de este encuentro, se nos queda pequeño. Necesitamos algo más. Arriesgándome un poco, la invito a mi casa, pero me dice que es muy pronto. Tenemos algunas conversaciones sobre este tema y surgen algunas suspicacias. Yo tengo la impresión de que en cierta

manera me rehúye. Se lo comento, y después de algunos correos un poco fríos, me confiesa:

Solyluna:

«Tienes razón. Me da un poco de apuro porque... me da miedo no gustarte. En el coche me sentí muy cómoda porque no estaba totalmente desnuda.»

MrCat:

«Vaya, ya decía yo que aquí pasaba algo. Bueno, tú sabes que me gustas, no tendría que preocuparte eso. Pero vale, te entiendo. Te vas a reír... Voy a aprovechar para confesarte algo yo también: las limitaciones del coche también me dan cierta seguridad, porque a mí me preocupa un poco que... no te lo pases del todo bien conmigo .»

Solyluna:

«¡Estamos buenos!, ja, ja, ja. Pues te parecerá una tontería, pero eso me tranquiliza a mí, ¡cada uno tiene su propio fantasmita!»

Finalmente acordamos que nos veremos en el coche, una vez más, pero en otro sitio más apartado, y que usaremos el asiento trasero. Esta vez será el mío, que no está ocupado con sillas de bebé. La cuestión por resolver es dónde y cuándo, porque para ella sigue siendo muy difícil encontrar un hueco en su agenda. Un día, me dice: «Luis, ¿tú te despertarías a las cinco y media para verme?». Yo me quedo extrañadísimo, pero respondo: «Y a las cuatro también. Pero, ¿qué estás tramando?». Me dice: «Suelo madrugar a veces mucho, debido al trabajo. Él no se sorprendería. Podríamos vernos a las 6, pasado mañana».

Yo no sé en qué trabaja, y no se lo quiero preguntar de nuevo. Ya me paró los pies una vez por ese tema. Sin embargo, ella misma me lo cuenta, y me dice que tendríamos que buscar una zona no muy alejada para que pueda llegar en poco tiempo al lugar donde trabaja. Perfecto, así sería. Le digo que buscaré varios lugares y que elija el que mejor le parezca. Ingeniosa como ella sola, me dice: «Usa el Google Maps Tierra y envíame los pantallazos. Yo los

miraré y me pasaré por allí con el coche. Te diré cuál me parece mejor». Y así lo hago. Lugar del encuentro: una cala apartada. Tendríamos una hora y media con el runrún de las olas como sonido de fondo para disfrutar en el asiento trasero de mi coche. La noche anterior, víspera de la madrugada «X», nos volvemos a escribir:

MrCat:

«Qué nervios tengo, Lidia. Me subo por las paredes.»

Solyluna:

«Yo ni te cuento. Bueno, a ver si puedo dormir. Tengo unas ganas de verte... »

Conduzco de madrugada hacia el lugar del encuentro. La excitación es tremenda. El corazón me va deprisa durante todo el trayecto. Acordamos que ella dejara su coche en un lugar más seguro, más iluminado. Yo la recogería para ir a la cala, y la devolvería también después. «Hola, tonta», le digo mientras se sube a mi coche. «Hola, pervertido», me dice riéndose, y nos damos dos besos.

Lleva una camisa negra con curiosos pliegues y una falda estampada. Me encanta como huele. Le he pedido que se pusiera el mismo perfume, lo asocio a ella, y además me gusta. También le he pedido que se pintara de rojo oscuro las uñas de los pies, y que calzara sandalias abiertas. Lo ha hecho, y me pone de inmediato. Además, se ha decorado el tobillo con una cadenita finísima. Tengo ganas de follármela. Ella me ha pedido que también me ponga el mismo perfume. Es uno barato, Red Code, pero dice que le encanta, que huele muy masculino.

Estamos sentados en el asiento trasero. Se oyen las olas lejanas, y unas farolas distantes iluminan muy ligeramente el acceso hasta donde nos encontramos. El entorno no puede ser mejor. Nos decimos algunas tonterías y nos tocamos con las manos, nerviosos. No dura mucho esta situación, estamos como motos y enseguida empezamos a besarnos. Nos palpamos el cuerpo sin prisas, mientras nuestras lenguas se mueven lentas por los recovecos de la

cara. Me gusta ponerla puntiaguda y dibujarle los labios con ella, como si fuera una barra de carmín. Eso le pone mala y quiere besarme, pero no la dejo. Nos comemos el cuello por turnos. El que recibe los besos y la boca hambrienta del otro ofrece su garganta, echando la cabeza hacia atrás. Yo me detengo todo lo que puedo, me gusta agarrarle el pelo en un puño y tirar de su cabeza hacia atrás para comerla mejor. Le empapo las clavículas con mi saliva. La otra mano busca su camino bajo la falda. Le acaricio los muslos tibios. Le digo al oído: «has traído las sandalias». Me contesta: «claro que sí, para ti, y me he pintado las uñas. ¿Te gustan?», y alza su pierna colocándola sobre mí, mostrándome su regalo. «Me encantan», le digo, y comienzo a acariciarle los pies y los dedos. Escogió unas sandalias negras de tiras, prácticamente planas, que hacen un contraste estupendo con el color blanco de su piel y el rojo de las uñas. Se las quito y me quedo acariciando sus pies, me gusta sentir la curvatura del empeine y la del arco de la planta. Me inclino un poco y me lo llevo a la boca. Comienzo a besarlo y a lamerle la piel, los dedos. Me los meto en la boca y los empapo con mi saliva. Me he puesto duro como una piedra.

Deposito sus pies sobre la alfombra del suelo y me acerco a su oído mientras vuelvo a buscarle bajo la falda. «¿No me vas a dar mi lechita?», le digo susurrando. Suelta un quejido, respira fuerte, y aplasta su oído contra mi boca. Se echa la mano a la camisa y veo que retira uno de los pliegues hacia un lado. Sin acabar de creérmelo veo brotar un pecho por la abertura de la camisa. No lleva sujetador, y el pecho blando y grande aparece amenazante por medio de la camisa. «Mira lo que tengo para ti», me dice. Mi cara de asombro y de excitación debe ser un poema. «Joder... », digo, y me muerdo los labios. Me inclino hacia abajo, se la agarro con la mano y me la meto en la boca, bien abierta. Comienzo a chupar. Oigo cómo ella estira su cuello hacia atrás y comba su espalda sacando su pecho, ofreciéndomelo. Se oyen los ruidos de mis succiones. Busco por la otra abertura de la camisa y le saco la otra teta. Me distancio un poco para ver el cuadro: dos pechos blancos con sus pezones tiesos saliendo por las ranuras, uno de ellos empapado de saliva. Le agarro el

pelo y le digo: «cómo me pone verte así», y le como la boca con fuerza mientras le sobo las tetas.

Minutos después, mi mano sale de nuevo de exploración y le busco las bragas. Están empapadas. Le acaricio la raja por encima y se me mojan los dedos. Ella se inclina un poco hacia atrás y abre las piernas, ofreciéndose. Me pone cachondo. Mis dedos se meten bajo las bragas y buscan el manantial. Recojo con ellos el flujo, los embadurno en él y me los llevo a la nariz. Quiero que ella me vea hacerlo. Respiro fuerte, cargando mis pulmones con su olor. De repente, me suelta: «¿tu perrita está en celo?». No me creo lo que oigo, siento mi polla palpitar, siento que brota un pesado goterón que me moja los calzoncillos. Me chupo los dedos delante de su cara, quiero que me vea. Saben salados. Los vuelvo a oler, y le digo: «qué ganas tengo de follarte».

Nos quitamos la ropa. Estamos por primera vez desnudos y nos miramos. Le miro la cara, veo que la dirige a mi polla. Dice: «no puedo dejar de mirarla». Me pone malísimo, me pone muy duro. Abro un poco las piernas, se la ofrezco. Me encanta verme así, tieso. Me la agarro con una mano justo en la base, la bamboleo un poco y le digo: «mira como estoy para ti». Ella dice que no con la cabeza, se muerde el labio y no puede esperar más. Se inclina sobre mí y me la agarra fuerte con el puño. Me la soba mientras me mira la cara. Se mancha la mano. Una pesada gota transparente le escurre por el puño. Se lo lleva a la boca y se la bebe. Vuelve a pajearme y a mirarme. Yo arqueo la pelvis para darle todo el acceso posible y se me mueve sin querer con las sacudidas de su mano. Mi capullo está tan lubricado que se mancha los dedos. Se dispone a mamarme, pero antes tiene un detalle para mí: recoge su pelo en una cola, para que yo pueda verlo todo. Se la mete en la boca y empieza a chuparme. Noto el calor de su boca en mi punta mocosa. Se pone de rodillas sobre el asiento y mama a placer. Le acaricio la espalda, el cuello, el culo. Mientras mama, me mojo los dedos de la mano y los llevo a su ano. Se lo empapo y lo masajeo. Le aprieto las nalgas. Le busco la raja con los dedos, se la masajeo y a ratos hundo los dedos. Tras unos segundos, agarro mi polla con

mi mano y se la quito. Ella se queda a unos centímetros, con la boca entreabierta. Pongo mi otra mano sobre su pelo, la sujeto, y aproximo su cara a mi polla. Le doy con ella en la cara, oigo los chasquidos de su carne contra la mía, se le mancha la piel y queda brillante. Saca la lengua y le doy con la polla sobre ella. Me gusta ese sonido. Vuelvo a dársela. Mama.

Tras unos minutos, le digo: «me toca». Hago que se incorpore. Yo me retiro del asiento y me arrodillo en el hueco que hay delante. Le halo de las piernas y hago que se recueste sobre el asiento. «Espera», le digo. Cojo una bolsa que he traído de casa. Saco un cojín, riéndome, y lo pongo detrás de su cabeza, apoyado contra la puerta. «¿Mejor?», pregunto. Ella también se ríe: «mucho mejor». Le abro las piernas y dejo su vulva expuesta. «Qué maravilla», digo, y se me hace la boca agua. «Me lo he dejado», dice. Se refiere al vello. Le dije hace más de un mes por correo que me excita más la vulva sin depilar, de modo que lo ha dejado crecer.

Veo la zona rosada y húmeda en medio de lo oscuro y no veo el momento de ponerme a mamar. Acerco mi cara y siento el aroma. Huelo su coño. Me pone duro. Comienzo dándole pequeñas mordidas por los alrededores de la vulva. Saco la lengua y la arrastro por la piel. Paseo mi aliento sobre la raja, respirando fuerte, quiero ponerla nerviosa. Lo consigo, su pelvis se mueve arriba y abajo, como si fuera un reclamo. Saco la lengua y la paso por la raja, como abriendo un surco. Me llevo su flujo, lo bebo. Voy a por más. Comienzo a mamar, a comerlo. Siento cómo la pelvis sube y baja arrastrando consigo mi cabeza. Es algo que me pone a mil y me incita a seguir mamando. Pongo la lengua puntiaguda y se la introduzco. La estoy oyendo gemir suavemente. Está completamente abierta, toda para mí. Se me mancha la cara, que ya huele a su coño. Llevo los dedos a su raja, los introduzco. Me incorporo un poco, quiero tener un buen plano, una buena panorámica. Comienzo a hurgarle las paredes de la vagina. Meto y saco despacio los dedos. Entran y salen brillantes. La miro a ella, tal como está, así con las piernas abiertas, su vulva ofrecida, sus ojos cerrados, retorciéndose, y me pongo

enfermo.

Mientras la penetro con los dedos, busco uno de sus pies. Me lo llevo a la boca, le lamo los dedos mientras ella sigue disfrutando con los ojos cerrados. Al cabo de unos segundos, encuentro una zona más dura dentro de su vagina, una zona próxima al pubis. Noto que cuando toco ahí, su pelvis se mueve con más violencia. Quiero aprovecharlo. Le hago un masaje presionando ligeramente. Veo que le encanta, aprieta los ojos, se retuerce, gime. Tras unos instantes, contrae todo el cuerpo y lanza su mano hacia la mía, la que tengo en su coño, y me agarra por la muñeca: «¡para!», me dice, «espera, para un momento», y respira agitada. Ha llegado, y yo me río satisfecho desde mi posición privilegiada.

Cuando ha cogido resuello, me echo sobre ella, despacio. Nos besamos suave en la boca. Ella sigue abierta y yo me coloco encima. Mi polla mocosa se pasea por encima de su raja. Lo hago adrede. Volvemos a calentarnos, retomamos poco a poco el ritmo. Tengo unas ganas de follarla tremendas. Mi pelvis se mueve mientras le como el cuello y las tetas. Le rozo el clítoris con mi polla, aplastándola con el peso de mi cuerpo. A veces, sin quererlo, el capullo encuentra la abertura y se introduce un poco. «Ay... », digo, «se quiere meter». Noto como ella respira fuerte. «Métemela», dice. Me quedo quieto un segundo, separo mi cara de su cuerpo. Le digo titubeando: «pero... no llevo nada puesto».

Tras unos segundos de desconcierto, hablo de nuevo, algo avergonzado: «no te lo vas a creer, pero no traje nada. No imaginaba que llegaríamos hasta aquí». Ella no parece contrariada. Mete su brazo por debajo de mi cuerpo y me agarra la polla, que cuelga pesada. «No importa, métemela», dice. Y yo, que tengo los ojos como platos, digo: «pero... ¿qué dices, tía?». Se ríe, y replica, sin soltarme: «llevo puesto un diu desde hace más de un año. Métemela». Y yo se la meto, dejando caer mi cuerpo, tal como estaba, ensartándola conforme desciendo, pues su mano guiaba mi polla dentro de su raja.

Le como la boca mientras empiezo a penetrarla, moviéndome despacio. Nuestros cuerpos sudan, el ambiente dentro del coche está cargadísimo. Mis embestidas aumentan de ritmo y mi boca le embadurna la piel de saliva. Con mis manos busco sus piernas y se las alzo un poco, quiero llegar aun más adentro. La empujo rítmicamente, mientras veo cómo ella aprieta los ojos, su cabeza ladeada sobre el cojín.

El sudor comienza a correrme por la espalda, noto la piel de su culo chocar contra mí, también húmeda de sudor. La penetro con fuerza y veo su cara contraerse, la veo apretar los dientes, como si le doliera. Gime y me pone como loco. Estoy a tope. No puedo más. Miro hacia abajo, hacia la entrada de su coño. Me encanta ver cómo el tronco de mi polla sale húmedo de su raja, rodeado por su vello oscuro. Suelto sus piernas y me apoyo con los manos sobre el asiento, a ambos lados de su cuerpo. Se la clavo sin dejar de observarla. Su excitación me excita a mí. Siento que voy a correrme. Ella lanza sus manos hacia delante y me agarra las nalgas, que se contraen con las embestidas. Noto los primeros chorros intensos de semen salir de mi polla. Jadeo con fuerza. Le baño la vagina con mi leche. Gruño, me voy dejando caer sobre su cuerpo, le agarro el pelo y respiro fuerte en su oído, mientras descargo mis últimos y débiles chorros dentro de ella.

Aparco a unos metros detrás de su coche. Estamos en silencio, extasiados, relajados. Sonreímos. «Joder, qué pelos tienes», le digo riendo. «No te preocupes, traje de todo, tengo un cepillo en el bolso», me contesta, «voy a cambiarme». Se va a su coche. Yo la espero en el mío. Estoy como en una nube. Al cabo de un rato, se baja del coche. Lleva otro vestido, se ha arreglado el pelo. Está guapa. Me bajo. La miro de arriba abajo, sonriendo. «Te sobra tiempo», le digo. «Sí, llego enseguida, tranquilo», responde. Nos damos dos besos. No podemos parar de sonreír. Nos miramos a los ojos. Está todo dicho. Nos vamos, nos decimos adiós a través de los cristales.

Conduzco hacia mi casa, la luz del día regresa despacio, la ciudad se despereza. Aparco el coche frente a mi bloque y agarro el móvil. Escribo:

«Qué pasada, Lidia», y le doy a «enviar». Subo las escaleras, abro la puerta y entro en el piso. Al dejar las llaves en la mesa, suena el móvil, ha llegado un nuevo correo: «Una verdadera pasada, Luis. A ver si consigo concentrarme... Mi ropa interior está empapada de nuevo. Besos».

3

La forja de un fetichista

Crecí rodeado de primas. Donde yo vivía, había vacas, gallinas, cerdos, perros, cabras, gatos... y también primas, muchas primas. Unas vivían a un kilómetro, otras a trescientos metros y otras a un paso de mi casa, pero confluíamos todos en la inmensa huerta donde se congregaba toda esta fauna animal.

Me gustaban mucho las vacas, tanto que algunas mañanas le pedía a aquel señor de manos ásperas que me permitiera jalarle a una de ellas, con mis manos aún diminutas, aquellas enormes tetas para tratar de llenar, mal que bien, la lechera que luego llevaría a mi casa, tibia la leche aún, y que yo sorbía, de vez en vez, durante el trayecto polvoriento. Pero me gustaban más mis primas, aun cuando no tenían tetas. Y de entre todas ellas, me gustaba una: Lula.

De Lula me gustaba todo, desde el principio. Y digo desde el principio porque apenas tengo ningún recuerdo de mí, como criatura viviente, sin que ella pululara a mi alrededor. Además, mi casa era la suya, prácticamente, y la suya era la mía. Eran como dos madrigueras, a cierta distancia una de la otra, a las que accedíamos con total normalidad. Los olores, dentro de cada una de ellas, eran diferentes, pero eso sí: la suya olía a detergentes, desinfectantes y jabones, porque su mamá coneja era una fanática de la limpieza. Me gustaba más cómo olía mi madriguera.

No sé si siempre que dejan sueltos a dos mocosos como nosotros dos, macho y hembra, en unos cercados tan ricos de vida y tan llenos de preciados recovecos, ocurre lo mismo, es decir, que se juntan y no paran de explorarse. Porque eso es lo que hacíamos Lula y yo: explorarnos. Lo hacíamos con los ojos, con la nariz, con los dedos y con la lengua. Ya digo que no tengo demasiados recuerdos de mí, siendo tan chico, sin que se me cuelen escenas eróticas con ella, como cuando nos escondíamos tras el largo sillón de mi casa, en el recibidor, para lamernos el culo.

Nuestros oídos debían ser finísimos. Y digo «debían» porque no puedo explicarme de otro modo cómo lográbamos hacernos mutuamente todo lo que nos hacíamos estando tan cerca de los adultos que nos cuidaban. Por ejemplo, estando mi madre cosiendo en la habitación de al lado, yo podía estar lamiéndole el coñito rosado bajo una manta, sobre un amplio sofá, y ella podía, bajo la misma manta, chuparme los huevos y el pene. Perdón: yo podía estar «tomándome el agua de la fuente», porque tenía mucha sed, y ella podía «tomarse su chocolate caliente de los contenedores», porque tenía mucha hambre. Porque esa es otra: nunca llamábamos a cada cosa por su nombre, sino por medio de subterfugios, símiles y eufemismos. Cuando ella se ponía a cuatro patas, en la parte de atrás de mi casa, junto a la ventana donde mi padre roncaba a pierna suelta, yo no le chupaba las tetas ni la vulva, sino que «la mamá vaca alimentaba a su ternerillo»; poco importaba que las tetas estuvieran donde brotaban sus pezones o donde nacía su vagina: yo, el ternerillo, tomaba mi leche de donde me apetecía. Lula, la vaca, me lo ofrecía todo.

Puedo decir ahora sin equivocarme que hacíamos las cosas por instinto, como dos animalillos. ¿Cómo se explica, si no, que yo me situara detrás de ella, pecho contra espalda, sobre una cama y bajo una manta, y colocara mi pene tieso allí, entre sus nalgas, o en el hueco que dejan los muslos donde nacen, e hiciera movimientos pélvicos cuasi mágicos o inspirados en la nada, hasta que experimentaba esas sacudidas propias del orgasmo, aunque de mi pene no saliera ni una gota de semen?

A medida que nuestras mentes se llenaban de información, nuestros juegos se hacían más complejos. Con la edad, nos volvíamos más sofisticados. Así, en la oscuridad de mi garaje, que era amplísimo y lleno de escondrijos, yo visitaba al médico, que era ella, porque «me duele aquí, doctora, en esta zona», le decía yo señalándome el paquete. «Desnúdese», decía la doctora. Y ella, con su instrumental médico, me curaba.

Otras veces, mi dormitorio era la suite de un hotel, ella era la huésped, una señora muy ricachona y envarada, y yo era su sirviente. «Acércate,

Sebastián», decía la ricachona, y yo me acercaba a su cama con el pene tieso. Entonces ella hacía que cogía su bolso, que podía ser un coletero o una goma elástica cualquiera, y me lo colgaba allí. «Gracias, Sebastián, retírate», y yo me iba, aunque no más lejos de dos o tres pasos, sin salir de la «suite». Al cabo del rato: «Sebastián, necesito que me pongas la crema». Ella me tendía el bote ficticio, se recostaba sobre la cama, me ofrecía desnuda la parte del cuerpo que debía recibir el tratamiento, y yo se la ponía.

Pero los años pasaban y los cuerpos crecían, y la atención que nos prestaban los adultos también crecía: había que esconderse mejor. Gracias a Dios, la huerta era inmensa. Había un gallinero, que ya no se utilizaba, lleno de trastos, cajas y hacinas de paja, que se convirtió en la sede de nuestras perversiones. Allí podía tenderla yo completamente desnuda, sobre unas tablas o un mueble viejo, llenos de polvo, e inspeccionarle a discreción todos los recovecos de su cuerpo. Ella hacía lo mismo conmigo.

La excitación, a estas alturas, era un cóctel explosivo: en el recipiente contenedor de la materia inflamable, se combinaba el placer sexual con lo clandestino, con lo prohibido y lo pecaminoso, sentíamos que estábamos haciendo cosas que «no se debían hacer». Además, este tipo de cosas eran las que luego había que contar al puñetero cura párroco del pueblo, al que dábamos una versión muy *light* de nuestros pecados. (Hay que ver estos curas, qué bien se lo pasan detrás de la reja del confesionario. Ya lo dijo Valérie Tasso, aquella ex-prostituta francesa, escritora y sexóloga, que salía en *Crónicas Marcianas*, no recuerdo con qué palabras: «la religión católica está edificada punto por punto sobre los pilares del deseo sexual».)

Curiosamente, los eufemismos iban desapareciendo, hasta que lo hicieron por completo. Yo me acercaba a su casa, después de hacer los deberes, y con una vocecilla temblorosa, cargada de misterio y excitación, le preguntaba: «¿vamos al gallinero?». Y no había que insinuar nada más. Allí que íbamos, los dos, sin prisas pero con los corazones palpitantes, aunque también un poco atormentados por saber que íbamos a hacer «cosas malas».

¡Jodidos curas!, ¡jodido catecismo!

Todo esto se prolongó hasta los once o doce años, no lo recuerdo bien. Sólo sé que llegué a lamerle la vulva cuando ya había aparecido algo de vello (¡y qué rico olor!), y a chuparle los pechos cuando ya brotaban dos pequeños bultitos. Por su parte, ella podía manipularme el miembro hasta que yo experimentaba aquellas sacudidas incontrolables, que terminaban, para su asombro, ya fuera en su boca o en sus manos, con la expulsión de unas gotitas de un líquido viscoso.

Nunca llegué a penetrarla, sabe Dios por qué. Como mucho, hurgaba con mi falo enhiesto su raja rosada, que ella me ofrecía abierta, sentándose sobre una caja. Yo le tanteaba la entrada con mi punta rosa, al igual que hacía con los dedos, explorando, sin saber muy bien lo que hacía, movido, cómo no, por esa extraña fuerza que me indicaba que por allí debía introducirse algo.

Pero esto no podía durar siempre. Nuestras conciencias se volvieron vigorosas, y el tormento por estar haciendo «lo indebido» ganó la partida: yo quería ir «al gallinero» y ella no; yo quería tocarla y ella no me dejaba. No puedo saber ahora si las cosas sucedieron tal como las pienso, pero tengo la impresión de que en aquel momento yo sentía que ella me rechazaba, que su deseo se había esfumado, y que, incluso, me había sustituido por algún compañero del colegio.

Empecé a albergar estas sospechas cuando la oía emplear alguna expresión que nunca antes había utilizado, como por ejemplo «la zanahoria» o «la salchicha», refiriéndose, delante de otros niños y niñas, entre risas, al pene. ¡Me sacaba de quicio! ¡Me ponía de los nervios! Yo estaba muy celoso. Sin embargo, mis sospechas no eran del todo ciertas. Ella sintió, igual que yo, no «poder seguir» con nuestros juegos sexuales, solo que el remordimiento que le provocaba empezaba a ser mayor que el placer que extraía de aquellas actividades clandestinas. Lo supe después, a raíz de un suceso que dio paso a una nueva «relación sexual» entre los dos, y que da título a este blog.

Decía yo al principio que de Lula me gustaba todo. Y es cierto. Lula

tenía unos pies preciosos. Cuando yo era aún muy chico, no les echaba demasiada cuenta, pero a medida que cumplíamos años, esta parte de su cuerpo comenzó a obtener también de mí su parcela de atención.

Ella fue siempre una chica delgada, pero muy enérgica. Tenía un físico muy bien proporcionado y atlético, de tal manera que su piel recubría sus huesos describiendo suaves curvas, aunque bien marcadas. Así, sus pies ofrecían a la vista un jardín de líneas sinuosas de lo más diversas: el talón redondeado, el empeine suave y combado, surcado por finas venas palpitantes, el arco de la planta, con esos diminutos pliegues sucesivos a modo de una mar rizada, la esfera que antecedía al dedo gordo, la perfecta escalera descrita por sus dedos, en una suave pendiente... Todo este conjunto de líneas sedosas estaba guarnecido con un magnífico contrapunto: sus tobillos picudos y un resalte fabuloso que tenía sobre el empeine y que volvía al conjunto, si cabe, aún más sensual.

Pues bien, estábamos en cierta ocasión ella y yo en su casa viendo una película en el pequeño salón de la tele, yo en un sofá y ella en otro. Estaba descalza y, como hacía siempre sin parar, lo tocaba todo con sus ágiles y bonitos pies: el pomo de un cajón, que lograba abrir y cerrar con esfuerzo, atrapándolo entre sus dedos, el cojín situado en el extremo del sofá, el suelo frío, las sandalias que se había quitado poco antes, la pared estucada... Cuando ella estaba en este plan, yo no podía apartar la vista, y la película me importaba un huevo.

En cierto momento, ella se da la vuelta, se coloca boca abajo y echa sus piernas hacia atrás, muy cerca de mí. De repente, decide estirar la punta de sus pies y tocar suavemente la mano que yo tengo colgando por un lateral del sofá en el que estoy sentado. Yo, sin moverme un milímetro, doy un brinco. Es decir, todo me brinca por dentro. Un escalofrío me recorre el cuerpo, y ya no sólo no veo la película: es que no veo nada. Sólo siento los dedos de sus pies, tibios y húmedos, que me acarician la mano. Mi corazón pasa de cero a cien, y mi excitación, que se mantenía medianamente estable mientras la miraba

toquetearlo todo, se dispara. Yo lo comprendo en seguida y, tras un primer instante en el que quedo paralizado, logro reaccionar y comienzo a acariciar sus pies, permaneciendo ahora ella inmóvil y receptiva a cualquier rozamiento.

Sin papel ni bolígrafo, quedó sellado justo en ese momento un pacto por el cual nuestros antiguos juegos sexuales iban a verse transmutados y circunscritos a sus pies, esa parte de su cuerpo que, estando a la otra punta, lo más alejados posible de su cabeza, centro de la censura y el remordimiento, y que no eran materia prohibida, yo iba a poder utilizar de todas las maneras posibles, y a través de los cuales ella iba a poder experimentar sensaciones sucedáneas a las que obtenía por medio de nuestros antiguos juegos. Esta práctica se prolongó durante varios años.

No exagero al decirles que mantuvimos, mediante este método, verdaderas «relaciones sexuales». Y es que mis dedos, inseguros al principio y más confiados después, dieron paso a mi lengua y a mi boca, órganos de los que ella disfrutaba intensamente, cosa que me transmitía con pequeños movimientos sutiles de sus dedos.

Este nuevo juego nos permitía obtener placer sin apenas escondernos. Bastaba con estar atentos para «recomponernos» a la menor sospecha de que podían vernos. Ignoro si fuimos descubiertos alguna vez. Podíamos estar incluso en el salón de mi casa viendo dibujos animados con otros amigos o primos y dedicarnos a nuestro placentero ritual cubiertos con una manta.

A menudo, yo dejaba que fuera ella la que me diera una «indicación» de que el momento era adecuado. Así, yo posaba mis manos sobre el sofá o sobre la cama en la que estuviéramos recostados, a una distancia prudencial de su cuerpo, y esperaba paciente. Si ella se sentía cómoda y excitada, no tenía más que deslizar su pierna hacia mí y buscar muy despacio con su pie desnudo ese sublime contacto, a partir del cual comenzábamos a «hacer el amor».

Recuerdo con cierta nitidez una ocasión en la que nos encontrábamos en un contexto parecido al que acabo de describir y en el que estábamos tan

excitados que nos arriesgábamos a ser descubiertos, pues ella abandonaba mis manos, que no habían dejado de acariciarla ni un momento, y avanzaba hasta la altura de mi boca para que yo la lamiera y la besara. Cuando algún gesto de los demás niños que había en la sala nos alertaba, ella replegaba rápidamente sus pies bajo la manta y yo los abrazaba contra mi pecho, húmedos aún de mi saliva.

Cuando alcanzábamos las últimas fases de nuestro «contrato», rozando ya mis quince años, habiendo mi cuerpo madurado y mis eyaculaciones aumentado de tamaño, no fueron pocas las veces que, si la ocasión nos permitía estar completamente a solas, y habiéndome entregado yo con deleite a acariciar, besar, lamer y adorar los pies que ella me ofrecía como si fuesen su vulva abierta, tuve que marcharme de su lado totalmente turbado, con prisas y con paso torpe y tambaleante, pues deseaba llegar cuando antes a mi casa para cambiarme de ropa, ya que la mancha de semen que empapaba mis calzoncillos comenzaba a alcanzar y oscurecer mis pantalones.

El pacto no tenía fisuras, las cláusulas eran tácitas pero nítidas: sólo se me estaba permitido tocar, acariciar, lamer y besar hasta un punto algo por encima del tobillo. Si en alguna ocasión yo deslizaba mi mano más arriba, por su pantorrilla y por su muslo, buscando las añoradas nalgas, ella soltaba un instantáneo respingo y se contraía, alejándose de mí. Yo tomaba nota y ponía fin de inmediato a mis incursiones. ¡Ay!

Con el tiempo, logré memorizar cada centímetro y cada detalle de la «zona permitida», y para mí se convirtió en una de las zonas erógenas más potentes que una mujer puede ofrecerme. Por supuesto, Lula dejó el listón altísimo, y no me excitan ni siquiera mínimamente unos pies que considero «feos». Es más, cuando practico sexo con una mujer y me encuentro con esta situación, procuro mantenerlos fuera de mi vista, pues podrían provocarme el efecto contrario.

No sería justo, ni cierto, decir que Lula hizo de mí un fetichista, igual que tampoco sería justo decir que ella condensó toda su potente sensualidad en

sus pies por culpa mía. De ninguna de las maneras. Mi inclinación por esta parte del cuerpo femenino seguramente siempre estuvo ahí, y ella la hizo emerger igual que se hace salir al conejo de su madriguera con un atractivo señuelo.

Por su parte, quizás su desmesurada conciencia sobre lo que podía ser «pecaminoso» hizo que deslizara toda su sensualidad, que era —y sigue siendo— muy grande, a sus pies. Y no cabe albergar demasiadas dudas sobre esto, pues con el paso de los años no ha habido hombre que no haya quedado prendado de ellos y de su modo de exhibirlos, siempre con vistosos zapatos, tacones, cadenitas, anillos y colores de uñas, y siempre rozando los más altos niveles de la sensualidad. Ella lo sabe, y lo utiliza a las mil maravillas. Yo no puedo, desde aquellos años de mi infancia, hacer otra cosa que mirarla.

4

Sexo para mojigatos

Merche (por whatsapp):

¿Estás en tu casa? Vine caminando hasta Ronda, a casa de mis padres. Ya estoy de vuelta. ¿Me invitas a un café?

Yo:

Vale, pásate.

A Merche la conocí en la universidad. No era mi tipo, sexualmente hablando, pero hicimos buena amistad. Era de ese tipo de chicas que lo reivindica todo. Se encontraba en su elemento cuando tenía que plantear a la junta universitaria, en el salón de actos, todas las demandas que los alumnos le transmitían a ella. Era bastante guerrera, siempre detrás de las causas injustas. Yo pensé que con el tiempo acabaría ejerciendo la política. En la universidad, la tachábamos de feminista empedernida.

—Hala, ¿y ese conjuntito? —le dije, en el umbral de la puerta.

La miré de arriba abajo, sonriendo. (Tengo este defecto, y es que soy bastante indiscreto. Sólo cuando me lo hacen saber, me doy cuenta de que podría «cortarme un poco». Ella ya estaba acostumbrada.) Su cuerpo estaba cubierto casi por completo de licra negra: unos pantis que le llegaban a la pantorrilla, un top bien prensado sobre su busto, y una chaquetilla rosa chillón con cremallera, de manga larga. Todavía sudaba un poco. Se había recogido el pelo en una coleta, detalle que la hacía más «jovial», un contrapunto juguetón en su apariencia: por lo general, por su forma de vestir, parecía siempre mayor de lo que era: camisas abrochadas hasta arriba, zapatos planos o con muy poco tacón, fulares, gafas de sol de pasta sobre el pelo largo, pantalones (rara vez falda), etc.

—¿Qué le pasa al conjuntito? ¿Te vas a meter ahora con él? —me dice tratando de parecer enfadada, pero descojonándose.

—Calma, calma, peleona, que está muy bien —le digo abriendo la puerta y haciendo que pase. Ella avanza por el pasillo, delante de mí, y yo, por

supuesto, la miro de nuevo de arriba abajo, deteniéndome a cada pasada en su culo y su espalda. Ya digo que no era mi tipo, pero Merche tenía una espalda bastante atractiva. Actualmente había cogido bastantes kilos, de ahí su «caminata» hasta la casa de sus padres.

Pasamos al salón y traigo de la cocina dos tazas de café. Nos sentamos en el sofá central del tresillo, uno a cada lado. A ella le gusta estar en contacto conmigo, físicamente, cuando estamos conversando. Si no es con un dedo, que desliza por mi brazo cuando estamos más cerca, es con su pierna, como hacía ahora, que rozaba intermitentemente contra la mía.

Ella estaba casada actualmente, tenía dos hijos, y, por lo que yo sabía, jamás había estado con otro hombre, más allá de algún *rollito* durante sus épocas de infancia y juventud. Detrás de su faceta feminista y guerrera se escondía justo lo contrario: una personalidad dócil, constreñida por una educación firmemente religiosa, y supeditada por entero a los deseos del hombre. Era una chica tremendamente mojigata, que se sorprendía a sí misma después de pronunciar frases del tipo: «es que no es natural tener sexo con quien no es tu esposo». En ocasiones como esa, la vi echarse la mano a la boca en un acto reflejo, avergonzada e incluso conmocionada por sus propias palabras.

Mi vida «desordenada», según la llamaba ella —rara vez estuve con una chica más de dos años; mi experiencia sexual y afectiva se reducía a rollos pasajeros, *follamigas*, citas con desconocidas con las que contactaba por internet y demás fauna— era para ella una fuente de excitación y morbo. Le gustaba conocer los detalles de mis incursiones sexuales. En esta ocasión, mientras rozaba mi pantorrilla con su pierna, quería saber cómo me iba con mi nuevo ligue, la chica «del *parking*».

—Pues bien, me va muy bien —le decía yo, haciéndome el interesante.

—¿Ah, sí?, cuenta, cuenta.

—He comprado el chisme que te dije...

Le había contado que, para añadir algo más de morbo a mis sesiones

de sexo con este nuevo ligue, había comprado un «juguetito», un *dildo* de unos 20 cm. de color crema, grueso y liso, que terminaba en una punta con forma de glande.

—¿Quieres verlo? —seguí diciendo.

—¡No! —soltó estallando en una risa nerviosa—, ni se te ocurra traerlo.

—Pero, ¿por qué? Espera, que lo traigo —le dije, levantándome del sofá.

—¡Que no lo traigas! —me «gritaba» ella, temblándole la voz.

Sus «gritos» no resultaban en absoluto creíbles. Se moría de ganas de verlo, pero no se atrevía a hacerlo delante de mí. Los nervios se la comían por dentro. No sabía dónde meterse. Cuando asomo de nuevo en el salón, ella trataba de mirar para otro lado, martirizada, cubriéndose la frente con una mano. Yo, por mi parte, estaba tan nervioso como ella, aunque trataba de ocultarlo.

Desde siempre he tenido un sentido del pudor y del ridículo exacerbados. En mi juventud, a la menor señal de que podía sentirme reprobado por mis acciones, mi cuerpo se tensaba por dentro y experimentaba una sensación abrumadora de vergüenza y culpa. Este aspecto de mi personalidad, según creo, es el que se encuentra en el origen de mi fascinación por las situaciones morbosas en las que se roza la línea de lo prohibido, lo censurable y lo pecaminoso. Merche lograba conducirme, con su rubor y sus escrúpulos, a las cumbres de la excitación morbosa. Me senté bruscamente en el sofá, dejándome caer, y solté el juguetito en medio de nuestros cuerpos.

—Mira, ¿qué te parece? —le pregunto riéndome y mordiéndome los labios a un tiempo.

—Qué capullito eres —me dice, sin atreverse a mirarlo. Se quita la mano de la frente y gira la cara hacia mí, aunque yo sé que ella logra percibir por el rabillo del ojo, como hacen muy bien las mujeres, aquel objeto color crema que, desde este momento, pasa a ser el centro de su atención. Su cara es

un poema, roja como un tomate, y su excitación aumenta verdaderos enteros, como la mía.

—Mi niña, sólo quiero saber tu opinión —le digo, haciéndome el sueco.

—Sí, ya, claro...

Y en un acto de arrojo, aprovechando un descuido de su pudor, lanza una mirada fugacísima al objeto, medio segundo quizás, y las llamaradas cubren por completo sus mejillas. Yo me pongo como una moto, una Harley Davidson de 800 cm. cúbicos como mínimo.

—Muy... bonito —logra decir a partir del fugaz recuerdo, levantando la barbilla para alejar su mirada del objeto prohibido.

—¿Verdad que sí? Yo creo que sí, que está muy bien. ¿Has visto la forma que tiene?

—No... No me he dado cuenta.

—¿No?, pues míralo, mujer. Anda, dime qué forma tiene.

Logrando reunir la confianza necesaria, vuelve a echar un nuevo vistazo tratando de demorarse lo más posible, y lo observa durante 2 ó 3 segundos. La excitación le sale por los poros.

—Tú ya sabes qué forma tiene.

—Claro que lo sé, pero sólo era para que me lo confirmaras —le respondo. Cojo el *dildo* en mi mano y se lo tiendo—: Toma, cógelo, mujer, que no muerde.

Ella lo coge con los dedos, sin saber muy qué hacer, lo voltea ligeramente, observando las formas, y lo suelta sobre el sofá, como si le quemara. El rojo de sus mofletes amenazan con prender una hoguera.

—¿Y bien? —vuelvo a insistir.

—No me lo vas a sacar. Sabes que no puedo decirlo —y se ríe sorprendida de la magnitud de su represión sexual.

Tiene razón, me pone mucho sacar a flote el pudor y la vergüenza de una chica que confiesa, por el color de su cara, que experimenta deseos

«indecorosos». Tras un pequeño intercambio de palabras, me suelta sin previo aviso:

—Ahora no puedo dejar de mirarlo —me dice mientras lo observa sobre el sofá, «caliente» todavía de sus dedos. Tiende despacio una mano hacia delante, saca el dedo índice y comienza a pasarlo por la punta con forma de glande.

—¿Te gusta la puntita? ¿A que está muy lograda? —le digo, tratando de que no me vibre la voz.

—Muy lograda, sí. Me gusta mucho… —y sin dejar de mirarlo y juguetear con él, me dice a bocajarro—: Tiene forma de polla.

Esa palabra, «polla», salida de su boca, es para mí como una descarga eléctrica que me convulsiona por dentro. Yo no sé qué cara pongo en esas situaciones, ni sé si se me nota, pero las mejillas me ardían como las brasas de una barbacoa. Lo que sí podía constatar era que mi paquete había aumentado de tamaño, algo que no quise disimular, pues sabía perfectamente que ni ella se atrevería a decirme nada, ni yo me atrevería a llamar su atención al respecto. Eso sí, dejé crecer mi miembro a su gusto, consciente de que comenzaba a cruzarme el pantalón, el cual, para colmo, era de pana y lo envolvía tan bien como la licra que ella llevaba envolvía su vulva, visiblemente partida en dos. Tratando de controlar mis taquicardias, le digo:

—¿Ves como sí lo sabías? No era tan difícil —le digo. Nuestras sonrisas han dado paso a una seriedad mórbida.

Vuelvo a cogerlo con mi mano y decido juguetear con él. Lo manoseo y lo paseo arriba y abajo por mi muslo, acercándolo y alejándolo de mi entrepierna, como un señuelo. Mientras sigo jugando con él, la miro a ella de vez en cuando a la cara, y observo que sigue fielmente el movimiento del juguete. Mi excitación alcanza un pico en el momento que observo que sus ojos brincan, durante una fracción de segundo, desde el *dildo* hacia mi polla, visiblemente tiesa bajo los pantalones. Me pone como loco ese gesto mínimo. Me atrevería incluso a llamarlo *microorgasmo*. Tras unos instantes, lo llevo a

su rodilla, que está muy cerca de la mía, y empiezo a pasear el glande de plástico por encima de la licra, subiendo y bajando por su muslo, acercándolo peligrosamente a su entrepierna.

—¿Y para qué sirve? —me suelta ella, ocultando al mismo tiempo su boca tras los dedos, a modo de rejilla, sin creerse muy bien lo que ha dicho.

—Pues... Hay que meterlo —digo yo, sin parar de deslizarlo.

—¿Meterlo? ¿Y dónde? —me responde, subida al tren de la excitación.

—Ya sabes, en «eso» que tiene la mujer...

—¿«Eso»? —responde ella, que parece haber cogido el testigo de la situación.

Y yo, sin dejar de jugar con el *dildo*, lo aproximo a la entrada de su vulva y presiono ligeramente con la punta justo en el centro.

—Se mete por aquí —le digo sin mirarla a la cara, rozando el glande a lo largo de su raja cubierta por la licra tensa.

Estamos los dos cachondos perdidos, y perdidos en este juego morboso en el que nos encontramos atrapados. Cada frase da lugar a la siguiente, cada paso nos introducía más en el laberinto donde habíamos entrado.

—Pero, ¿se deja metido? —vuelve a preguntar, mirando cómo juego en su entrepierna.

—Bueno —le digo—, puedes dejarlo metido, pero lo normal es que se meta y después se saque. Mira —le explico. Le cojo una mano y hago que forme un cilindro con sus dedos. Introduzco el *dildo* y empiezo a hacer un movimiento de vaivén—: Así, ¿ves? Se mete y se saca, se mete y se saca...

Mientras «se lo explico», noto que ella me acompaña perfectamente con su mano, ejerciendo la presión adecuada sobre el falo postizo y deslizándola ella misma a lo largo de la superficie brillante. Los dos tenemos a estas alturas un calentón de campeonato. No podemos parar.

—Ah, ya voy comprendiendo. Se mete y se saca... ¿Y se pueden hacer más cosas? —me dice, dejando de figurar una vagina con su mano y

acariciándolo ahora con el dedo índice desde la base hasta la punta.

—Claro, muchas más cosas. Se puede lamer o chupar. Como tiene esta forma, es como si...

—Ya... Es como si lamieras una de verdad.

—Eso es. ¿Quieres probar? —le digo, aproximando el juguete a su cara.

—¡No!, quita —me dice nerviosa, apartándome la mano torpemente pero sujetándomela a la vez, sin querer que la retire del todo.

Pero sé que lo está deseando, así que no le hago ningún caso y sigo «mortificándola». Llevo el *dildo* a su escote y comienzo a subir despacio, haciéndolo tropezar con su piel húmeda, atascándose. Asciendo por su cuello y me entretengo en él, acariciándolo con la punta obscena. Subo hasta su barbilla. Ella se limita a ponerse del color del granate. Nadie habla. Finalmente, hago que el falso glande se pasee por sus labios, despacio, hasta que veo salir la punta húmeda de su lengua, como una serpiente, y se encuentra con mi señuelo. Acabo de experimentar un nuevo *microorgasmo*. Comienza a lamerlo y a hurgar en la ranura que divide la cabeza del pene en dos hemisferios. Yo estoy atacado, mi corazón bombea con fuerza. De repente, ocurre algo fabuloso: mientras recorre el glande con su lengua, me mira fijamente a los ojos dos segundos, tres, cuatro quizás. ¿Puedo describir con palabras lo que me pasaba por dentro? No. Otro instante imborrable para el recuerdo. Me quedo sobrecogido, arrebatado, noto mi pene empujar la tela que lo aprisiona y soltar algunas lágrimas de excitación. Mientras ella lame el juguete que yo le ofrezco, mi boca se entreabre, como imitándola. Es de locos. Tras esta pequeña «sesión», retiro el *dildo* y nos damos un respiro. Ella oculta su cara entre sus manos, resopla, se abanica.

—Uf, qué fuerte —dice, y vuelve a reírse nerviosamente. Las aletas de su nariz se abren y cierran al ritmo de sus carcajadas impostadas.

—Muy, muy fuerte —digo, todavía con la boca abierta—. Te acabas de pasar tres pueblos, ¿sabes? —Y ella, igualmente arrebatada, presa de la

excitación que se había apoderado de sí, me suelta:

—Pónmela en la boca de nuevo.

Yo no salgo de mi asombro y reacciono como un autómata. Sujeto el *dildo* por la base y vuelvo a acercarlo a su boca. Su lengua sale lasciva en busca del glande. Le da unos lametazos y a mí no se me ocurre otra cosa que retirarlo unos centímetros. Ella estira su culebrilla ávida, que se queda flotando en el aire, sin poder alcanzarlo.

—¡Dámela!, ¡dame la polla! —me dice. Esta frase me empuja tan directamente al orgasmo como medio minuto de movimientos pélvicos penetrando una vagina.

Vuelvo a acercarla un poco, obligándola a lanzar su lengua vibrante. Me pongo como loco. Tengo unas ganas tremendas de tener mi polla en mi mano y desahogarme. Tengo los calzoncillos empapados. De pronto, abre su boca como pidiéndome que me acerque. Yo lo hago y ella cierra sus labios en torno al glande, que desaparece dentro de su boca. A continuación, recuesta su cabeza en el sofá, cierra los ojos, agarra la mano con la que yo sujeto el falo de plástico y empieza a succionarlo, metiendo y sacando el glande de su boca. ¿Cuánto voy a aguantar así? La visión es tremenda. Estoy a punto de correrme. Tras unos segundos, medio minuto quizás, me suelta la mano, vuelve a cubrirse el rostro con las suyas, sin creerse lo que ha sucedido, resopla, niega con la cabeza, se levanta del sofá sofocada y me dice:

—Tengo que ir al baño —y se echa a andar con paso agitado. Cuando está a punto de cruzar la puerta del salón, me suelta sin girarse—: te voy a matar —y se mete en el baño.

No me mató, pero casi logró que me diera un infarto. Ambos recordamos esta escena como de una tensión sexual fuera de lo común. Una vez que se hubo ido, me masturbé recordando cada detalle, tratando de retrasar todo lo que pude mi orgasmo, y ella, según me confesó más adelante, también lo hizo, cuando logró estar a solas a altas horas de la noche, una vez que su marido y sus hijos dormían apaciblemente. Usé esta escena para masturbarme

infinidad de veces, y sigo recurriendo a ella en ocasiones, cuando, tras hurgar en el cajón de sastre de mis fantasías, me encuentro con esta pequeña joya erótica «para mojigatos».

5

El beso de la araña

Corrían los tiempos en que los jovencitos, los varones, hablábamos de chicas y de sexo a todas horas. En el instituto, comenzábamos a ver los cambios que la naturaleza había provocado, de un verano para otro, en los cuerpos de aquellas hembras pubescentes, deformándolos sabiamente con nuevas protuberancias y curvas voluptuosas.

Las clases de gimnasia constituían una ocasión sin igual para deleitarnos con los glúteos mórbidos de Pili, que asomaban por debajo de los pantalones cortos y arrastraban, adherido a la piel húmeda, un trozo de braguita; con las tetas firmes y rebosantes de Soraya, que apenas podían contener, durante la carrera, su fatigado e insuficiente sujetador; con las piernas estilizadas de Bea, acabadas en unos finísimos tobillos y unos delicadísimos pies, los que yo me deleitaba mirando en el gimnasio cuando tocaba estiramientos sobre colchonetas, pues el profesor, seguramente más preocupado por su propio placer morboso que por el cuidado del material, nos obligaba a descalzarnos; y con la cintura de avispa de Lupe, detalle anatómico que ella procuraba resaltar vistiendo una camisita blanca bien ajustada. La atención libidinosa del macho adolescente estaba siendo progresiva e ineluctablemente atraída por esta tropa de abejas portadoras de rica miel.

Cuando yo escuchaba a otros compañeros hablar de penetración, de coitos o de follar, me los imaginaba realizando un acto insólito, no sólo por lo increíble que me parecía llegar a «disponer» de la voluntad de una cualquiera de aquellas gráciles y perturbadoras gimnastas, sino también por el halo de misterio que lo envolvía, pues, ¿en qué consistía realmente su mecánica? Me imaginaba a Montse entre mis manos, la chica bajita y pechugona que se sentaba delante de mi pupitre, haciéndole «aquello» de lo que todos hablaban, y un estremecimiento me recorría el cuerpo. «¿Qué se sentirá?, ¿qué hará ella?, ¿sabré metérsela?, ¿sabré por dónde metérsela?, ¿he de derramarme dentro?»,

me preguntaba.

En las clases de religión, gracias al cura salido que teníamos como profesor, se hablaba de semen, de manchas imborrables en los calzoncillos, de vulvas obstruidas por un velo de piel maldito, de embarazos, de condones... Un sinfín de acertijos. Y yo quería averiguarlos todos. Me imaginaba «haciéndoselo» a Pili, abierta debajo de mí en una postura obscena, como había visto en alguna revista pornográfica; o a Soraya, puesta a cuatro patas y exponiendo su vulva tumefacta y circundada por un halo de vello oscuro, turbador, con sus enormes pechos bamboleándose con mis sacudidas, mi pene clavado «allí», no sabía muy bien dónde.

Yo, con mi inexperiencia, me sentía un extraterrestre frente a Esteban, aquel chico de segundo que «lo hizo» con Lena en la última excursión a los Llanos de la Pez, entre los pinos; o frente a Antonio, aquel chico de orígenes venezolanos y piel morena que «te llenaba la boca» con su eyaculación, según decían. Hasta entonces, mi experiencia sexual se había limitado a la minuciosa exploración del cuerpo de Lula, mi prima inseparable durante la infancia.

Entretanto, me masturbaba. A mis dieciséis años, me deleitaba observando salir de mí aquel líquido viscoso y perfumado que brotaba después de practicar sobre mi miembro erecto un enérgico masaje, acompañándolo con las más vivas y variadas imágenes que iba recopilando cada día con aquellos cuerpos femeninos que provocaban mi excitación involuntaria. Uno de ellos era el de mi prima Sandra, dos años mayor que yo y protagonista indiscutible de mis poluciones diurnas (y no sé si también de las nocturnas).

Sus curvas eran del tipo por cuya razón se suele usar el símil de la guitarra para referirse al cuerpo de la mujer: tenía unos pechos muy abundantes y firmes, una espalda estilizada, una cintura asombrosamente fina y unas caderas que, por contraste, parecían la caja de resonancia de dicho instrumento. Sus nalgas... para qué hablar de sus nalgas. Sólo sé que cuando la veía alejarse de mí, estando yo en su casa para pasar la noche, andando por el pasillo en ropa interior, las braguitas se le metían por en medio hasta casi

perderse, mientras las dos masas mórbidas de carne vibraban a ambos lados con cada paso, provocando mi asombro y mi excitación. Estas cosas, como veremos enseguida, las hacía a conciencia. Además de todo esto, era una chica muy guapa, de nariz afilada, grandes mofletes garantes de juventud lozana, labios carnosos, bien dibujados, y pelo castaño, largo y lacio.

Asistíamos al mismo instituto, pero allí apenas la veía. Estando dos cursos por encima, sentía que «jugaba en otra liga». Le conocí uno de sus muchos «novios», un chico alto y tan rubio que parecía alemán, con el que se besaba y magreaba discretamente durante el recreo, apoyados en una de las vallas que circundaba el recinto. Federico, uno de sus muchos admiradores, me paró más de una vez por las escaleras, entre clase y clase, y me decía al oído: «me vuelven loco las tetas de tu prima», con la esperanza, quizás, de que yo se lo transmitiera a ella.

Pero Sandra era relevante para mí en su casa, no en el instituto, pues era allí donde yo pasaba muchísimo tiempo. No con ella, pues para mí era inaccesible —y yo debía parecerle un gracioso animalito—, sino trasteando, jugando o fabricando alguna chapuza en la azotea. Su casa era también la mía, y yo podía acercarme allí a almorzar cualquier día, si me apetecía, sin avisar siquiera.

Sus padres eran unas personas muy chapadas a la antigua, y en materia de ligues y de sexo se comportaban con ella como dos carceleros con su prisionero. De hecho, en una ocasión su padre la sorprendió besándose con el rubito de apariencia germana cuando pasaba con su coche por una carretera adyacente al instituto: estuvo dos meses sin dirigirle la palabra. (Ignoro en qué consistió la escena cuando ella regresó ese día a su casa, pero conociendo el carácter de mi tío, debió ser un plato de malísimo gusto.)

Presencié también, algunas noches que pasé allí a dormir, cómo su madre permanecía en vela viendo la televisión hasta las tantas, dando cabezadas, si se daba la circunstancia de que el «pretendiente» de Sandra se encontraba en aquel momento con ella, en una habitación anexa. La mamá

gallina vigilaba que el intruso no le metiera mano a su polluelo.

Bajo este clima de vigilancia férrea, Sandra parecía conducirse con total indiferencia, como si hubiese a su alrededor una película aislante que la protegiera de semejante influencia. En un ambiente donde todo debía realizarse a plena luz y bajo la mirada franca de sus padres, quienes no daban ocasión a que se les forzara a interpretar nada (incluso ducharse o hacer la necesidades debía hacerse con la puerta del baño abierta o entornada: cerrar una puerta implicaba, para aquellos dos seres mojigatos, deseos indecorosos), Sandra podía pasearse por toda la casa, sin la más mínima aprensión, en bragas y sujetador o con ropa rematadamente ligera. ¡Qué maravilla!, ¡aquella prima que jugaba en las ligas mayores paseándose para mí de semejante manera!, ¡toda aquella carne apreciadísima a mi disposición!, ¡jódete, Federico!

Ella sabía que causaba expectación. Fueron muchas las ocasiones en que pude observar cómo se las gastaba y qué intención ponía en los movimientos de su cuerpo. Por ejemplo, si nos encontrábamos en su casa algunos primos y amigos varones, ella podía hacer acto de presencia con sus mínimos modelitos y sus impresionantes curvas y marcharse, acto seguido, generando tras de sí, con el balanceo de sus caderas, un caudal de miradas concupiscentes. Para desgracia suya, no disponía de ojos en el cogote, de modo que se veía obligada, mientras se alejaba, a girar mínimamente la cabeza para atisbar, con el rabillo del ojo, el destrozo que había provocado con su llegada, y el que estaba provocando al marcharse. Yo me relamía no sólo observándola a ella, como hacían todos los demás, sino observando también este detalle.

Yo me masturbaba con estas visiones, pero no sólo con estas visiones. Como digo, yo debía parecerle a ella un animalito indefenso. Era tal su poderío sexual, que yo me sentía menguar a su lado. Su interés por mí debía ser el mismo que manifestara una araña por una mosca jugosa: yo era una presa cualquiera a la que podía atrapar, manipular y devorar a su antojo.

Era conocido que Sandra tenía muchísimo deseo sexual y que no

perdía ninguna ocasión que le reportara un mínimo de placer morboso. De modo que sí, yo debía parecerle a ella, dada mi fragilidad de cervatillo, un sencillo bocado, pero al fin y al cabo con cuerpo de varón y con mis órganos sexuales en pleno funcionamiento. De hecho, me encontré en muchas ocasiones «enredado en su tela». Yo jamás la reclamaba: sencillamente, yo «caía en sus redes». Me explico.

En una ocasión, siendo ya un mocito de doce o trece años, acababa yo de terminar de ducharme, en su casa, con la puerta abierta —aunque no estaban sus padres—, y me disponía a secarme. Aún con la toalla flotando en el aire por haberla cogido del colgador con un enérgico tirón, desnudo y con la cortina de la bañera descorrida, aparece ella en ropa interior, como por arte de magia, descalza, dando saltitos, y me arrebata sin mediar palabra la toalla de las manos. Se sienta en la taza del váter, abre las piernas (¡santo cielo!) y me indica que me acerque. Yo me quedo mudo, inmóvil e idiotizado, sin saber muy bien si cubrirme el sexo o no. Finalmente, como hechizado por un extraño encantamiento, obedezco, salgo de la bañera y penetro en su radio de acción situándome a unos centímetros de ella, la cual me acoge, cual araña hambrienta, con el capullo de seda que ha formado con la toalla, que enrolla en torno a mi cuerpo. Y en este insólito escenario comienza a secarme con minuciosidad, todo, sin dejarse un sólo rincón de mi anatomía. Y yo me dejo hacer como un perrito dócil, alzando los brazos, girándome, inclinándome, abriendo un poco las piernas, obedeciéndole fielmente.

Mientras me encuentro de frente a ella, observo impresionado sus enormes pechos bamboleantes, su canalillo, sus pezones bajo la tela del sujetador, y su entrepierna ofrecida y oscura, cubierta por la braga de encaje. ¿Crecería mi pobre pene en ese momento? El sólo pensamiento me perturbaba y me paralizaba. «¡Por Dios, Sandra, cómeme de una vez!», gritaba yo, en silencio. Indiferente a mi desconcierto y habiéndome dejado perfectamente seco, ella abandona su asiento, hirviendo de sus posaderas y aromatizado por su sexo, y yo me coloco despacio los calzoncillos mientras la veo, por el

rabillo del ojo, salir del baño con la tela de las braguitas apiñándose entre sus nalgas, que ya comenzaban a ser abundantes. ¡Qué visión para el recuerdo!, ¡qué acontecimiento inolvidable!

En otra ocasión, creo que ya con dieciséis años, estábamos de nuevo los dos solos en su casa, de regreso de no sé qué sitio. Ella decidió darse una ducha. Yo estaba, entretanto, en el amplio salón, viendo la tele. «¡Fer!», oigo que grita. «¡Ferni, ven un momento!», repite. Por alguna razón, no me dice para qué me quiere, así que me acerco al baño, que tiene la puerta completamente abierta. Sin cruzar el umbral, mirando tímidamente, vislumbrando un muslo y una cabellera chorreante bajo la ducha de la bañera, con la cortina ligeramente descorrida, le pregunto: «dime, Sandra». «Ah, estás ahí», me dice asomando su cabeza entre las cortinas y dejándome ver algo más de carne húmeda. «Se me olvidó coger la toalla. Ve a mi cuarto y tráeme una. Están en el segundo cajón de la izquierda del armario», me dice. Se le había olvidado la toalla, ¿comprenden?

Yo hago lo que me dice y regreso con ella en la mano. Mi corazón bombea con fuerza. «Te la pongo aquí», le digo aturullado, inclinándome sobre la taza del váter. «No, no, dámela, acércamela», me dice. Yo me giro, nervioso, y ¿qué es lo que veo? Pues la veo a ella, completamente desnuda por entre las cortinas, que ha descorrido lo justo y necesario para proporcionarme esta panorámica, tratando de recoger su pelo empapado en un moño, un gesto que la obligaba a alzar los brazos sobre su cabeza y mostrarme los enormes y preciosos pechos, surcados de gotas cristalinas que resbalan hasta caer desde la punta de sus erizados pezones. Me quedo de piedra, sin saber adónde mirar y con la toalla colgándome de las manos como si fuera un cuerpo muerto. Mi mandíbula debía flotar de manera parecida. Para colmo, no coge la toalla de inmediato, sino que se demora con su pelo todavía unos instantes, los cuales aprovecho yo, sobrecogido, para lanzar miradas fugaces al triángulo oscuro de su sexo, desde el que escurren las últimas gotas que resbalan por su piel, como meandros, y que confluyen en aquella mata negra. «Trae», me dice

finalmente agarrando la toalla, y yo, que me quedo con el brazo alzado, sin sujetar otra cosa que el aire, me veo obligado a marcharme, consternado, por propia iniciativa, puesto que Sandra, impasible, abusadora y brutal, había empezado a secarse «sin prestarme ninguna atención». Yo me habría quedado allí eternamente, observando tamaña obra de arte.

Tras este suceso, que quedaría para siempre en mi recuerdo, cuando Federico me retuvo una vez más en las escaleras del instituto para mencionarme su fascinación por las tetas de mi prima, yo le contesté: «se las he visto», y me di media vuelta, sonriendo, mientras le dejaba a él con la mandíbula abierta de par en par.

Sandra también solía arroparme cuando me quedaba a pasar la noche en su casa, estuviesen sus padres o no. Si bien yo la veía marchar vestida a por la ropa de cama que habría de traerme minutos después, siempre regresaba en ropa interior y descalza. Y no sólo colocaba las sábanas y la almohada sobre el sofá en el que yo iba a dormir, sino que esperaba a que yo me desvistiera y me quedara en calzoncillos para finalmente cubrirme con la manta. Me daba las buenas noches y se marchaba, como siempre, ofreciéndome el turbador y vibrante baile de sus nalgas.

Con toda esta información en mi memoria, Sandra se había convertido para mí en una especie de icono voluptuoso. Hasta ahora, a mis dieciséis años, no me había atrevido a pedirle nunca nada en materia de sexo: tan sólo podía permanecer paciente a su alrededor para, al igual que esas gaviotas que revolotean sobre los barcos pesqueros para prender alguna captura desechada, hacerme con alguna valiosa visión o algún preciado bocado que ella quisiera dejar caer del maná inagotable que era su cuerpo y su sensualidad.

Sin embargo, mis inquietudes sobre el sexo en este momento de mi vida, abrumado por los misteriosos comentarios de mis amigos de clase, eran más vivas que nunca, y por alguna razón que desconozco tenía el presentimiento de que ella podría «ayudarme» a desentrañar este intrincado camino. Pensaba en ella como en una comprensiva madrastra que acogería con

amabilidad mis solicitudes y me ofrecería su ayuda con naturalidad. «Sandra, ¿tú podrías... ?, ¿tú me harías el favor de... ?», imaginaba yo que le decía. No encontraba las palabras, ni siquiera en mis pensamientos. Lo intentaba de nuevo: «Sandra, no sé si tú podrías... o sea, si te parecería bien que... si tú podrías enseñarme cómo se... hace». Fantaseaba constantemente con esta posibilidad, me masturbaba imaginando el momento en que acudiría a ella, le plantearía mis necesidades y preocupaciones y ella se avendría tiernamente a darme las respuestas que yo necesitara.

Se me presentó la ocasión de poner a prueba mi fantasía —porque eso es lo que era, una mera fantasía— un día que regresamos bastante tarde de la casa de nuestros abuelos maternos. Decidí quedarme a dormir en su casa. Sus padres se fueron enseguida a dormir y ella, como hacía siempre, se fue a traerme la ropa de cama. Yo era un manojo de nervios, puesto que estaba decidido a plantearle mi «solicitud».

Aunque no transcurrieron más que unos minutos entre que se fue vestida y regresó con las sábanas y la almohada, tuvo suficiente tiempo para desvestirse y regresar exclusivamente con la ropa interior y descalza. Mis pulsaciones aumentaban por momentos. La relativa penumbra del salón estaba de mi parte, pues no quería que lo notara. Extendió las sábanas y esperó a que yo me desvistiera. Me eché sobre el sofá y me cubrió finalmente con la manta. Para mi sorpresa, se sentó en el borde del sofá, junto a mi cuerpo, me dijo alguna tontería y me hizo alguna carantoña. Me sentí indefenso, una vez más, al lado de que aquel cuerpo grávido, voluptuoso y sensual.

Mientras intercambiamos las últimas naderías, antes de darnos las buenas noches, en voz baja para no despertar a sus padres, le puse, en un impulso desesperado, mi brazo sobre los muslos y comencé a juguetear, nervioso, con el ribete de sus bragas de encaje, a la altura de su cintura. Yo temblaba de excitación. Ella no borró en ningún momento la sonrisa de sus labios, mientras que mi cara debía mostrarle a las claras mi profunda turbación. En materia de sexo, la sentía constantemente a kilómetros de mí, y

volvía a darme una prueba en esta ocasión.

Notando el calor de su cuerpo en mi brazo, y sin dejar de enredar los dedos con la cinta de sus bragas, sentí que estaba naciendo entre los dos una complicidad nueva. Tomé valor, y me dispuse a hablar: «Oye, Sandra, quería... te quería... preguntar una cosa». No me atrevía a mirarla a la cara, mis mejillas debían estar del color púrpura, y los dedos que jugaban con su ropa interior comenzaban a temblarme. Las sábanas debían transmitir mis palpitaciones como la membrana de un altavoz. Así y todo, traté de continuar: «Verás, no sé si... no sé si tú podrías... si te parecería bien que... ». No pude seguir. Y supe que no podría terminar. Era absurdo. Visiblemente contrariado, retiré mi brazo de su muslo y traté de recomponer la expresión de mi cara, que en estos momentos debía reflejar mi abatimiento. «Bueno, nada, era una tontería», acabé por decir, tratando de poner una sonrisa.

Para mi sorpresa, vi que su expresión había cambiado. Sin llegar a estar seria, había abandonado la sonrisa para sustituirla por una expresión de, digamos, condescendencia o de haber intuido por dónde iba yo. A todo esto, me miraba fijamente a los ojos. Entonces veo que lleva su mano a mi pelo y lo agarra en un puño, tironeándolo varias veces. Me sonríe, se apoya con la otra mano sobre mi pecho y se inclina sobre mí para darme, sin soltarme, un beso en los labios. A continuación se incorpora, me da un pequeño cachete con la palma de la mano y me dice en un susurro, sin dejar de sonreír: «buenas noches», y se marcha ofreciéndome una vez más aquella visión con la que tanto había fantaseado, sin girarse a mirar lo que dejaba detrás.

Yo no podía dormir. Me sentía avergonzado. ¿Qué pensaría de mí? Trataba de enterrar mi cara en la almohada, vuelto hacia la pared, huyendo de todo cuando acababa de pasar. ¡Qué imbécil! En la soledad y el silencio de la noche, repasaba una y otra vez las imágenes de las que quería desprenderme.

Absorto como estaba, no la sentí llegar. Porque en algún momento hubo de venir, puesto que estaba, una vez más, en el borde del sofá, junto a mi cuerpo. Presintiendo su presencia, o quizás su calor, giro mi rostro

mortificado y lo primero que me encuentro es su cara, planeando sobre mí, y un dedo índice sobre sus labios apremiándome con firmeza para que guardase silencio. En cuanto ella observa que la he comprendido, retira la mano de su boca, me agarra del pelo, como hizo minutos antes, y vuelve a tironeármelo. Una sonrisa le surca la cara. Su mano se posa sobre mi pecho, cubierto por la sábana, me lo acaricia y recibe, a través de la palma sensible, las nítidas señales que mi corazón le envía en el código cifrado de la excitación. Se inclina sobre mí y me besa de nuevo en los labios, mientras siento el roce del encaje de su sujetador. Una suave culebrilla, húmeda y vibrante, se abre paso a través de mis labios y se adentra en la caverna, buscando una pareja. Yo me encuentro sobrecogido, abrumado y extático, todo a la vez: ¿he vuelto a caer en manos de la imponente madrastra?, ¿me he vuelto a enredar en la tela de la araña, que se cierne sobre mí y está dispuesta a devorarme? No puedo pensar en nada mejor, y comienzo a sentirme dichoso de convertirme en su alimento.

Yo le ofrezco mi lengua tímidamente y nos besamos, accediendo a un nuevo conocimiento, el uno del otro, a través de esos húmedos músculos. Saco mi brazo de debajo de la sábana, lo hago reposar sobre sus muslos y le rodeo la cintura, colocando mi mano sobre una de sus nalgas. Este gesto provoca en mi mente una confluencia maravillosa de sensaciones, superponiéndose la imagen visual que tenía hasta ahora con la táctil, provocándome, si esto es posible, una especie de orgasmo intelectual. Sin soltarme del pelo, desliza su otra mano muy despacio, sobre la sábana, hacia mi entrepierna, hasta que tropieza con el bulto informe que ha provocado mi pene entumecido. Yo suelto un respigo, me agito bajo las sábanas. Me lo masajea tiernamente, en tanto mi corazón y mis venas le regalan la tronante sinfonía que es ahora mi cuerpo excitado. Abandona por un momento la hinchazón de mi sexo y busca en mi costado mi otra mano, que coloca despacio, pero con determinación, sobre tu pecho. Sin soltármela aún, me indica lo que quiere con sutiles movimientos, y yo la obedezco. Le masajeo su enorme seno aprisionado, mientras ella regresa a mi entrepierna. El puño que entonces se cerraba sobre mi pelo se ha abierto y

me acaricia ahora con los dedos extendidos, como un peine. Aun estando en penumbras, comienzo a distinguir, o quiero creer que es así, un cierto rubor en sus mejillas, y el comienzo de una respiración agitada. Quiero pensar que la araña puede disfrutar, aunque sea desde su atalaya dominante, de su pequeño banquete.

De repente, su mano abandona mi pelo y viaja hasta su sujetador, que prende con violencia y retira halando hacia abajo. Los dos senos brotan liberados, mostrando sobre la piel algunas marcas del encaje, y los dos pezones cárdenos, erizados, me amenazan la cara. Toma de nuevo mi mano y la coloca sobre ellos, acompañándomela unos breves instantes para luego soltarla y entregarse al voluptuoso masaje, cerrando los ojos y alzando levemente su barbilla hacia el cielo oscuro de la estancia. Yo la complazco impresionado, abarcando como puedo aquellas suaves y tibias masas de carne y buscando a propósito el delicado tropiezo de sus tiesos pezones sobre las palmas de mis manos.

Alocada por su apetito, la araña hambrienta no está capacitada, en estos momentos, de comprender la potencia que supone para mí su desmesurada sexualidad, y, sin compasión alguna, se inclina sobre mí e introduce en mi boca una de sus guindas rosadas. Cierro los ojos y hago lo que puedo: chupo, aspiro, lamo, succiono. Ella me quita el pezón embadurnado y lo sustituye por el otro, que recibo abrumado, colapsado. Mientras me alimento del alimento mismo que soy yo para ella y que ahora me devuelve a través de sus pezones, mete la mano bajo la sábana y corre en busca de mi miembro lacrimoso. Lo acaricia un momento sobre los calzoncillos pero enseguida su mano crispada lo abandona y corre en busca del contacto directo bajo la prenda. Lo agarra con el puño y lo masajea; lo suelta y acapara los testículos; los desprecia y se aferra de nuevo al miembro. Estoy siendo lentamente devorado, y siento que cada vez queda menos de mí que pueda saciarla.

Revolviéndose con agitación, me suelta, se incorpora, su pecho brillante abandona mi boca dejando tras de sí una estela de saliva colgando y el

chasquido que sigue a la liberación de la succión; se da la vuelta, retira con un movimiento firme la sábana, descubriéndome, y se sube sobre mí, a horcajadas, colocando su braga a la altura de mi boca, y mi pene, a la altura de la suya. El intenso aroma de su excitación invade por completo mis sentidos. Noto cómo mi cuerpo se estremece y cómo brotan de mi miembro gruesas lágrimas.

En la oscuridad, percibo una mano ágil aparecer por un lateral de su cuerpo y agarrar como un garfio la braga que se amontona entre sus nalgas. La retira hacia un lado y aparece ante mi mirada atónita un juego de labios rosados, húmedos y carnosos circundados por una corona de vello oscuro. Una nueva oleada del perfume de su sexo impacta mi olfato. Los dedos del garfio se estiran un poco más hacia atrás y me invitan, palpando levemente mi mejilla, a tomarme el manjar que se me ofrece. Avanzo hacia delante con mi boca y con mi lengua, y comienzo a abrevar de aquella fuente olorosa. La carne blanda de su sexo me conmociona, el sabor salado de su flujo invade mi paladar. Succiono, lamo, introduzco mi lengua puntiaguda. Al otro lado, una mano firme descapulla mi miembro. El glande indefenso recibe la caricia de su lengua húmeda, que hace vibrar como una serpiente. Enseguida, una oleada de calor cubre mi sexo: lo ha introducido en su cálida caverna y empieza a succionarme. Estoy siendo víctima del diabólico beso de la araña, que, a horcajadas sobre mí, inocula su exquisito veneno dentro mi cuerpo, de ahora y para siempre, por arriba y por abajo.

Cuando hubo acabado de devorarme, de libar todo mi jugo alimenticio, y de intoxicarme con su maléfica poción, se sienta de nuevo a mi lado, agitada, recompone su ropa interior y descansa, con los brazos a los costados de mi cuerpo, mirándome fijamente a los ojos. Luego, lleva de nuevo su mano a mi pelo y lo acaricia, sin dejar de sonreírme, y coloca tiernamente mi flequillo. Por último, me da un leve cachete en la mejilla y me tapa los ojos con la palma de la mano, durante un segundo, en un gesto juguetón. Se levanta y se aleja de mí, con paso sigiloso, volviéndose, esta vez sí, para mirar por el rabillo del

ojo el destrozo, imborrable desde ahora en mi espíritu, que había ocasionado.

Yo seguía sin poder dormir, pero es que no quería ya despertarme de este intenso sueño que creaban mis imágenes para caer dormido en otro sueño insulso y cotidiano.

6

Un juguete muy travieso

Aprovechando que sus hijos pasaban varias semanas del mes de agosto en un campamento de verano en El Robledal, organizado por la agrupación Cruz Roja Juventud, y que su marido iba a estar en viaje de negocios durante unos días en Córdoba, Merche decidió prolongar la charla que habíamos tenido durante la tarde en el Parque García Lorca y quedarse a pasar la noche en mi casa. Nos despedíamos a la salida del parque:

—¿Te parece bien a las siete? —me pregunta.

—Claro, cuando quieras. A mi mujer y a mis nueve hijos les parecerá bien cualquier hora —le contesto yo riéndome y haciéndole ver lo innecesario de su precisión. Yo vivía solo.

—Qué simpático eres. No hace falta que te burles —me dice tratando de parecer enojada. Yo sabía que estaba excitada, como una jovencita que se prepara para un baile de fin de curso. No quise preguntárselo, pero estaba bastante convencido de que no había hecho esto antes—. Venga, sobre las siete estoy en tu casa. Al final, ¿en qué hemos quedado? ¿Llevo *Los puentes de Madison*?

Habíamos elegido esta película para pasar la tarde-noche. Ambos ya la habíamos visto. A ella le encantaban esas películas en las que la mujer tenía un papel predominante, donde hacía valer sus derechos y donde, de algún modo, lograba desprenderse de ciertas ataduras y abandonar ese rol de sumisión que se le suele asignar al lado del esposo.

Esta era la faceta «feminista» de su personalidad, pero tenía otra casi contrapuesta: su carácter servicial y entregado al hombre, o, como ella decía, al objeto de su *amor*. De hecho, una de sus películas preferidas era *Memorias de África*, donde la protagonista era una mujer «guerrera». Sin embargo, adoraba esa escena en la que la heroína, Karen Blixen, se encuentra a su amante, Denys Finch-Hatton, en la terraza de su casa, dormido en una butaca de mimbre y sujetando un vaso de whisky en su mano. Karen se acerca, retira el

vaso, coloca otra butaca a su lado y se queda junto a él, embelesada, viéndole dormir. El nirvana.

—Vale. No hace falta que traigas el pijama, que hace mucho calor —le digo, picándola.

—Muy gracioso —me dice riendo, con la miel en los labios—. Nos vemos después.

Eran ya las ocho y pico y yo me encontraba en el salón, sentado en el sillón individual del tresillo, esperando a que regresara de «prepararse». Yo me había puesto un pantalón largo de pijama de cuadros y una camisa blanca. Mientras hacía tiempo mirando algo en la tele, me excitaba imaginándome su nerviosismo en ese momento, decidiendo qué ponerse para pasar estas horas conmigo viendo a Clint Eastwood enrollándose con Meryl Streep.

Aunque estuviera vestida, pasar una noche en una casa que no era la suya, con un chico que no era su marido, su tío o su hermano, la debía hacer sentir poco menos que desnuda. Yo había sido capaz de ver su turbación en otras ocasiones que había venido a tomar un simple café o a ver algún arreglo que había añadido yo en la decoración. Se sentía relativamente incómoda, como en un lugar en el que «no debía estar».

Se había demorado mucho tiempo acicalándose en el baño y, ahora, cambiándose en el cuarto que yo le había dejado para pasar la noche. Era mi habitación. Yo dormiría en la del fondo, donde se acumulaba algún trasto que otro. De repente, aparece por el umbral de la puerta.

—Hombre, por fin, ¡lo has conseguido! —le digo burlándome, arrastrando las palabras—. Las palomitas han cogido moho. ¿Hacemos nuevas?

—No me des mucha caña, ¿vale, listito? —me dice con retintín.

Chincharnos era algo habitual entre los dos. Nos conocíamos desde hacía muchos años, y a menudo yo solía incidirle en esos detalles de su educación que sacaban a flote su pudor y su vergüenza, como cuando le decía que «no creo que sea correcto que lleves tanto escote», que qué iba a pensar su

madre.

En otra ocasión, tomando un café en una terraza, en medio de la conversación, me suelta: «córtate un poco, mi niño». Por lo visto, llevaba un rato mirándole demasiado fijamente a los labios, los cuales se había pintado ese día de un color pardo con mucho brillo. Yo, en realidad, no le veía mayor problema, así que le pregunté por curiosidad:

—Oye, ¿es que tú no miras nunca a los labios?

—Pues claro que miro, pero las mujeres logramos que los tíos no se den cuenta —me respondió de un tirón.

—Toma, esa sí que es buena. Pues sí que deben hacerlo bien, porque yo no te he pillado ni una vez. Pero, a todo esto, ¿qué hay de malo en mirar a los labios?

—Pues... —y antes de hablar se da cuenta de que va a pronunciar una de esas frases que despiertan su propio asombro—: Que no está bien —y se echa la mano a la boca, negando con la cabeza y mordiéndose los labios—. Me enseñaron que no era correcto mirar a los labios —termina de decir, riéndose. ¿Cómo no iba yo a excitarme con estas perlas eróticas?

Entra tímidamente en el salón, con la cabeza gacha, visiblemente incómoda y con una ligera mancha rosada en sus mofletes. Va descalza. Se ha puesto un pijama de seda completo, color beis: camisa de manga corta, abrochada con botones hasta bastante arriba, y pantalón largo.

Avanza por el salón, cruza por delante de mí, con paso rápido, se dirige aturullada hacia el sofá del tresillo, trastabillándose un poco cuando sortea la mesa de centro, y se sienta recogiendo las piernas y ocultándolas bajo un cojín. Lleva las uñas pintadas de color vino tinto, cosa que no suele hacer. Se ha recogido el pelo con unas pinzas que imitan al nácar. Se recuesta contra el apoyabrazos del sofá, con movimientos bruscos, y acomoda otro cojín detrás de su espalda

—Vaya modelito, ¿eh? —le digo, prolongando todavía un poco más mis chanzas.

—Si no dices nada, revientas, vamos —me responde «indignada».

—Vale, tranquila, Naomi Campbell —le digo, reprimiendo mis carcajadas—, ya te dejo en paz. Bueno, ¿qué?, ¿la ponemos?

—Venga, y así te callas un poquito —me dice, remarcando cada palabra, picada, siguiéndome el juego.

Y así, sin más preámbulos, nos ponemos a ver la película. De vez en cuando hacemos algún comentario, pero la mayor parte del tiempo estamos en silencio, sobre todo en las escenas eróticas. En esos casos, se palpaba la tensión sexual en el ambiente, pues a cada uno le producía excitación saber que el otro estaba presenciando lo mismo.

Yo instigaba un poco más, si cabía, esa tensión, haciéndole observaciones incómodas, como cuando el protagonista, el fotógrafo, se aseaba en el jardín y la anfitriona le espiaba desde la ventana de su cuarto, escondida tras el visillo:

—Merche, ¿qué haces espiando tras las cortinas? Eso no se hace.

—Tú te callas —respondía—. Es mi casa, y en mi casa hago lo que quiero.

—Desde luego... —seguía yo—. Mira que andar excitándose detrás de las ventanas...

—¿Te quieres callar? —saltaba ella, «molesta», chasqueando la lengua, descojonada al mismo tiempo.

Desde mi posición en el salón, algo más retrasada que la suya ante el televisor, podía observarla sin que me viera. Merche no era en absoluto mi tipo, nunca lo fue. Sin embargo, me excitaba su mentalidad mojigata, alimentaba mi morbo. Pude ver cómo se iba relajando poco a poco, cómo se recostaba sobre el sofá en una posición cada vez más cómoda, extendida, cómo sacaba los pies de debajo del cojín y jugueteaba con él, pellizcándolo con los dedos.

Al acabar la película, nos quedamos charlando un rato, antes de irnos a acostar. Ella había cogido el cojín y lo apretaba contra sí misma, abrazándolo.

Eran ya cerca de las doce.

—Bueno, ¿nos vamos? —pregunto.

—Sí, ya va siendo hora. A ver qué tal se me da dormir en una casa que no es la mía —me dice, riendo.

—¿Tú?, ¿con lo lirón que eres? Preocupadísimo me tienes.

Nos vamos cada uno a su habitación, se oyen sonidos de cuerpos desvistiéndose, de sábanas que se descorren. Poco a poco se van amortiguando, se apagan las luces y se hace el silencio. Pero a mí todavía me quedan ganas de incordiar. Le grito desde mi cama:

—¿Te has quedado en ropa interior?

Se oye un nuevo chasquido de fastidio, con la lengua. Me llega otro grito:

—No, bobo, me puse un anorak encima del pijama. ¿Quieres dejarme en paz de una vez?

—Era sólo por saber, mi niña, por conocer tus hábitos —le digo descojonándome pero tratando de parecer serio. Después de unos instantes, vuelvo a la carga—: O sea, que ¿estás ahí acostada en ropa interior sobre la cama que uso todos los días?

Durante medio minuto no se oye ni una mosca, hasta que de repente, pillándome totalmente de sorpresa, la oigo hablarme desde el umbral de mi puerta, en voz muy baja, su cuerpo cubierto con una manta y el mío a medio cubrir por la sábana:

—Mira, graciosito, ¿te queda mucha cuerda todavía? Porque yo quiero dormir, ¿eh? —me dice aparentando un fastidio que no existe. Está visiblemente cachonda. Si fuera por ella, seguiría con este juego toda la noche.

—¡Vale, tía repelente!, sólo tenía curiosidad. Que duerma usted bien —le digo tratando como puedo de sonar «indignado» . Y luego, hablando por lo bajo, pero suficientemente alto como para que me oiga—: Desde luego, qué mala leche tienen algunas.

—Eso, tú sigue, ¿eh? A ver si voy a tener que dormir ahí para taparte la

boca —me llega su voz desde el pasillo, conforme se aleja caminando.

Yo estoy teniendo una erección en ese momento. «¿Se le ocurrirá venir otra vez a reprenderme?», pienso yo para mí. Me pone cachondo la idea de verla de nuevo hablarme desde el umbral de la puerta estando empalmado bajo la sábana. Decido callarme la boca. Finalmente, dormimos.

Son las siete menos cuarto de la mañana. En la casa reina el silencio. Me levanto para hacer pis. Sólo llevo puestos unos slips azules muy elásticos, de modo que dudo si ponerme el pantalón del pijama. Como la luz del día es aún muy débil, el pasillo está sólo levemente iluminado, pero tampoco me será necesario encender las luces. Decido ir al baño tal como estoy.

Camino sin hacer ruido por el pasillo. Paso por delante de su habitación. Su puerta está entornada, quedando sólo una pequeña ranura. Entro en el baño, cierro la puerta sin hacer ruido y hago pis, procurando no hacer chocar el chorro de orina con el agua de la taza. Dejo la cisterna sin bajar. Me vuelvo a mi habitación de puntillas. Cuando paso por delante de su puerta, creo percibir un ruido como de rozamiento, quizás de una tela sobre otra. Escucho con más atención. «Quizás es que se ha dado la vuelta», pienso. Es un sonido leve, pero continuado. Retrocedo y pongo el oído junto a la abertura de la puerta. Sigo percibiendo un siseo repetido. «No está dormida», me digo. Toco en la puerta muy suavemente, con las uñas de los dedos, de tal modo que si duerme, no se despierte:

—¿Merche? —digo muy suave.

De repente, se oye un enérgico revuelo de sábanas y el crujir del somier. Silencio de nuevo.

—¿Merche?, ¿estás despierta? —digo, desde el umbral, sin asomarme.

—Sí, sí... —se oye una voz dubitativa, insegura, después de una pausa que considero excesiva.

—¿Se... puede? —digo extrañado.

—Sí... Pasa si quieres —me dice.

Abro muy despacio la puerta, asomando sólo la cabeza. La habitación,

que tiene la ventana cubierta sólo con un visillo, está parcialmente iluminada con la vaga luz del día. La veo a ella recostada sobre la almohada, casi diría que sentada, apoyada contra el cabecero de la cama, y con las sábanas sujetas con los brazos sobre tu torso, por encima de los pechos, como se ve a menudo en las películas. Una pierna flexionada le asoma ligeramente bajo la sábana, la cual aprieta contra la otra. Se me antoja una postura extraña a esta hora de la mañana. Sin entrar aún, le digo:

—Buenos días. ¿Qué haces despierta?, ¿te desvelaste? No son ni las siete.

—No... Bueno, sí.

Arrugo el entrecejo e intento comprender echando un amplio vistazo a la cama.

—Qué raro en ti, con lo bien que duermes siempre, ¿no? —le digo sonriendo.

—Ya... Debe ser que no es mi casa —me dice.

De repente observo el brazo que aprieta la sábana contra sí y no encuentro ni la tira del sujetador que debería pasarle por el hombro, ni la que debería cruzar hacia atrás, hacia la espalda. Sigo paseando la mirada por su cuerpo y reparo en la pierna flexionada que sobresale bajo la sábana. Me doy cuenta de que la carne del muslo, justo allí donde nace y comienza la nalga, está igualmente desnuda. «Quizás duerme sin ropa interior», pienso. En ese momento hago el amago de entrar pero me doy cuenta de que sólo llevo puestos los slips. Tras un momento de duda, impulsado de nuevo por el morbo, decido entrar.

—¿Estás bien? —le digo, avanzando por la habitación y comenzando a estar excitado por exponerme así delante de ella.

—Sí, sí, todo bien, tranquilo —me responde, esquivando mi cuerpo con la mirada y mirándome a los ojos.

La siento especialmente nerviosa, no sabría decir si excitada, pues en esta semipenumbra en que nos encontramos, creo notar unas manchas granate

sobre sus mejillas.

—Pero, ¿qué hacías? —le pregunto.

—Nada, ¿por qué lo dices?

—No sé, como estás así sentada... ¿Llevas mucho rato despierta? —le digo. Se me hace raro pensar que se ha desvelado y se ha propuesto pasar el tiempo en esa postura.

—Sólo un rato —me responde—. Es que me sorprendiste al tocar en la puerta. ¿Tú has dormido bien?

—Sí, perfecto. Sólo había ido al baño un momento —le digo. Luego, haciéndole notar que me he fijado en que no lleva ropa interior, le suelto riéndome—: Veo que al final te quitaste el anorak.

—Sí... —me dice, y se pone como un tomate maduro. He llegado a una conclusión: está excitada y nerviosa.

—Tú tramas algo —le digo.

—¡Que yo no tramo nada! —responde, enérgica, y noto que se contrae bajo las sábanas, que aprieta más las piernas, juntando las rodillas.

—¿Qué escondes? —le digo con una sonrisa traviesa.

—¡Pero qué dices, niño! Que no escondo nada —me dice, tratando de incorporarse un poco más, sujetando la sábana sobre sus pechos con un brazo y ayudándose con el otro sobre el colchón.

Me acerco más a ella, invadiéndole la perspectiva. Gira la vista para no mirar el evidente bulto que ocultan mis calzoncillos. Me gusta observar los esfuerzos que hace por esquivarme. Tiendo un brazo hacia la sábana que cuelga sobre su pierna flexionada, la cojo con dos dedos, como con una pinza, y la levanto un poco.

—¿Qué haces? Estate quieto —me suelta «enrabietada», tratando de deshacer lo que yo estoy tratando de hacer, tirando de la tela hacia abajo.

—Mi niña, ¿temes resfriarte en agosto? —le digo yo, siguiendo con mis pesquisas.

Sigo tirando un poco más de la sábana, descubriendo la carne blanca de

su muslo. De repente, mi cuerpo se eriza por completo, abro mis ojos de par en par, me quedo en *shock* durante unos segundos. Observo que por el hueco que forman los dos muslos al juntarse, en la entrepierna, asoma la punta de un objeto de color beis. ¿Es lo que creo que es? No doy crédito. Tratando de recuperarme de la impresión, y adoptando la voz más pícara de que soy capaz, le digo:

—Merche, ¿qué estabas haciendo?

—Nada —me dice por toda respuesta y ocultando su cara con los dedos, que hacen las veces de persiana. Sus mofletes están a punto de la ignición.

—¿Nada? —digo. A estas alturas ya no puedo controlar mi excitación, y mi pene empieza a crecer bajo mis calzoncillos. Me acerco un poco más al borde de la cama y pongo mi mano sobre su rodilla. Trato de abrirla, de despegarla de la otra. Ella opone resistencia, pero no «demasiada». Poco a poco va cediendo.

—¿Qué escondes ahí? —le digo.

—Nada —responde martirizada, sin saber dónde meterse.

Sigo tirando de su rodilla. Cuando he logrado abrir un hueco entre las dos, vuelvo a tomar la sábana con los dedos. Tiro despacio, haciéndola deslizar por su carne. Ella sigue sujetándola sobre sus pechos. Retiro la sábana de sus rodillas y la dejo caer al lado de su cuerpo. Sus piernas flexionadas quedan al descubierto, así como parte de su vientre y su entrepierna, de donde asoma la punta del *dildo* que le enseñé la última vez que estuvo en mi casa, circundado por una areola de vello parduzco. Me estremezco con esta visión. Luego la miro a la cara fijamente, que ella trata de cubrir nuevamente colocando su mano sobre la frente, como una visera. La noto respirar con agitación. Sus mejillas van a prenderse fuego.

Mi paquete, ya sin remedio posible, ha crecido a su gusto y me cruza los calzoncillos como un retazo de culebra. Llevo mi mano a su entrepierna, hago una pinza con los dedos pulgar e índice y agarro la punta del *dildo*, del

que comienzo a tirar muy despacio. El cuerpo brillante del juguete, húmedo de ella, va apareciendo despacio como los primeros vagones de un tren que asoman por un túnel oscuro: diez centímetros, quince, veinte... Finalmente, lo retiro de su vagina y lo sujeto en el aire en medio de los dos, evidenciando ante nuestras miradas «la prueba del delito»: un consolador de color crema con la punta imitando a un glande. Ella, para mi asombro, no cierra sus piernas: quiere mostrarme su intimidad, el escenario de sus juegos. Debe estar tan cachonda como yo.

—¿Y esto qué es? —le digo sujetando el consolador delante de ella, brillante de su flujo, metido ya de lleno en mi papel de inquisidor. Mi miembro lagrimea de excitación.

—Nada... —responde.

—¿Nada? —pregunto de nuevo—. ¿Y qué hacía «ahí»?

—No lo sé —me dice, visiblemente excitada. He visto granadas más pálidas que su cara.

—¿No lo sabes? —le digo, tratando de adoptar el tono que se usa con un niño que hace una travesura. Ambos nos subimos por las paredes. La cara me arde. Mis calzoncillos empiezan a mostrar una mancha oscura allí donde desemboca el glande.

—No, no lo sé —me dice. Y luego, como el delincuente que niega tener ninguna responsabilidad sobre el dinero que sujeta en la mano, agrega—: Si no te dejaras esas cosas por ahí...

«Por ahí» significa mi segundo cajón de la mesa de noche, puesto que es ahí donde lo guardaba. Me excita no sólo lo que ha estado haciendo durante la noche con el juguete, estando yo a unos metros, y que se haya desnudado del todo para estar más cómoda mientras jugaba, sino también saber que ha estado hurgando en mis cajones hasta dar con lo que «iba buscando». Me pone a mil.

Yo sigo de pie, junto a su cama, con una tremenda erección que deforma y moja mis calzoncillos, y con el *dildo* que, caliente aún, momentos antes estaba dentro de su vagina. Me llega levemente el olor que lo impregna.

Tengo unas ganas irresistibles de masturbarme y aliviarme. Desearía sacarme ahora mismo la polla delante de ella, hacerla brotar y observar todos y cada uno de los gestos de su cara. Estoy que exploto. Tengo que terminar con esto, pero no sé cómo. Me acerco a ella, al cabecero de la cama, con el juguete húmedo en la mano, haciéndolo girar frente a su cara, tratando de martirizarla, y le digo, en el tono más «severo» que puedo adoptar:

—Pues bien, me parece muy bien, muy bonito —y observo por última vez el *dildo*, sujetándolo con los dedos, alzándolo más arriba de la altura de mi cara, como examinando una prueba criminal. Y lo hago así con una clara intención: quiero tener mi mirada visiblemente «ocupada», lejos de la suya, de modo que se sienta libre para poder observar, sin que se vea intimidada, mi pene tieso, pujante y húmedo bajo mis calzoncillos. Y cuán grande no es mi sorpresa cuando logro atisbar, con un fugaz golpe de ojos, que ella, fingiendo atusarse el pelo, retirándolo de su cara y girando la cabeza, aprovecha para deleitarse echando una mirada provechosa a mi pene lacrimoso. Esta vez sí la he «pillado mirando», y una descarga de excitación me recorre el cuerpo. Finalmente, agrego:

—Pues nada, lo dejaré donde lo encontré, ¿te parece bien?

—Haz lo que quieras —me responde desdeñosa, sin retirar la celosía que protege su mirada—, yo no sé nada y no he hecho nada.

Y diciendo esto, vuelvo a poner mi mano en su rodilla, tiro de ella para abrirme hueco y dejar su vulva expuesta, y llevo la punta del consolador a la entrada. Hurgo con el glande la zona carnosa y húmeda y lo introduzco despacio. Ella sigue mis movimientos a través de los huecos de sus dedos. Una vez dentro, no puedo resistirme y lo vuelvo a sacar casi por completo, para volver a introducirlo. Tras repetirlo varias veces, y ver cómo ella respira agitada, lo dejo dentro tal como lo encontré. No puedo aguantarme más, así que cierro sus piernas flexionadas y las cubro con la sábana. Me giro y camino despacio hacia la puerta. Una vez en el umbral, me doy la vuelta, exponiendo por última vez a su mirada la prueba de mi excitación, y le digo:

—Bueno, pues ahí te dejo haciendo «nada» —le digo remarcando la última palabra—. Cuando acabes, deja el juguetito sobre mi mesa de noche. Se habrá debido caer y se te habrá metido «ahí» por accidente.

Me dirijo a la cocina, cojo dos servilletas y regreso a mi cuarto. Me tiendo sobre la cama, me quito los slips, quedándome en pelotas, y empiezo a hacerme un pedazo de paja recordando cada detalle de esta escena perturbadora sobrevenida del cielo, por culpa, gracias a Dios, de mis ganas de mear. Me masturbo y me alivio sin poner ningún cuidado en que ella no me oiga. Es más: quiero que me oiga.

7

Un intruso muy deseado

Sé que es un poco infantil, pero tengo que admitir que estoy algo nerviosa. Le he invitado a mi casa a pasar la noche. Se lo dije con la mayor naturalidad que pude, pero, ¿a quién voy a engañar? Me conoce tan bien como yo a él, y sabe que me da mucho morbo la situación. Y a él también. Pero no es una cuestión realmente sexual, ni mucho menos, porque yo sé que no soy su tipo, y los dos sabemos que nunca ocurriría nada; la razón es más que nada por la tensión erótica que se genera entre los dos, por esta personalidad mojigata que he heredado.

En el fondo él se parece a mí en ese sentido. Sí, vale, puede no haya comparación, pero sé que en un rincón de su personalidad existe una fuerte moralidad que le hace experimentar mucho pudor y al mismo tiempo mucha excitación por las situaciones «indecorosas». Esto es lo que le excita de mí. Y vaya si lo sabe explotar…

Pues nada, como venía diciendo, aprovechando que mi marido y mis hijos iban a pasar unos días en Los Cristianos, al sur de Tenerife, en casa de sus abuelos, le propuse pasar esta noche de hoy viernes en mi casa viendo alguna película o charlando. ¿Por qué no? No es ningún pecado, ¿verdad? Somos amigos desde hace muchos años, ¿qué hay de malo?

Yo no fui con ellos porque el domingo tengo la despedida de soltera de una de mis primas. ¡Qué pereza me dan estas reuniones!, pero no podría faltar esta vez. Me siento muy incómoda en esas situaciones, sobre todo cuando las chicas ya están bastante achispadas y empiezan a bromear con los regalitos obscenos y las típicas tonterías sexuales. ¡Es que lo odio! Para colmo, yo apenas pruebo el alcohol, así que ya se pueden hacer una idea. Menos mal que mi prima es de «mi escuela», y dudo mucho que hayan planeado nada demasiado salido de tono para ella. Como mucho, si hay suerte, tendré que hacer que me divierto cuando saquen algún dulce con forma de pene de alguna caja. Cruzaré los dedos.

Lo mío con Fer, este amigo que vendrá hoy a mi casa, viene de bastante atrás. Nunca ha estado realmente comprometido con una chica, y desde hace ya bastantes años me hace partícipe de sus correrías sexuales. Reconozco que me da un morbo que me muero. Además, él no se ahorra detalles. No cabe duda de que se excita contándomelo. Tonto que es el niño, ¿verdad?

El otro día me contó por email, con pelos y señales, otro de sus jueguecitos con la chica con la que se ve últimamente. Idearon una nueva escena morbosa: ella hacía de prostituta y él era su cliente. Usaban el dinero del *Monopoly*, y él le iba tendiendo los billetes según fuera el «servicio» que ella debía ofrecerle: 20€ una felación; 30€ por lamerle a ella el sexo; 60€ una penetración vaginal... Él le pidió que se vistiera como una «puta de alto *standing*»: vestido negro ceñido, con encajes y remates de tul en el busto que transparentaban sus pechos, pelo recogido en la nuca, y zapatos abiertos de tacón, de finas tiras, que le permitían ver sus pies desnudos —él es algo fetichista, me lo ha confesado—. Cuando le tendió 60€ le dijo: «no te desnudes. Inclínate, apóyate sobre la cama». Y así, con las manos apoyadas sobre el colchón, le subió la falda, le bajó las bragas hasta los muslos y la penetró sujetándola por las caderas, hasta que se corrió derramando su semen sobre las nalgas. ¡Sin comentarios! No les diré lo «nerviosa» que me pone imaginármelo a él haciéndole todo eso a esa chica.

Otra manera con la que Fer instiga mi morbo es contándome chismes acerca de sus incursiones en internet. Sé que ahora todo el mundo chatea y liga a través de las redes sociales, los chats y todo eso, pero yo no me atrevo a usarlo. Les juro que tengo miedo de mí misma. Mi matrimonio ha flaqueado muchas veces, y estoy bastante segura de que asomarme a esa misteriosa ventana que es la World Wide Web me podría llevar a cometer alguna estupidez. De hecho, una amiga mía lo dejó todo, marido e hijos, y se marchó a Bélgica con un chico que conoció en un chat. Así que prefiero no sucumbir a la tentación.

Pues, como les decía, Ferni me cuenta todas las cochinadas que hace a

través de internet, y me pone mala. Estoy segura de que no me lo cuenta todo, faltaría más, pero así y todo me subo por las paredes. Gracias a él —¿o debería decir por culpa suya?— he conocido una versión muy *light* de lo que llaman *cibersexo*. El muy cabrito le ha cogido el gusto a enviarme mensajes morbosos por el móvil, hasta que el otro día, ya bastante tarde en la noche, cuando todos dormían en mi casa, me toqué hasta correrme con la conversación que mantuvimos a través del *whatsapp*. Yo no me lo podía creer, me quedé temblando; no recuerdo la última vez que me excité de esa manera. Y después de eso, cuando nos vimos las caras en persona, me dio un corte tremendo, aunque se me pasó enseguida. Ninguno osaba mencionarlo, es curioso, ¿no? En fin, que perdí ese día mi cibervirginidad, y a partir de entonces nos enviamos algunos mensajes subidos de tono.

Como les decía hace un rato, estoy un poco nerviosa. Me avergüenza un poco reconocerlo, porque es una tontería. Me refiero a pasar esta noche con él en mi casa. Aunque estoy empezando a comprender por qué. Creo que se debe a lo que sucedió la última vez que estuve en la suya, cuando me invitó él a mí a pasar allí la noche. Me lo volvió a recordar hace unas semanas mientras tomábamos un cortado en una cafetería:

—¿Puedes dejar de trastear con el juguetito? —me preguntó acentuando la palabra «juguetito», con esa vocecita reprobadora que suele poner para martirizarme y que me saca de quicio.

Se refería a mi móvil, pues estábamos tomando un café en una terraza del centro comercial El Mirador y yo estaba enviando un *whatsapp* a una amiga. Pero en realidad el muy capullo lo decía con segundas. Hacía alrededor de dos meses, me quedé en su casa a pasar la noche y me pilló «jugando» con un consolador que había comprado para usarlo con sus ligues. Lo cogí de su mesa de noche, todavía de madrugada, y me pilló *in fraganti* con eso metido «ahí»... Madre mía, qué vergüenza pasé. Me pongo roja como un pimiento cada vez que lo menciona, como estaba haciendo ahora. Lo saca a relucir cada vez que puede, el muy cabrito. Sé que disfruta con eso. Le encanta verme

avergonzada y martirizada. Le pone como una moto, doy fe.

—No puedes evitar sacarlo, ¿eh, capullito? —le dije sin poder mirarle a la cara, notando el calor que me subía a las mejillas.

—¿Sacar el qué? No sé de qué me hablas —me dijo haciéndose el sueco, el muy cafre—. Es que es de muy mala educación ponerse a trastear con el móvil mientras estás charlando con una persona, ¿no crees?

—Sí, claro, soy tan maleducada... Anda, niño, corta el rollo, ¿sí? —le respondo ocultando mi rubor tecleando en la pantalla.

—Pues sí, muy maleducada y muy traviesa —me dijo, recalcando la palabrita «traviesa».

Me dan ganas de matarlo... Pero a la vez me pone muy mala, ¿te lo puedes creer? En fin, la cuestión es que esta tarde nos veremos en mi casa, sobre las ocho. Me ha dicho que él traerá esta vez una película, pero no me ha dicho cuál. Se ha asegurado de que yo no la hubiese visto.

—¿Merche? —le oigo decir por el interfono.

—Sube —le digo, pegando la voz al micro—. ¿Qué peli has traído?

—Una de aventuras —oigo que dice mientras camina, empujando la puerta.

Después de cenar un poco de *sushi*, que ha comprado él de camino a mi casa, nos acicalamos y nos ponemos algo más cómodo. Antes de que él viniera, le he arreglado la habitación del fondo, algo así como un cuarto que tenemos para invitados. Para llegar allí, ha de pasar por delante de mi habitación, algo que —debo ser tonta—, me pone nerviosa.

Estoy en la cocina preparando dos tazas de una infusión con sabor a canela. Cuando llego al salón, él está ya apoltronado en el sofá, y juguetea con el mando a distancia. No se ha cortado un pelo y se ha puesto unos *bóxers* de color pistacho pálido, con listas naranjas, muy chulo, y una camiseta blanca completamente lisa. Coloco su taza en el borde de la mesa, a su alcance, y procuro no mirar sus calzoncillos cuando estoy tan cerca, aunque no puedo evitar sentirme atraída. Cuando estoy segura de que no me ve, logro lanzar una

rápida mirada: son tan elásticos que puedo notar su pene aprisionado hacia un lado y la forma del glande. Me he puesto colorada. Cuando me doy la vuelta y me alejo unos pasos, turbada, me dice:

—Gracias, Gricelia, puedes retirarte —me habla como si se dirigiera a su sirvienta, mientras coge la taza caliente—. Por cierto, mujer, te he dicho que uses tu uniforme mientras estás trabajando. No me gusta que te pasees así por la casa.

Yo me había puesto una licra de algodón de color gris, una camisola beis, holgada, y unos calcetines rosa de esos que no llegan a cubrir el tobillo.

—Mira, bonito, yo me paseo por mi casa como me viene en gana —le contesto yo, poniendo mi voz de «enojada»—. Mejor harías tú en... —y de repente me freno en seco. No quiero que piense que me he fijado en su atuendo, pero me temo que ya es tarde.

—¿En qué? —me dice haciéndose en extranjero.

—Nada —le digo, aturullada—. Bebe y calla, Gricelio.

Me tiro sobre el sofá central del tresillo. Él está en uno de los laterales. Desde mi posición, puedo verle sin que él me sorprenda mirando...

—A saber qué habrás traído. ¿La metiste ya? —y de nuevo me encuentro en un laberinto. ¿Le sacará punta?

—Sí, ya la «he metido» —me dice enfatizando el comentario, con retintín—. Está en un *pen-drive*. Espero que tu reproductor admita el formato.

—¿En un *pen-drive*? ¿La tuviste que descargar? —le pregunto.

—Yes —me dice—. Venga, acomódate.

Le da al *play*. A mí todo este asunto me huele a chamusquina. Me tiendo en el tresillo y me recuesto sobre los cojines y el apoyabrazos, como si estuviera en mi cama. Poco después de ver los créditos de portada, le digo lo más seria que puedo:

—Fer, mira una cosita, guapo: puede que yo no sea La Veneno, pero sé quién es Rocco Siffredi.

—¿Rocco qué? —me dice casi gritando, tomándome por loca.

—No me puedo creer que hayas traído una peli porno. Sé quién es Rocco Siffredi, y lo he visto en los créditos. ¿En serio vamos a ver *Tarzán*? —le pregunto tratando de parecer enojada, pero no me sale; me han entrado taquicardias ante la sola idea de ver sexo explícito delante de él. Siento que me invade un escalofrío desde la punta de los pies a la cabeza. ¿Cómo me libro de esta?—. Ni se te ocurra, ¿me oyes? —le digo casi gritando, pero mi voz temblorosa no resulta en absoluto creíble. No sé cómo parar esto.

—¡Pero qué dices, niña!, esta es una película de aventuras. Transcurre en la selva. Mira qué paisajes —me dice frunciendo el ceño, tratando de no reírse, señalando la pantalla con la mano, haciendo un papelón que no se cree ni él.

Me he puesto tensa de inmediato, las pulsaciones me van a mil. No me atrevo a abrir la boca. Ni siquiera puedo hacer bromas de lo nerviosa que estoy. Por cierto, por muy impasible que él intente mostrarse, sé que también está nervioso. Le conozco. Madre mía, no sé dónde meterme. ¿En serio ha puesto una película de Rocco Siffredi? ¡Qué hago yo ahora! ¿Hay aquí un agujero?

No sé qué hacer. Llevo la mano instintivamente a mis ojos, como tratando de reducir el efecto de lo pueda aparecer en las imágenes. Miro a la pantalla a través de los dedos, pero debido a mi nerviosismo no logro ver gran cosa ni oír gran cosa. Se suceden los diálogos idiotas, típicos de estas películas. No me puedo creer que estemos viendo esto. En el salón no se mueve ni el segundero del reloj. Llego a la conclusión de que el humor y la excitación no son compatibles, y yo estoy tan alterada que no se me ocurre ni una tontería que decir. Al cabo de unos minutos, él se arranca con un comentario, tratando de parecer calmado, consiguiéndolo sólo a medias:

—Vaya, esta Jane es tonta, ya se ha perdido en la selva.

—Es tonta, sí… —es todo lo que alcanzo a decir, casi temblando.

El silencio se corta con un cuchillo, ninguno es capaz de ser más ingenioso con sus bromas. La tensión sexual es tremenda. Qué tortura, santo

Dios. El corazón se me va a salir del pecho.

Tarzán (Rocco) encuentra a Jane tendida en el suelo de la selva. Se ha quedado dormida después de horas de deambular sin encontrar salida. La despierta y ésta se asusta. Él lleva un pequeño taparrabos que difícilmente le oculta sus partes íntimas, que se me antojan enormes. Ella también lleva la ropa hecha jirones y va descalza. Tarzán está sorprendido de ver una «hembra humana». Es la primera vez que se tropieza con una. La examina bajo los andrajos. Hay partes comunes, como el ombligo. Hay otras parecidas: los pechos, aunque los de ella son más abultados. Se los toca. Y hay partes distintas. Le levanta lo que queda de su vestido y le ve la vulva. Se queda extrañado. Él se levanta su taparrabos y sale disparado un enorme miembro erecto. Él le indica la diferencia y ella le mira cohibida, casi martirizada. Tarzán le toma del brazo por la muñeca y hace que le agarre el pene como el mango de una porra: no cabe duda, sus anatomías son diferentes. Estupendo, hombre-mono.

A mí me arde la cara. No se oye una mosca en el salón. De pronto, protegida por la persiana de mis dedos, descubro con una mirada fugaz un bulto prominente en la entrepierna de Fer, que él trata de ocultar flexionando la pierna. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me descubro mirando a la pantalla sin ver nada, pendiente de ese otro foco de excitación morbosa que he descubierto en el sofá de al lado. Siento que me humedezco. Madre mía, ¿cuánto va a durar esto? Gricelio dice:

—Es normal que esté excitado, nunca había visto a una chica. ¿Te fijaste? Estaba muy excitado —me dice con la voz entrecortada, por más que se esfuerza en quitarle hierro a la situación.

—Sí... sí lo vi... —farfullo; me tiembla la voz. Prefiero callarme. Siento que lo empeoro más cada vez que hablo.

Tarzán se lleva a Jane en brazos a su cabaña. Han tomado confianza, se hacen gestos, se explican las cosas. Ambos se encuentran de pie. Ella le besa. Luego comienza a agacharse, lamiéndole el torso mientras baja, hasta que

queda de rodillas, con su miembro inmenso delante de su cara. Jane es una chica delgada, de rasgos finos. Con su mano delicada agarra el sexo de él como un mástil y lo introduce en su boca, abarcando con dificultad la cabeza del glande. Succiona como puede. En mi salón, se puede oír cómo caen las motas de polvo al suelo. Me arden hasta las orejas.

Cambia el plano. Ella se incorpora, camina hacia atrás, se sienta en un tronco y abre las piernas. Le indica a él que se acerque. Con el dedo índice se toca los labios y luego se señala la vulva. Él la mira extrañado. Ella vuelve a repetirle el gesto y él va comprendiendo despacio. Se arrodilla, con el enorme pene sobresaliendo por un lado del taparrabos, le abre bien las piernas y comienza a lamerla.

En las pocas ocasiones en las que he visto películas pornográficas, estando sola en casa, suelo detenerme en las escenas de *cunnilingus*. Me excitan tanto que las uso para alcanzar el orgasmo. Son las que imagino también en mis fantasías. Y ya ven, ahora me encuentro aquí con esta escena en la pantalla y con esa otra, aún más turbadora si cabe, en el sofá de al lado.

Tras otra mirada furtiva, escondida tras la persiana de mis dedos, alcanzo a ver la entrepierna de Fer. La imagen me provoca un sobresalto y doy un respingo en mi asiento: observo que está visiblemente excitado, y creo vislumbrar un puntito oscuro allí donde el glande empuja la tela. El corazón se me va a salir. Me siento cada vez más acalorada, especialmente en la zona de mi sexo. Instintivamente, echo un rápido vistazo a mi entrepierna, y... «¡Joder, pero qué es esto!», grito en silencio. Se ha formado una pequeña manchita oscura en la tela gris de mis pantis. ¡Mi flujo ha traspasado las bragas! Los nervios me suben por el cuerpo como una oleada. Cierro las piernas y me contraigo en el sofá. Tengo que poner remedio a esto. Me armo de valor:

—¡Niño, para eso ya! —le digo con un grito contenido que me sale más agudo de lo que esperaba—. ¡Ya vale!, ¿no?

Él gira la cara y me mira con una risa contenida, apretando los labios. Tiene el mando a distancia en la mano, que segundos antes mordía

distraídamente, seguramente ocultando su nerviosismo. Se revuelve un poco en el sofá, eleva un poco más la rodilla y extiende su brazo sobre el abdomen, todo ello para ocultar su visible excitación.

—Ah, ¿que quieres que la quite? —me dice de nuevo interpretando el papel de sueco. Tiene las mejillas coloradas, el muy cabrito—. Pero si yo lo estaba haciendo por ti. Estabas tan callada y parecías tan concentrada...

—Oh, sí, una cosa... —le respondo liberada, casi resoplando, mientras me pongo de pie—. Anda, mono, para eso ya y pon otra cosa, porque si no aquí no duermes hoy —le digo recorriendo el salón torpemente, obsesionada con que se me pueda notar la manchita de mi entrepierna—. Ahora vuelvo.

Una vez en mi cuarto, resoplo aliviada. Entorno la puerta. Me quito las bragas, me limpio y me pongo unas nuevas. Estaban empapadas. Por suerte, también tengo unos pantis exactamente iguales. ¿Se imaginan que hubiese tenido que ponerme otra cosa? Los comentarios de Gricelio habrían llevado mis mejillas a la incandescencia. Pocos segundos después de entrar en mi cuarto, oigo la puerta del baño. Él también ha debido ir a «recomponerse». Vaya elemento.

De regreso en el salón, me lo encuentro de nuevo repantigado en el sofá, mordisqueando el mando a distancia, con sus bóxer color pistacho intactos y su bultito adormecido. Se ha limpiado y secado, a saber cómo.

—Bueno, ¿qué va a ser esta vez? ¿Alicia en el país de la pervesión? —le digo ahora mucho más relajada.

—Vaya movida, ¿eh? —me dice descojonado, tapándose la boca con el mando y arqueando las cejas.

—Calla, anda, calla... —le digo casi resoplando—. Si lo llego a saber, te pongo cloroformo en el *sushi*. Muy fuerte, capullito, que lo sepas. No tienes perdón de Dios.

Él suelta una carcajada, más relajado ya también. Dice:

—Bueno, mira, hay unas pocas pelis más en el *pen-drive*. ¿Ponemos una o zapeamos un poco? Entre una cosa y otra nos han dado casi las once.

—Sí, casi mejor buscamos algún programa en la tele. A ser posible, donde la gente salga vestida —de repente, me siento más osada. ¡Qué alivio!

Al final, pasamos el resto de la noche viendo cómo se gritaban unos a otros en el plató de *Sálvame Deluxe*. Mila Ximénez hizo de nuevo «la croqueta» y Kiko Matamoros estuvo a punto de hacer reventar la vena que le cruza la sien como un riachuelo.

Aunque pasamos este rato comentando tonterías y haciendo bromas, no podía sacarme de la cabeza las imágenes de hacía unas horas. Seguía estando excitada.

—Bueno, Jane —me dice—, las doce y media. Creo que yo me retiro ya a mis aposentos. Si es que todavía me dejas dormir aquí, claro... —termina de decir, riéndose.

—No sé, no sé, me lo estoy pensando —le respondo, haciéndome la agraviada y levantándome del sofá.

—¿Tendrás pesadillas? —dispara de nuevo, chinchando.

—Tranquilo, te aseguro que dormiré como un angelito. Ya sabes que tengo esa suerte: me quedo frita a los pocos minutos de cerrar los ojos, y luego no me despierta ni un bombardeo —le digo mientras caminamos por el pasillo, cada uno en dirección a su cuarto.

—Vaya...

—Vaya, ¿qué? —le pregunto con retintín, temiendo con qué me iba a salir ahora.

—Pues... que eso tiene sus pros y sus contras.

—¿Y qué contras iba a tener, si puede saberse? —continúo, machacona.

—No sé, algún desaprensivo podría aprovecharse de ti mientras duermes —me dice, poniendo un tono misterioso.

Y al escuchar esto, un escalofrío me recorre el cuerpo. No porque pensara que un encapuchado sádico se fuera a colar en mi casa por la ventana y se aprovechara de mí, sino porque esa fue una de las fantasías que le comenté una vez a través del *whatsapp*, en una de nuestras conversaciones picantes. Le

dije que solía fantasear con la idea de estar «adormilada» en la cama —es decir, despierta pero fingiéndome dormida—, desnuda, y que un chico —él, para ser exactos— entraba sigilosamente en mi cuarto y se aprovechaba de mi vulnerabilidad. El hecho de estar «dormida» me permitía dejarme llevar, cosa que no podría hacer estando «consciente».

De repente me invaden mil imágenes, me pongo nerviosa y el corazón se me vuelve a acelerar. Reacciono como puedo, un poco aturullada:

—Ya, ya... visto así, podría ser un inconveniente —le digo con una sonrisa nerviosa—. Bueno, buenas noches, Gricelio —me despido con cierto recochineo, acentuando el apodo.

—Buenas noches, Jane —me dice riéndose y dándose la vuelta. Yo le echo un vistazo a sus bóxers mientras se aleja, antes de entrar en mi cuarto.

Ya en la cama, mi mente no para de trabajar. Se me inunda de imágenes. ¡Qué calvario he pasado! Ya en la intimidad de mis sábanas, más relajada, no puedo evitar tocarme. Me tanteo con los dedos la entrepierna y la noto de nuevo empapada. Cojo dos toallitas de mi mesa de noche, sin hacer ruido, y comienzo a acariciarme despacio la vulva y los pechos. «¿Qué estará haciendo él?», me pregunto. De repente, me quedo en silencio y aguzo el oído. Me gustaría captar algún sonido, pero no se oye nada. Por un momento se me viene a la mente la idea de caminar de puntillas hasta el umbral de su cuarto y espiarle tocándose. Madre mía, ¡cómo estoy! Con todas estas imágenes dándome vueltas, decido tocarme en silencio. Pero antes, me sorprendo a mí misma en un nuevo gesto de arrojo: decido quitarme la ropa interior. Por fin, me toco a placer y alivio toda la tensión acumulada.

***

Se oye un tintineo metálico. Abro los ojos despacio. «¿Acaso no he dormido?», me pregunto en silencio. Percibo una claridad tenue. Vuelvo a oír el tintineo. No es metal, es cristal: es el entrechocar de botellas de vidrio.

Presto atención. Procede de la cocina, de la nevera, que oigo abrir y cerrar. Abro un poco más los párpados y miro el reloj despertador de mi mesa de noche: las ocho menos cuarto. Voy tomando consciencia. Estoy a punto de decir «¿Ferni?» en voz alta, pero cambio de opinión.

Los sonidos que llegan son claros, como hechos con descuido, como si se tuviera la certeza de que no lograrían «despertarme». Ante este pensamiento, y aún en mi estado de somnolencia, un pequeño escalofrío me recorre el cuerpo. Despego la cara de la almohada y escucho con atención. Está trasteando en la cocina, quizás tomando un vaso de agua, o de leche, o... ¿dejando constancia de su presencia?

De repente, escucho mi nombre, pronunciado con fuerza: «¿Merche?». Estoy a punto de contestar, pero no lo hago. Echo un vistazo a mi alrededor. Veo las toallitas arrugadas sobre mi mesa de noche y mi ropa interior en el suelo. «Joder, estoy desnuda», pienso. Otro escalofrío me recorre el cuerpo. Las sábanas que ocultan mi cuerpo desnudo no son suficientes para mitigar mi sensación de vulnerabilidad. Durante un instante, tengo el impulso de estirar el brazo y alcanzar el sujetador, pero no lo hago.

«¿Merche?», se oye de nuevo, esta vez más cerca. El corazón me palpita con fuerza. Finalmente, fruto más bien de una reacción inconsciente que de algo premeditado, arrimo mi cuerpo al borde de la cama, descanso mi cabeza sobre la almohada, mirando hacia la mesilla de noche, y oculto mi cuerpo parcialmente con la sábana, dejando a la vista parte de mis nalgas, una pierna, que flexiono ligeramente, y parte del torso, con mi pecho oculto por el brazo encogido.

Se oyen unos nudillos en mi puerta entornada: «¿Merche?». Vuelve a pronunciar mi nombre en un tono demasiado alto, inapropiado si no se quisiera despertar a un durmiente. Lo está haciendo claramente a propósito. No contesto. Noto el calor en mi cara. Silencio.

Pasan unos segundos, un minutos, dos... Los nervios me devoran, pero no puedo abrir los ojos, ya no. Oigo un siseo, o quizás una fricción. Puede que

ambas cosas. Trato de imaginar con los ojos cerrados. Mi excitación aumenta por momentos. Se oye un sonido cada vez más próximo. En la oscuridad, alucinando quizás, siento su presencia a mi lado, su respiración, su olor. Sé que se está tocando el miembro sobre los *bóxers*. Siento que me mira el cuerpo desnudo. La sensación de desprotección es tremenda. Soy un manojo de nervios, mi excitación va en aumento. Pienso en la posición de mi cuerpo e imagino la perspectiva que puede tener él estando ahí de pie, al lado de la cama. Trago saliva, moviendo un poco los labios, y flexiono un poco más la pierna: quizás consiga dejar expuesta parte de mi vulva. ¡Pero qué estoy haciendo!

Noto un cosquilleo por mi pantorrilla, un roce que me recorre la pierna desde el pie hacia arriba, pasando por el muslo y acabando en mi nalga. Oigo el sonido de un elástico: «está manipulando sus calzoncillos», pienso. ¿Se la habrá sacado? Oigo un sonido de fricción, una especie de chapoteo. La imagen de él, ahí de pie, frotándose el miembro tieso, desnudo y húmedo, me provoca una descarga por todo el cuerpo. No sé dónde estoy. Mis mejillas se van a incendiar de un momento a otro, y él lo debe estar viendo todo. ¡Es de locos! Me cuesta mantener los ojos cerrados. Estoy convencida de que mis párpados tiemblan por el esfuerzo.

El roce se extiende por todo mi cuerpo. Me recorre con las yemas de los dedos. Con la otra mano, se manipula el pene. Tengo unas ganas irresistibles de echar una ojeada, pero esa posibilidad está descartada. Noto cada vez más cerca el olor de su cuerpo, su respiración. De repente, algo me roza los labios. Se me eriza la nuca. Espero unos instantes. Se entretiene sobre ellos. Los acaricia con los dedos. Se retira. Una pausa, tres segundos, cuatro... Vuelve a hacerlo. Pero... ¿ese olor? No, no puede ser. Algo me roza los labios de nuevo. Pero ese olor... No hay duda: ahora me roza los labios con el glande. Me quedo paralizada, sobrecogida. Mis mejillas deben parecer una hoguera. El corazón se me va a salir. No desiste, me empuja con la punta del glande y me deforma los labios. ¡Y yo dormida! No puedo hacer nada estando dormida...

Pero no puedo resistirme... Abro un poquito los labios. El glande se introduce un poco y retrocede. Así varias veces. Otra pausa. Mi caramelo no regresa. Querría ir en su busca, pero no puedo moverme.

De pronto, algo me roza de nuevo. Yo respondo abriendo ligeramente la boca y sacando la punta de la lengua. ¡Pero qué hago! Hurgo con ella la ranura del glande. Comienzo a hacer circulitos en la cabeza hinchada. Estoy «dormida», pero puedo mover la lengua. Noto como me mojo por momentos. Abro un poquito más la boca y recibo la cabeza húmeda. Succiono. Es muy gruesa, necesito abrir un poco más. Chupo sin mover la cabeza. El glande va y viene. Me ayudo de la lengua cuando está dentro. A veces el pene se retira y mi lengua lo sigue, saliendo demasiado en su busca. Me doy cuenta de mi error y la recojo, esperando que vuelva. Y vuelve. Chupo de nuevo, lamo, succiono.

Noto de nuevo su cuerpo distante. No sé cuánto voy a aguantar así. Mi vulva debe parecer un manantial. ¡Qué vergüenza! Quisiera limpiarme, pero no puedo. Él no se ha ido, le presiento observándome de pie, con su pene tieso en la mano. Oigo un sonido sordo en las baldosas. ¿Se ha arrodillado? Noto su mano en la pantorrilla de mi pierna flexionada. La desliza, avanza hacia mi muslo y acaba en mi nalga, que aprieta con los dedos. Retira la sábana y mi culo queda a la vista. Noto cómo separa los carrillos de mis nalgas, desnudando el ano. Siento cómo hurga la piel próxima a la vulva, tirando de ella y abriendo los labios. Un hilo de flujo se desliza por lo blando. ¡Y él viéndolo todo! Siento llamaradas en la cara, la vulva me palpita. ¡Esto es una locura!

Noto cómo aumenta la presión sobre mis nalgas, cómo las separa con las dos manos. Los labios de mi vulva se abren y se cierran con sus manipulaciones. Siento cómo hurga con sus dedos en la zona rosada y húmeda. Un dedo se introduce en la cavidad. Lo noto moverse dentro, palparme las paredes empapadas de mi cueva y escapar de nuevo como una culebra huidiza. Un músculo suave me estimula la carne blanda, los labios carnosos circundados por el vello: me está lamiendo el sexo. Yo aprieto los ojos y me

esfuerzo por contener la pelvis, que quiere reaccionar a las chupadas retorciéndose y pidiendo más, demandando la visita de su pene erecto, de su polla gorda. Pero me es imposible. Con la excitación, me encuentro ofreciéndole mi vulva a su lengua y a su boca, y mi pelvis ha salido vencedora, acompañando sus lamidas con movimientos rítmicos, pausados. Jadeo levemente, mientras sigo «dormitando».

Nueva pausa. Silencio. Me cuesta reconocer dónde se encuentra. Me tomo un momento de respiro. Estoy empapada. Estoy segura de haber manchado las sábanas. ¿Qué hace ahora? Noto movimientos en el colchón, a mis espaldas. Se ha subido a la cama. Noto el calor de su cuerpo junto al mío. Vuelvo a notar caricias sobre mi piel. Desliza su mano por mis piernas, por los glúteos, por la espalda. No tengo un momento de tregua: sigo manando por mi abertura. Siento sus manos apretarme las nalgas, sus dedos hurgarme el ano, la raja. Van y vienen, como la marea. Yo sólo puedo esperar, paciente, a que la espuma me alcance de nuevo.

Tras unos instantes, regresa de nuevo. Quizás un dedo esta vez, o varios. No. Es algo más suave y más grueso: esta vez me ataca las nalgas con su miembro. Lo desliza por mi carne húmeda, la golpea con su pene congestionado, oigo los chasquidos. Me vuelvo loca. ¡Quiero moverme! Hurga con el glande por entre las nalgas y alcanza la carne blanda de la vulva. Empapo su capullo con mi flujo, sin querer, haciéndolo resbalar con suavidad. Se entretiene frotándolo sobre mi raja, hasta donde nace el clítoris, presionándolo. Noto que me corro por momentos. Tengo ganas de acompañar este abordaje acariciándome los pechos, pero ¿qué puedo hacer?

Su miembro va y viene por mi abertura. Soy un manantial, y mi visitante se baña en mí. No puedo detener mi pelvis, que acompasa sus zambullidas. En ocasiones, la cabeza tumefacta de su pene se introduce insegura en la ranura, sólo un poquito, pero se repliega temerosa. Sucede varias veces. Estoy a ciegas, y mi única guía es el tacto, mi linterna. La quiero dentro. «Por favor, sólo un poquito», dice la voz de mi cabeza.

Ya regresa. La noto muy dura, agresiva. Se abre paso por mi raja apartando los labios, como si fuese un arado clavándose en la tierra. Quizás haya suerte esta vez... Pero de nuevo pasa de largo. ¿Qué ocurre? Quisiera pedirlo: «métemela un poquito, sólo un poquito», pero los durmientes no hablan. Por suerte, me asiste un pensamiento: «debo darle una señal». Y como el que cambia de posición entre sueño y sueño, arqueo mi cola y la empujo hacia atrás, ofreciéndole la entrada a mi cavidad. Acepta la invitación y me penetra, se hunde en mi cueva y abrazo el miembro grueso con las paredes empapadas de mi vagina. Sintiéndome invadida por dentro, una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

Su mano se apoya en mi cadera y me aprieta, me atrae hacia sí. Me embiste con el miembro y yo contengo sus embestidas empujando hacia atrás en el momento justo. «Qué gorda», me digo, «así, la quiero dentro». No puedo más. Apenas puedo contener las ganas de llevar mi mano a la entrepierna y tocarme mientras le siento penetrarme rítmicamente. Oigo su respiración agitada, sus ligeros gemidos, que ya tampoco puede controlar, perdido el temor a «despertarme». Siento que va a correrse. La mano que me tiene prendida de la cadera está cada vez más crispada. Me aprieta con fuerza, deformándome la carne. Un último quejido incontrolado, el miembro que sale de mí encabritado, las hebras de semen caliente que me bañan las nalgas, el ano, la vulva...

Queda tendido a mi lado, boca arriba, recuperando la respiración, poco a poco, conteniéndose para no sacarme «de mi sueño». Yo recupero la mía, sintiendo la huella de su orgasmo sobre mis nalgas y mi sexo, resbalando por la piel. El cuerpo se atempera, desprendiendo el calor a través de las gotas minúsculas de sudor que se evaporan y se extienden por el cuarto, recargando el ámbito. Mi corazón recupera su ritmo lentamente.

Le siento bajar despacio de la cama. Camina sin hacer ruido, tratando de representar, con este último gesto, el final de la comedia para no despertarme. Cruza despacio el umbral y se aleja por el pasillo. Finalmente, se

cierra la puerta del baño.

Respiro aliviada, soltando toda la tensión, estirando y contrayendo mi cuerpo, tanto tiempo inmovilizado. Me cubro la cara con las manos y cierro los ojos. Esta vez es una necesidad.

Le oigo salir del baño y dirigirse a su cuarto. Yo salgo del mío, camino por el pasillo y me meto en la ducha. Algo más tarde, ambos vestidos con sendos pijamas, nos encontramos en la cocina. Mi corazón está tocando una obertura, con todos los instrumentos sonando a la vez.

—Buenos días —me dice mirándome fugazmente, con los ojos huidizos. Su cara es un poema y sus mejillas, un arcoiris monocromo.

—Buenos días, Gricelio —respondo, audaz. Siento que podría freír un huevo en mi cara—. ¿Dormiste bien?

—Sí, muy bien... aunque los monos me despertaron en medio de la noche —me dice tomando el pequeño testigo que le tiendo con mi broma—. ¿Y tú?

—Yo estupendamente, ya sabes que no me despierta ni una explosión.

8

Un dulce correctivo

—¿Y qué tal os va?

Me refería a ella y a su actual marido, Alberto. Le hice esta pregunta con algo de desdén, con una pizca de rencor, quizás. Desiré había estudiado conmigo Farmacia, y durante los años de carrera estuve obsesionado con ella. Era una chica más bien delgada, de ojos verdes y piel blanca, muy atractiva, y con un culo respingón que no perdía ocasión de hacer notar con sus conjuntitos ajustados. Su pelo castaño, lacio y abundante era otra de sus armas de seducción, pues no dudaba en atusárselo, provocativa, en cuanto se veía observada por algún chico interesante. Pero, más que nada, me obsesionaba su forma de ser, esa descarada coquetería que mostraba sin descanso. Me ponía de los nervios.

Intenté en varias ocasiones que saliera conmigo, pero sólo obtuve negativas. Tenía la habilidad de crearte falsas expectativas. Esto era lo que más me indignaba: que se «hiciera querer» para luego dejarte con un palmo de narices. Hablando en plata: era un poco calentona. Le gustaba llamar la atención, captar las miradas de los machitos que la rondaban, pero manteniéndolos siempre a distancia. En cuanto cualquiera de nosotros intentaba obtener algo más, se hacía la estrecha. Así era ella: un dulce que bordeaba constantemente nuestros labios sin dejar nunca que la saboreáramos.

Este detalle de su personalidad, si bien la hacía más atractiva, también fomentaba nuestra frustración y nuestra rabia. A más de uno nos sacó alguna vez de quicio, y más de una vez yo mismo fantaseé con la idea de retenerla en algún rincón de la facultad y forzarla para obtener de ella lo que tantas veces me había negado después de haberme dado esperanzas. Se podría decir que no se decidía por nadie porque le gustaba tenernos a todos babeando a su alrededor. Era un juego peligroso, debo reconocer.

Estábamos cenando esa noche los tres en un restaurante y le lancé esta pregunta aprovechando que su marido, Alberto, un médico radiólogo que

conoció en su último año de carrera, se había levantado de la mesa para ir al servicio.

—Pues muy bien, no me puedo quejar —me dice desdeñosa, rebuscando despreocupada en su bolso.

—¿Y él? —agrego, apenas sorprendido por que hable en singular, como si su pareja no contara demasiado—, ¿se queja él? —le pregunto con una mirada maliciosa, con la rabia creciéndome por dentro. Su actitud me recordaba épocas pasadas.

—No veo por qué habría de quejarse —contesta con chulería, mientras repasa sus labios con la barra de carmín que acaba de sacar, mirándose en un espejito, frotando un labio sobre el otro y paseando la punta de la lengua de una comisura a otra.

Lo más natural, después de que yo me interesara por su relación, habría sido que me preguntara por Fabiola, con quien yo salía actualmente, pero tratándose de ella, ¿qué podía esperar? Así era Desiré. Quiero decir, quería ser siempre el centro de atención. Mostrar interés por mi pareja habría sido como concederle un minuto de gloria para robárselo a sí misma, y eso no podía permitírselo.

A riesgo de resultar vanidoso, he de decir que yo seguía gustándole, por más que tratara de mostrarse altiva conmigo. Por otra parte, Fabiola era muy atractiva, más alta que ella, y de algún modo el hecho de mencionarla era como propinarse a sí misma un pellizco en su propio ego. Su modo de protegerse consistía en mostrar desinterés hacia cualquier «competidora». Para su propio alivio, Fabiola no había podido reunirse con nosotros. Era enfermera en el Hospital Victoria Eugenia, y le había tocado el turno de noche.

El verla perfilarse los labios al otro lado de la mesa, con coquetería, y cardarse el pelo como si se tratara de un ave que acicala sus plumas delante de un posible candidato —mejorando lo presente—, hacía que volviera a experimentar la misma sensación de antaño: la de desearla y odiarla al mismo tiempo; desearla, porque seguía siendo muy atractiva, y odiarla, porque volvía

a retenerme en aquel odioso juego de atracción imposible, un juego que hacía emerger de nuevo la maldita frustración y la rabia que ya sintiera tantas veces en los años de universidad. Sintiéndome a salvo por que los pensamientos fueran invisibles, fantaseé, mientras la veía acicalarse, con arrastrarla a los servicios del restaurante y follármela contra su voluntad, quizás emborronándole los labios con ese provocativo carmín que se acababa de poner.

—Siempre has sido muy considerada. Tu sensibilidad me abruma —le digo queriendo incomodarla, turbado por los pensamientos que cruzaron por mi mente hacía un segundo.

—No sé de qué hablas —me dice, indiferente, sin dejar de tocarse el pelo.

—Venga, Desiré, corta el rollo, que ya no tienes veinte años, joder. Descansa un poco. ¿No te agota tener que estar con ese rollo de *femme fatale* las veinticuatro horas del día? Por el amor de Dios, que tu marido está en los servicios.

Sus ojos echaban chispas. Me miró apretando los labios, visiblemente contrariada. Me dice:

—¿Y tú tienes que sacar esto precisamente ahora?

—¿Y qué hostias quieres que haga? ¡Mírate, joder! —le digo señalándola, extendiendo el brazo con la palma de la mano hacia arriba—. ¿Es que quieres que te folle aquí mismo delante de todos los comensales? Córtate un poco, Desiré, tómate un respiro.

La expresión de su cara empezaba a ceder, sabía que tenía razón. Nunca le había hablado así.

—Ponte un poco en mi lugar, por una puñetera vez en tu vida —le digo. Ella me sigue observando con los ojos cada vez más abiertos—. ¿O es que ya no te acuerdas? Te encantaba darnos cuerda, a todos, y a la vez. A algunos de nosotros nos gustabas de verdad, Desiré, y digo «de verdad», ¿comprendes? Sergio, Miguel, Tony, Emilio, yo mismo... ¿Sigo con la lista? —continúo,

visiblemente enojado. Las palabras me salen a borbotones. Hacía mucho que quería decirle todo esto—. Pero para ti todo formaba parte del mismo juego. Y era un juego peligroso, ¿sabes? ¿No lo pensaste en ningún momento? Menos mal que finalmente apareció Alberto y se acabó todo.

Llevaba dos años casada con él. Era un chico bien, de familia adinerada, que estudiaba en aquel tiempo medicina y al que conoció en su último año de carrera, cuando debió replantearse su vida un poco más a largo plazo y dejarse de tonteos. Nunca llegó a abandonarlos del todo, esto era algo que llevaba en su ADN. Tuvo que, digamos, «aplazarlos» durante un tiempo mientras se aseguraba el futuro con un buen partido. Alberto fue el elegido. Ahora que tenía esta necesidad cubierta —pensaba yo para mí— podía dedicarse de nuevo a su pasatiempo preferido. Me ponía de los nervios.

—Fran, ¿qué mosca te ha picado? Han pasado más de trece años —me dice guardando la barra de labios en el bolso y mirándome sorprendida.

—Nunca te lo había mencionado, eso es todo. Además, no he podido evitarlo, viéndote... —iba a usar la palabra «calentarme», pero me contuve—. En fin, olvídalo —añadí con sequedad—, simplemente era algo que tenía clavado desde hacía mucho y me ha salido ahora.

Ella me observaba con la cabeza gacha, un poco avergonzada de sí misma y a la vez conmocionada por mis palabras. Sin duda, le había hecho mella.

Aunque me diera calabazas, yo nunca dudé de mi propio atractivo. Siempre supe que le gustaba. Por aquel tiempo, yo compaginaba mis estudios en la universidad con el tenis. Lo practicaba desde los trece años. Ya en 2º de carrera, me sacaba incluso un sueldo dando clases en un club deportivo. Cuando me licencié en Farmacia, en la misma promoción que ella, no lo pensé ni un segundo: me contraté a jornada completa en el club de tenis, y ahí sigo hasta hoy. Con mi 1'83 de estatura y un físico bastante más que aceptable, no tenía ninguna duda de que yo también le gustaba a ella, por más que me hiciera sentir como uno del montón.

Pero ahora era distinto. Ya no me jugaba nada, y yo estaba convencido, más que nunca, de que ella se sentía atraída por mí sexualmente. No es por menospreciar a Alberto, pero él no era, digamos, alguien que quitara el hipo. Muy buena persona, eso sí. Con los años, habíamos acabado haciendo cierta amistad, y algunos días entre semana acudíamos al club donde yo trabajaba para echar un partido de *squash*. Le daba unas palizas monumentales, para mi regocijo. Él se llevó a la chica, y yo le hacía sudar la gota gorda sobre el parqué. ¡Menudo consuelo!

De repente, regresa de los servicios, caminando apresurado entre las mesas:

—Lo siento, pero tengo que marcharme. Me acaba de telefonear un colega. Están pasando dificultades en la planta, y me ha pedido si puedo adelantar mi turno. A cambio, esperan darme libre el próximo viernes. Lo siento, de verdad.

Desiré se echa mano al bolso, lo cuelga de su hombro y hace el ademán de levantarse. Alberto interviene de nuevo:

—No, no, quédate si quieres, termina de cenar. Fran, ¿tú la alcanzarías después a casa?

—Claro, no te preocupes. ¿Desiré? —le pregunto, mirándola.

—Ok —dice dudando—, vete tranquilo. ¿A qué hora terminas el turno?

—Todavía no puedo decírtelo, después te llamo. Hay un follón tremendo ahora mismo, pero calculo que estaré unas doce horas. Gracias, Fran —me dice apoyando la mano en mi hombro, y haciendo luego el gesto de sacar la billetera para pagar la cena.

—No, déjalo, yo invito hoy —le digo, sujetándole el brazo. Recoge su chaqueta de su silla y le da un beso en los labios a Desiré.

—Fran, yo invito a la próxima —me dice—. Te veo esta semana para darte una paliza —y se marcha guiñándome un ojo. El jueves teníamos partido de *squash*.

Nos quedamos de nuevo a solas. Se hace un pequeño silencio

incómodo en la mesa, que ella rompe finalmente para decirme que no era su intención parecer una harpía.

—Eso es muy *heavy*, Desiré, tampoco exageres —le digo—, pero sí que mereciste algún que otro «correctivo».

—¿Un correctivo? —me dice expresiva, con una media sonrisa, dejando la boca entreabierta. Me alegra ver que se relaja por fin el tono de la velada—. ¿Y quién me lo iba a dar, tú? —añade, picándome.

—Puede... —le digo mirándola fijamente a los ojos—. Más de una vez tuve ganas de hacerlo, como habrás podido imaginar.

—Sí, creo me hago una pequeña idea... —me dice sosteniéndome la mirada, con una pícara sonrisa en los labios—. A veces veía cómo me mirabas después de uno de mis desplantes. Te salía humo de las orejas —agrega, divertida—. ¿Puedo confesarte algo?

—Miedo me das... —le digo—. Dispara, anda.

—Me gustaba verlo —dice, maliciosa, mordiéndose el labio.

¿Qué podía hacer yo ante este tipo de cosas? Perder los nervios, básicamente, y seguir fantaseando con llevármela a la fuerza a los lavabos para darle «lo que se merecía».

Tras pasar una media hora más en el restaurante, haciendo que aumentara la tensión sexual entre los dos recordando algunas anécdotas, pagamos la cuenta y nos dirigimos al *parking*. Mientras caminamos, yo me sitúo intencionadamente detrás de ella para ver su silueta. Se ha puesto para esta ocasión una falda lisa de color negro, muy ajustada, que acentúa sus caderas, con una amplia abertura en la parte posterior, lo que me permite ver sus estilizadas piernas y sus tobillos, a los que se abraza la fina tira de cuero de sus zapatos abiertos de tacón de color rojo, con la hebilla resplandeciente sobre su piel blanca. La sangre empieza a bullirme.

Sobre los hombros desnudos asomaban las tiras de una blusa de raso color negro, y, trenzado sobre los brazos, un fular muy vaporoso, color vino. Lleva el pelo recogido por encima de la nuca, con algunos mechones que

escapaban descuidadamente. Cuando llegamos a la altura del coche, tengo una pequeña erección.

Conducimos en silencio hasta su casa, a unos quince minutos de trayecto. Aparco frente al portal.

—¿Quieres subir? —me dice—. Son sólo las once. Te invito a un licor.

Me pilla de sorpresa. Me quedo parado un segundo. Trato de reaccionar:

—¿Tan mal te lo he hecho pasar esta noche que quieres envenenarme? —le digo sonriendo, viéndole bajar, observando sus pies parcialmente desnudos.

—Venga, cierra el coche, sube un rato —me dice cerrando la portezuela.

Ya en su apartamento, se deshace del fular y del bolso, me lleva al salón y me indica con la palma de la mano el amplio sofá beis de cuero, frente al televisor.

—Ponte cómodo, rencoroso —me dice.

Se acerca a la cadena de música y pone una pieza de jazz, muy suave y relajante. «Cómo me pones, Desi», pienso para mí.

—¿Bien? —me pregunta, girando la cabeza, aún inclinada sobre el aparato.

—Perfecto —le digo levantando la mano y haciendo un círculo con el índice y el pulgar.

Luego se acerca parsimoniosamente a la mesa de centro, contoneándose, se apoya con una mano en el borde y con la otra comienza a descalzarse, haciendo descansar sus pies sobre la alfombra de color ocre, despaciosamente, en un ritual erótico que se me antoja de alto voltaje, tirando hacia abajo de las tiras que se sujetan al talón, sin desabrochar las hebillas. Veo cómo quedan unas pequeñas marcas sobre la piel de los empeines. Lleva las uñas pintadas de rojo grosella. «¿Se puede saber qué estás haciendo, Desiré?», me digo; «realmente no tienes remedio». Camina hacia su cuarto con un suave

balanceo de sus caderas, con los zapatos colgando de su mano derecha, sujetos por los dedos a modo de garfios.

Al cabo de un rato, me pregunta desde la cocina, en voz alta:

—¿Qué te apetece tomar?

—Elige tú —le contesto desde el salón—, así lo tienes más fácil para camuflar la dosis letal.

—Tengo Frangelico, ¿te va bien?

—Con mucho hielo, sí —digo.

No espero a que regrese al salón con las bebidas. Cuando comienzo a oír el tintineo de los vasos, me acerco a la cocina y me apoyo en el umbral de la puerta. No se ha cambiado, y sigue descalza. Puedo notar el ribete de sus bragas de encaje bajo la falda. Son tan elásticas que se amoldan perfectamente a la curva de sus glúteos. La miro de arriba abajo. «Qué buena estás, joder», me digo. Me acerco a ella, despacio, y le pongo una mano en la cintura, tratando de parecer casual:

—¿Me hará dormir mucho rato? —trato de seguir con la broma, aunque, dada mi excitación, no resulto nada convincente.

—Sólo unas horas —me responde sonriendo, sin mirarme—, el tiempo suficiente.

Me he pegado un poco más a su cuerpo. Puedo oler su perfume. Aparte de que soy bastante más alto que ella, al estar descalza puedo deleitarme mirando desde arriba sus hombros, su nuca, y sus pechos bajo la camisa de finas tiras. Mi mano la sujeta con algo más de firmeza y acerco mi entrepierna a sus nalgas. Le digo:

—Todavía estoy a tiempo…

Observo que se queda inmóvil. Sus manos dejan de manipular los vasos y el hielo.

—¿Para?… —me dice sin volverse, tratando de mirar por el rabillo del ojo.

—Para… darte tu correctivo —le respondo. Y al hacerlo observo una

leve sonrisa en sus labios, que se esfuerza por ocultar. Acto seguido, deslizo una mano por su brazo derecho, lentamente, y la sujeto por la muñeca.

—¿Qué haces? —dice—. Quita...

No respondo. Comienzo a tirar de su muñeca hacia atrás, muy despacio, atento a sus reacciones, y le doblo el brazo tras la espalda, como si fuera una delincuente. Veo cómo se muerde el labio inferior, con un gesto mínimo, contenido. Me pego más a su cuerpo. Acerco mi cara a su nuca y aspiro el perfume, sintiendo cómo ella retuerce su cuello y frota su melena contra mi mejilla, como un gato que se desliza bajo la palma de una mano que le acaricia. Le digo al oído:

—No puedes ir por ahí provocando, Desiré...

—Déjame... —dice tratando de zafarse de mi presa, tironeando torpemente. Me está poniendo realmente enfermo.

Hundo mi nariz en su pelo, aspirando con fuerza, y pego mi entrepierna a sus nalgas. Echo mi aliento sobre su cuello. Llevo mi mano izquierda a su estómago, palpando la tela. La meto por debajo y acaricio la carne desnuda.

—¿Qué te habías creído, Desi? —sigo diciendo con la boca pegada a su oído—, ¿pensabas que podías jugar así conmigo?

Ella forcejea débilmente, me empuja hacia atrás con sus nalgas, con lo cual no consigue otra cosa que clavarse aún más mi miembro, que empieza a estar inflamado. Subo con mi mano por la piel de su estómago buscando sus pechos bajo la tela. Me tropiezo con su sujetador de encaje negro. Le aprieto los pechos sobre la áspera tela, molesto. La beso en el cuello.

—Por favor, déjame... —me dice apoyando su mano libre sobre mi muslo, empujándome hacia atrás, representando a la perfección su papel de chica estrecha. Me está poniendo cardíaco.

Se retuerce debajo de mí frotando su culo contra mi entrepierna, tratando de huir, y alejando su cara y su cuello de mi boca. Saco mi mano de debajo de su blusa y le sujeto la mandíbula, que giro hacia mí, forzándola.

—Hoy me vas a dar lo que yo quiero —le digo mirándole a los ojos—, voy a coger lo que me has negado tantas veces.

—Por favor, no… —me dice, suplicante—, déjame ir.

Vuelvo a meter mi mano bajo su blusa y tiro del sujetador con fuerza hacia abajo, haciendo brotar sus pechos bajo la camisa. Ella suelta un quejido. Comienzo a masajearlos con fuerza. Noto cómo se le erizan los pezones, que tropiezan con la palma de mi mano húmeda. La oigo respirar agitadamente. Se cimbrea como una culebra. Yo le muerdo el cuello, busco con la lengua el lóbulo de su oreja.

—¡Ay, no, déjame! —me dice elevando la voz, empujándome la cadera, tratando de despegarse de mí. Me golpea con el puño en el muslo.

—No vas a ir a ningún lado —le digo junto a su oído, jadeante, como un auténtico pervertido—. Hoy te voy a dar lo que te mereces.

—No... ¡quita! —me «grita»—. Por favor, no me hagas nada.

Sin soltar su brazo derecho, que sujeto detrás de su espalda, llevo mi mano izquierda a su falda, que desabrocho por un lateral. La prenda se desliza por sus muslos y cae amontonándose sobre sus pies. Ella la patea con rabia, enviándola lejos, y yo miro entretanto sus nalgas blancas y redondas, decoradas con el encaje negro, que quedan vibrando unos segundos. Llevo mi mano a su entrepierna, sobre la tela. Noto el calor que desprende. Le acaricio las bragas y me impregno los dedos con su olor. Ella se revuelve debajo de mí, me pone como loco. Llevo los dedos a mi nariz y aspiro con fuerza, lleno mis pulmones con el olor de su coño. Luego los llevo a su nariz.

—Huele... zorrita, mira cómo lo tienes. Te gusta ponérmela dura, ¿verdad? —le digo forzándola a oler sus propios efluvios, mientras le empujo las nalgas con mi bulto—. ¿Te gusta ponerme cachondo, eh, putita?

Ella gira su cara tratando de esquivar mi mano húmeda de su coño, haciendo un gesto de repugnancia, pero visiblemente cachonda. Me está poniendo realmente malo.

—Por favor, ¡basta!, ¡déjame! —me dice soltando pequeños quejidos,

pisándome los zapatos con sus pies desnudos.

Me pone duro oírla, verla rechazarme una vez más, haciéndose la estrecha. Le sujeto la cara y la giro hacia mí. Le como la boca con fuerza. Ella envía su lengua a por la mía, y a mí se me eriza la piel. Vuelvo a buscarle las bragas sin dejar de besarla. Le acaricio por encima de la tela. Están aún más húmedas. Siento el vaivén de su pelvis, estimulada con mis caricias. Qué ganas de follármela.

Meto mi mano por debajo del encaje y le busco la raja. «Cuántas veces he querido tenerte así», me digo en silencio. Está empapada. Hundo ligeramente los dedos en su abertura carnosa, los impregno de su flujo y los llevo a su boca. Le embadurno los labios de sus propias emanaciones, emborronándole la cara con el carmín, y ella me esquiva jadeando, con los ojos cerrados.

—¿Lo hueles, zorra? Estás cachonda como una perra. Anda, abre la boca, chupa mis dedos —le digo—, mira cómo te sabe el coño.

—¡No!, ¡déjame en paz, cabrón!, ¡suéltame! —me grita tratando de zafarse, golpeándome el muslo. Cada una de sus palabras es como un pellizco, como una sacudida que me recorre todo el cuerpo.

Hago que se gire y quedamos frente a frente. Le sigo sujetando el brazo detrás de la espalda con mi mano izquierda. Le tomo la cara con mi mano libre y la beso con fuerza en la boca. Mientras me la como, le subo violentamente la camisa. Abandono su boca, me separo unos centímetros y le miro los pechos desnudos. Se los masajeo mientras le como el cuello.

Desciendo con mi boca por su piel y alcanzo sus pezones tiesos, que acaricio con la punta de mi lengua y pellizco suavemente con los dientes. Me meto con violencia los pechos en la boca y se los chupo con avidez. El sujetador está atascado a la altura de sus caderas, amontonado de cualquier manera. Siento cómo su cuerpo se cimbrea, agitado. Desciendo con mi boca por el vientre, lamiéndolo, notándolo ir y venir al ritmo de su respiración. Al llegar a su entrepierna, el olor de su coño invade mis sentidos. Me pone duro

como una roca.

Con mi mano derecha retiro las bragas hacia un lado, desnudando su sexo húmedo. La fuerzo a abrir las piernas y empiezo a lamérselo. Hundo mi lengua en la zona carnosa y recojo su flujo. Me lo trago, me impregno de su sabor salado. Voy a por más. Abro bien la boca y le como la raja, atrapo sus labios húmedos con los míos, los estiro y los suelto, haciéndolos temblar cuando se retraen sobre su coño. Hago vibrar mi lengua sobre ellos. Ella mueve la pelvis con mis lamidas, lo cual espolea todavía más mi excitación.

—¡Déjame, cerdo!, ¡deja de lamerme!, ¡no quiero! —me dice con fingidos gritos, agarrándome del pelo con su mano libre.

Me pongo de pie. Libero su brazo de la espalda y me quedo frente a ella con las piernas abiertas, como el perro que custodia su comida. Me desabrocho el cinturón y la cremallera. Los pantalones caen al suelo, amontonados sobre los tobillos. Me bajo los calzoncillos y me desabrocho la camisa, mostrando mi torso sudoroso. Mi polla se bambolea tiesa a la altura de su vulva, que sigue expuesta, con las bragas apiñadas a un lado. Con una mano la sujeto por el pelo de la nuca y con la otra la fuerzo a arrodillarse empujándola por el hombro.

—Ahora me la vas a comer, zorrita. Abre la boca —le digo sujetándome la polla.

—¡No!, ¡basta!, ¡déjame, cabrón! —me grita martirizada, esquivando mi glande húmedo, que restriego sobre sus labios.

—Abre la boca —le digo forzándola—. Chupa, puta.

Ella se introduce el capullo hinchado a regañadientes y comienza a chupar, fingiendo una cara de asco. Apoya una mano sobre mi muslo y con la otra me golpea en el vientre. Tras comérmela durante unos segundos, se retira y toma aire. Un fino hilo de saliva cuelga desde la punta del glande hasta sus labios. Me grita:

—¡Por favor, ya basta!, ¡me asfixias!, ¡déjame de una vez!

Me pone como una moto. Me inclino hacia abajo, fuerzo su barbilla

hacia arriba y le como la boca con fuerza. Ella envía su lengua de nuevo a por la mía. Vuelvo a incorporarme. La tengo sujeta por la nuca. Con la otra mano me agarro la polla y le doy con ella en la cara. Se oye el chasquido en medio del silencio de la cocina.

—¡Hijo de puta! —grita—, ¡deja que me vaya!, ¡ya está bien!

Le introduzco de nuevo la polla en la boca y mama con avidez. Empujo su cabeza rítmicamente, mientras veo desde arriba cómo el glande entra y sale entre sus labios. Escucho los sonidos de succión. Luego me retiro unos segundos. Me inclino hacia abajo, sujetando su cara con las manos, y le digo:

—Esto es por todo lo que me has hecho pasar.

La tomo por las axilas bruscamente y la pongo de pie. Le doy la vuelta y la empujo contra el poyo de la cocina, forzándola a inclinarse. Le bajo las bragas hasta las rodillas y le abro las piernas. Me agarro la polla y me acerco a ella, frotando el glande por su herida húmeda. Me inclino hacia delante, apoyando mi torso sudoroso sobre su espalda, y la sujeto por el pelo. Le digo al oído:

—Hoy me lo voy a cobrar todo, ¿me oyes, putita?

—¡No!, ¡no quiero!, ¡déjame!, ¿qué vas a hacerme? —vuelve a gimotear—. ¡Quítate de encima!

Mientras le jadeo al oído, como un degenerado, hago que compruebe la dureza de mi miembro haciéndolo resbalar por su raja, golpeándole la carne de las nalgas, haciéndolas vibrar y manchándolas de su propio flujo. Sujeto mi polla por la base y la encajo en la entrada de su cavidad. Empujo y se la clavo hasta el fondo.

—¡No!, ¡por favor! —me suplica gimiendo—, ¡sácamela!

Comienzo a embestirla, enardecido por sus palabras. Le sujeto con una mano por el pelo, formando una cola, y con la otra le aprieto la carne de su cadera. La penetro con fuerza, haciendo chocar su culo contra mí. Miro hacia abajo para ver cómo mi polla entra y sale brillante de su vulva, cuyos labios la abrazan al salir, como una ventosa.

—¡Suéltame, por favor, ya basta! —me dice, gimoteando. Sus palabras salen entrecortadas por efecto de mis embestidas—. ¡Deja de penetrarme!

Sus palabras me vuelven loco, lo sabe. Mi respiración se acelera por momentos, mis jadeos retumban en la cocina. La embisto como un animal, casi gruñendo, empujando con mi pelvis hasta lo más hondo. Siento que voy a derramarme. Mis caderas se mueven maquinalmente. Noto los primeros chorros de semen recorrer el tronco de mi polla. Los imagino salpicando las paredes de su vagina, sin dejar de penetrarla. Suelto fuertes gruñidos mientras sigo enganchada a ella, clavado hasta dentro, hasta que me derramo por completo.

Mi cuerpo está salpicado de sudor. Me inclino hacia delante, mi torso jadeante apoyado sobre su espalda húmeda. Recupero la respiración. Noto el calor de su cuerpo contra el mío. Como dos perros, me quedo clavado a ella hasta que siento cómo la flacidez regresa poco a poco a mi miembro. Me despego de su cuerpo y observo cómo los labios de su coño se repliegan a medida que saco de su interior mi pene venoso, empapado de su flujo y de mi semen. Mientras recupero el aliento, comienzo a abrocharme los botones de la camisa.

La miro respirar agitada, echada sobre el granito frío, con los pechos aplastados, el pelo revuelto alrededor de su cabeza. Me subo los calzoncillos y los pantalones, me abrocho el cinturón. Ya más sosegado, me acerco al poyo, por un lado de su cuerpo exánime. Tomo mi vaso de Frangelico, haciendo tintinear los cubitos de hielo, me lo llevo a los labios y doy unos sorbos. Lo vuelvo a dejar sobre el granito y me inclino sobre ella, mi boca a la altura de su oído, que intuyo oculto bajo la madeja de pelo enmarañado.

—Gracias, putita. Hacía mucho que deseaba hacer esto —le digo en prolongados susurros aviesos.

Me incorporo y echo un último sorbo a mi bebida, con parsimonia. Dejo el vaso sobre el poyo, haciendo chocar el cristal con descuido, y paso por detrás de ella, deslizando la palma de mi mano sobre sus nalgas y dándole

un pequeño azote, haciendo vibrar su carne mientras me alejo.

Una vez en el umbral de la puerta, vuelvo a girarme y la observo aún echada sobre la superficie fría. Ha apartado el pelo de su cara, que sigue reposando sobre el granito, y me mira fijamente a los ojos, con una serena sonrisa en los labios, relajada, satisfecha, excitada. Como yo.

Antes de irme, vuelvo a recorrer su cuerpo con la mirada y me detengo en su entrepierna, aún expuesta. Veo cómo unos hilos blancos y viscosos cuelgan desde la abertura carnosa de su vagina, estirándose y cayendo finalmente al suelo, entre sus piernas, en gruesas gotas. Siento un escalofrío y cierro los párpados, reteniendo esta imagen para siempre en mi memoria. Le doy la espalda y camino despacio hacia la salida.

9

Una esposa en préstamo

Estábamos sentados en unos sillones de color rojo de la zona del bar del club Mystique, en Arona, un local *swinger*. En los últimos meses, habíamos estado viniendo ocasionalmente a pasar unas horas. Nos gustaba mucho el ambiente, pasearnos por las distintas dependencias y echar alguna ojeada a través de las cortinas que algunos clientes dejaban discretamente abiertas. Mi mujer, Claudia, solía ponerse un pequeño antifaz de color negro para sentirse más cómoda, sobre todo cuando dejaba parte de su ropa en la taquilla y decidía quedarse en ropa interior o con alguna otra prenda igualmente *sexy*.

A nuestro alrededor, en la barra, en la zona de baile y en otros asientos repartidos por la estancia, la gente charlaba relajadamente. Frente a nosotros, en un sillón de tres piezas, otro cliente tomaba su consumición, un chico alto, atractivo. Claudia, protegida por la pequeña mampara que ocultaba sus ojos, lo observaba tomarse su copa a pequeños sorbos, con total indolencia. Aunque había un hilo de música de fondo, muy suave, se acercó a mi oído para decirme:

—Lleva un rato mirándome.

Mi esposa es una mujer muy atractiva: pelo negro ondulado, muy abundante, ojos azul oscuro, casi verdes, piel blanca, 1'69 de estatura, pechos de tamaño medio, con las areolas pequeñas, como botones, rodeando unos pezones puntiagudos, y un culo de infarto: dos montículos redondísimos, de carne blanca y trémula, que adquirían un ligero aspecto a la piel de naranja cuando estaba de pie, pero que parecían dos manzanas brillantes y pulidas cuando se ponía a cuatro patas.

—¿Y te extraña? —le digo susurrando, sonriéndole a la vez—. Ya lo he visto. No te quita ojo.

Ella sabía que me encantaba verla vestida de manera sexy. Me gustaba «lucirla», alardear de poseer a una mujer como ella y sentir las miradas viciosas de otros hombres sobre su cuerpo. A ella, por su parte, le gustaba

coquetear en mi presencia, experimentar la sensación morbosa de saberse observada y deseada delante de mí.

Para esta ocasión, se había puesto un vestido enterizo color púrpura, con una falda plisada que le llegaba un poco por encima de las rodillas, con un escote generoso velado por unas filigranas de encaje, muy transparentes. Llevaba el pelo suelto, y se había puesto unos zapatos de fino tacón, negros, abiertos en la punta, por donde asomaban dos dedos con las uñas pintadas igualmente de púrpura. Unas medias de redecilla cubrían sus piernas hasta sus muslos, donde permanecían sujetas por un liguero. Mientras hablábamos entre susurros, ella no dejaba de balancear el pie, como si fuera un reclamo, una pierna cruzada sobre la otra.

Semanas atrás habíamos hablado de dar un paso más en nuestras fantasías morbosas: buscar a un chico que la poseyera en nuestra alcoba de matrimonio mientras yo los observaría desde un discreto rincón. Nos habíamos confeccionado un perfil de pareja en un portal de contactos, pero hasta el momento no habíamos dado con nadie de su agrado. (Era ella la que tenía la última palabra en este sentido, lógicamente.)

—Es muy atractivo, ¿no? —le vuelvo a susurrar al oído, hablándole con picardía.

—Sí... —me dice apurada, temiendo herirme de alguna manera.

—¿Sabes?, creo que voy a saludarle —le digo mirándola a los ojos, dándole a entender con un gesto de complicidad mis intenciones—. ¿Te parece bien? —agrego, y ella me contesta moviendo los labios, pero sin producir ningún sonido: me envía un «ok» mudo. Me levanto y me dirijo hacia él.

—Hola, ¿qué tal todo por aquí? —le digo sonriéndole y tendiéndole la mano—. Sergio.

—Pues muy bien, no hace mucho que he llegado. Marcelo —responde él a su vez, ofreciéndome la suya.

—Ah, igual que nosotros —le digo—. Oye, ¿tendrías un minuto? Me gustaría comentarte algo.

—Claro —me responde girándose e indicándome con la mano que me siente.

—Verás —le digo señalando a Claudia con el brazo en el que sostengo la bebida—, mi mujer y yo llevamos un tiempo buscando a una tercera persona, un chico, alguien que tenga sexo con ella... en mi presencia. Hemos conocido a algunas personas a través de una web de contactos, pero de momento no han sido de su agrado.

—Ah, entiendo —me dice.

—Me he acercado porque hemos notado que... estabas interesado —le digo sonriendo—. Es una mujer muy atractiva.

Marcelo gira el rostro hacia ella, sonríe, y lo vuelve de nuevo hacia mí.

—Desde luego que sí, mucho —responde con énfasis.

Desde este lado de la salita, observo a Claudia atusándose su melena suelta, oculta tras su antifaz, y sé que se siente protagonista. Intuyo que está excitada. Su pie no deja de moverse, y su empeine estirado, cubierto por la media de redecilla, nos ofrece una estampa de lo más erótica. Yo empiezo a sentir la excitación que me provoca este juego entre los dos. Me pone nervioso, y desearía, como me ha ocurrido tantas otras veces, que fuera a más.

Marcelo interviene de nuevo:

—Oye, ¿has dicho «en mi presencia»?, ¿quieres decir que no «intervendrías»?

—En realidad, no hemos concretado demasiado los detalles. Es una fantasía que llevamos unos meses meditando, pero, en principio, sí, yo sólo observaría. Es algo que nos excita a los dos por igual —le explico.

—Ajá, comprendo —me dice.

—¿Y tú?, ¿has tenido alguna experiencia de ese tipo? —le pregunto.

—No, la verdad es que no, pero no puedo negarte que es una escena tremendamente morbosa —me explica mirándome, asintiendo con la cabeza mientras me habla—. Yo soy soltero. He practicado sexo con dos y más personas a la vez, chicos y chicas. En ocasiones han sido parejas; en otras, no,

pero siempre éramos todos participantes activos. No sé si me entiendes.

—Perfectamente —le digo.

—También vengo aquí de vez en cuando —continúa—. Me gusta mucho mirar. Y en ocasiones me he unido a algunas parejas cuando me han hecho alguna discreta señal. Reconozco que me excita mucho «compartir» la mujer de otro —me confiesa.

—Vaya —le digo sonriéndole— me alegra oír eso. Nosotros venimos aquí ocasionalmente, desde hace unos meses. Hoy sólo hemos venido a tomar una copa. Pero por lo general nos gusta pasearnos, echar alguna ojeada... Y, más que nada, a los dos nos gusta que la miren. A veces busco algún rinconcito en un reservado y disfruto viendo cómo ella se pasea por las dependencias, casi siempre en tacones y ropa interior —le explico, regodeándome con la imagen que debo estar creando en su mente.

—¿Han pensado en el lugar del encuentro? —me pregunta.

—Sí, claro, sería en nuestra casa. Nos gustaría usar nuestro dormitorio —le contesto con una sonrisa traviesa, revelándole un detalle más de nuestra fantasía.

Aprovecho este momento para hacer una señal a mi mujer, pidiéndole que se acerque. Ella se aproxima despacio, contoneándose, y se queda de pie, junto a mí. Está espectacular con su vestido color púrpura. Yo me hincho como un pavo—: Claudia, te presento a Marcelo —le digo levantándome y mostrándola, pasando mi brazo por su cintura, sacándola a escena.

Él coloca su bebida sobre la mesa, se levanta del sillón, se inclina ligeramente hacia ella y le tiende la mano, muy educado. Yo no puedo evitar sentir una nueva oleada de excitación y, al mismo tiempo, el pellizco de los celos y de, incluso, la envidia. Marcelo es un tipo bastante alto, calculo que debe rondar el 1'85 m. Mientras se saludan, observo el reloj de acero y de correa metálica, resplandeciente bajo las luces de neón del local, que lleva en su muñeca y que sobresale bajo el puño de la camisa blanca que ha elegido para la ocasión, vuelto hacia atrás.

Un fino vello oscuro puebla su brazo, bien formado y surcado por finas venas palpitantes que denotan su buen tono muscular. Es de tez morena, pero no debido al sol, sino de natural genético. Una fina pelusa ensortijada cubre la piel de su pecho, que asoma bajo el cuello de su camisa, que se ha dejado sin abrochar. Lleva unos vaqueros de color azul petróleo, y calza unos mocasines negros de suela muy baja, aparentemente muy cómodos. Su pelo moreno, brillante y ondulado, le cubre parcialmente las orejas. Tiene la frente recta, la mandíbula marcada y los ojos marrón caramelo, más bien rasgados. Pienso en mi mujer, que debe estar viendo lo mismo que yo, y siento una punzada de celos.

—Encantada, Marcelo —le dice ella mostrando su dentadura, con toda la naturalidad de que es capaz, excitada ante la posibilidad, que yo casi veo como una certeza, de que pudiera estar, más pronto que tarde, entre sus brazos.

—Un placer —le contesta.

—Le he estado comentando un poco nuestra «idea» —intervengo de nuevo. Claudia asiente, pronunciando un imperceptible «ajá», buscando los ojos de Marcelo con la mirada, un tanto turbada.

Lo más disimuladamente que puedo, me llevo los dedos a mi mejilla para indicarle que lleva el antifaz puesto, y que considero que debería quitárselo. Ella me obedece, haciendo pasar algunos mechones de su melena oscura por medio de la cinta elástica y volviéndosela a cardar con la mano. Yo me pavoneo estando a su lado, sujetándola por su imponente cintura, mostrándola como un trofeo. —¿Y le agrada la idea? —dice ella mirándonos alternativamente a mí y a Marcelo, sonriendo, confiada en el poder de su propio atractivo.

—Es muy interesante, desde luego —le contesta él, asintiendo con la cabeza.

—Marcelo —digo yo, apoyando mi mano sobre su brazo—, escucha: en otras circunstancias, como puedes suponer, habríamos necesitado concertar una cita para compartir unos minutos juntos, ver si... podríamos entendernos

—le explico mientras atraigo a Claudia hacia mí y la miro a la cara, dándole a entender que es ella la que tiene la última palabra—. Pero en esta ocasión no va a ser necesario —añado sonriendo, mirándola de nuevo y viendo cómo juega con su melena, excitada.

—Ajá, comprendo, sí —dice mirándola discretamente. Claudia disfruta de este momento, sabiéndose el objeto de este tramo final de la conversación.

—Pues nada—vuelvo a intervenir—, te voy a dar mi número de teléfono, ¿te parece? Me llamas cuando quieras y cuadramos agendas.

—Perfecto, sí —me dice sacando de su bolsillo el teléfono móvil. Cuando lo hubo anotado, añade—: Por cierto, Sergio, ¿de dónde sois? Yo vivo en La Laguna.

—Ostras, es verdad —le digo, riendo—. Nosotros somos del Puerto de la Cruz. Como te dije antes, habíamos pensado que vinieras... que el chico viniera a nuestra casa. Queríamos usar nuestro dormitorio. Llegado el caso, podríamos ir a buscarte, recogerte donde nos dijeras, sin ningún problema.

—Oh, no, no te preocupes. Eso no será necesario —me dice—. En fin, quedamos en esto —concluye tendiéndome de nuevo la mano y sujetándome con la otra el brazo. Se la estrecho y a continuación se la ofrece a Claudia—: Encantado —le dice, robándole una última mirada a sus ojos azul-verdoso.

Tras despedirnos, recogemos nuestras bebidas de la mesa y dejamos a Marcelo a solas, concediéndole algo más de intimidad, pues ya debía estar sacando conclusiones. Avanzamos despacio por el local y nos acercamos a la barra para pedir una última copa. Pongo mi mano sobre la cintura de Claudia, la deslizo hacia abajo acariciándole las nalgas, y le digo mirándola a los ojos:

—Qué bien, ¿no? Ojalá nos llame.

—Sí, sería estupendo —me contesta. Yo la miro con ojos pícaros y le digo:

—¿Te ha gustado, eh?

—Sí... —me dice en voz baja. Ambos sentimos la excitación en la mirada del otro. Nos besamos en la boca, sabiéndonos observados por muchos

pares de ojos.

Marcelo finalmente nos confirmó por teléfono, dos días después, que aceptaba nuestra propuesta, y que, si no habíamos cambiado de parecer, le gustaría «probar».

Quedamos un sábado por la noche en nuestra casa. Le hicimos pasar al salón y, para romper el hielo, nos sentamos los tres ante unas copas de una ginebra aromática, con poca graduación, que compré a propósito para esta velada. Hablamos durante un rato de cuestiones triviales y, al final de la conversación, de nuestras preferencias sexuales, nuestras fantasías y también de nuestros hábitos en los locales *swinger*, como en el que nos conocimos.

Tras acabar las copas, Claudia se levanta y dice:

—Voy a cambiarme. Estoy enseguida.

El ambiente adquiere súbitamente un nuevo tono. La excitación comienza su carrera de ascensión tras este pistoletazo de salida.

—Marcelo, tú como si estuvieras en tu casa. No sé si habías pensado algo, cambiarte... en fin, haz lo que te haga sentir más cómodo.

—Gracias, estoy bien. Si te parece, prefiero quedarme así —me dice quitándose el reloj de la muñeca y dejándolo sobre la mesa, junto a las llaves del coche y la cartera. Está visiblemente nervioso.

—Por supuesto, como gustes —le digo, y me levanto para poner algo de música—. ¿Te gusta Metallica? —le pregunto, inclinado sobre la pila de CDs.

Me mira perplejo, con la mandíbula batiente, sin decidirse a hablar. Metallica es un grupo de heavy metal. No se puede creer que vaya a ponerla como música ambiental.

—Pues... no lo escucho demasiado, la verdad —me responde.

—¡Es una broma, hombre! —le digo riendo—. ¿Te imaginas tener una sesión de sexo escuchando *Battery*? —continúo diciendo, soltando una carcajada—. Tengo aquí un CD de Loreena McKennitt. A ver si te gusta.

Regreso al tresillo y continuamos intercambiando algunas

trivialidades. Al cabo de unos minutos, se oye el sonido de unos tacones por el pasillo y mi pulso se acelera. Soy consciente de que está a punto de comenzar un ritual que he programado con ella antes de la llegada de Marcelo. Aun así, no estoy del todo preparado para lo que me voy a encontrar.

Claudia, para mi sorpresa, aparece en el salón en ropa interior de encaje de color morado, tirando a violeta. Sus pezones morenos se perciben a través de los entresijos de la tela, así como la entrada de su vulva. Lleva unos zapatos negros de charol, cerrados, de tacón vertiginoso, y unas medias muy finas y oscuras, sujetas por un liguero espectacular, de color negro, que adorna su vientre, sus caderas y sus nalgas. La melena ondulada le cuelga sobre los hombros. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me quedo de piedra. Claudia está ruborizada; lo sabe, pero no le importa.

Observo el rostro de Marcelo. Está impactado, y no es para menos. En un primer momento, ha intentado mantener la discreción de su mirada, pero dada la situación ha comprendido que es poco menos que absurdo. De modo que tras unos segundos de indecisión, observa abiertamente a mi mujer mientras camina por el salón, devorándola con los ojos, hasta que finalmente se sienta a mi lado y cruza las piernas. Su perfume, aunque sutil, invade la estancia.

Nos miramos unos segundos a los ojos y pongo mi mano sobre su muslo, deslizándolo sobre el tejido de la media.

—¿Qué te parece esta chica, Marcelo? —le digo, tratando una vez más de presumir con el cuerpo de mi mujer. Ella se atusa el pelo, coqueteando. Él levanta las palmas de las manos hacia arriba, que tenía apoyadas sobre sus muslos, y dice:

—Sencillamente preciosa, no tengo palabras.

Está visiblemente abrumado, con los ojos abiertos de par en par. Yo me levanto del sillón, tomo a Claudia de la mano y me dirijo con ella despacio hasta donde se encuentra Marcelo, el cual también se levanta para recibirnos. Una vez a su altura, le doy un último beso a ella en la mejilla, y se la ofrezco a

él, tendiéndole su mano, que él toma en la suya:

—Aquí te entrego a mi mujer. Disfrútala —le digo. Mis propias palabras me provocan un fogonazo de excitación, y hacen que Claudia se muerda el labio y baje la mirada, ruborizada y excitada a la vez.

Les dejo en el salón y me dirijo al dormitorio, donde he colocado un sillón con orejeras, en una esquina, lo más apartado posible. Enciendo una pequeña lámpara de luz anaranjada que hay en el otro extremo de la habitación, junto a la cabecera de la cama, y atenúo su intensidad con el regulador del que está provista, hasta que queda de mi agrado. Me dirijo al sillón, me siento y permanezco en silencio, parcialmente oculto por una ligera penumbra, percibiendo con nitidez cómo mis pulsaciones aumentan el ritmo.

Les veo aparecer por el umbral de la puerta, despacio. Él la lleva de la mano, como cuando en una película de época el caballero ayuda a una dama a bajar por unas escaleras. Avanzan por el cuarto y se quedan de pie, frente a frente, en la parte opuesta al cabecero de la cama. Observo la diferencia de estatura, la corpulencia de él y la fragilidad de ella. Me vuelven a atacar los celos y la excitación, a partes iguales. Ambos han reparado en mi presencia con una fugaz mirada.

Permanecen indecisos unos segundos. Él, finalmente, toma la iniciativa y empieza a rozar con dos dedos el vientre de ella, que permanece inmóvil. Le pone una mano en la curva pronunciada de la cintura y la atrae hacia sí. Comienza a besarla en el cuello, retirando su melena y dejando la carne al descubierto. Ella se lo ofrece y, justo en ese preciso momento, me busca con los ojos durante un fugacísimo segundo. Noto una punzada de excitación. Cierra los ojos y se deja llevar.

Empieza a acariciar sus brazos musculados sobre la camisa blanca. Ella gira la cabeza y busca su boca. Se besan, primero con los labios y luego usando sus lenguas, que observo salir la una a por la otra, como pequeñas culebras que se enredan en el aire. Mi entrepierna aumenta de tamaño y comienzo a acariciarme sobre la ropa. Busco la de Marcelo con la mirada y

veo cómo se ha deformado la tela. Esta vez ha sustituido los vaqueros por unos pantalones de pinza gris oscuro, de tela de gamuza, lo que deja en evidencia con mayor claridad las evoluciones de su miembro.

Noto que a medida que se excitan se van olvidando de mi presencia, lo cual me disgusta. Él le agarra la nuca con una mano y le come la boca con fuerza, mientras le aprieta las nalgas con la otra. Sus largos brazos le permiten abarcarla con facilidad. Ella responde a las caricias contoneándose, acercando intermitentemente la pelvis a su entrepierna, que ahora ya manifiesta una clara erección y deforma sus pantalones. «Está buscando su polla con su pelvis», pienso para mí, y me pongo como loco. Me arden las mejillas.

Él lleva su mano hacia abajo y le busca la vulva. Comienza a masajearla sobre la tela y observo cómo el cuerpo de Claudia responde de inmediato, retorciéndose. Siento otra descarga de excitación y de celos. Ella lleva las manos a su pecho, dubitativa, y acaricia la tela de su camisa, muy despacio, como tratando de evitar herirme con gestos de evidente iniciativa y deseo, pero no hace más que empeorar las cosas y excitarme doblemente.

Comienza a desabotonarle. Yo pienso para mí: «no trates de engañarme, deseas acariciar su pecho, sus músculos», y esta idea me subleva y me provoca. Retira su camisa y la lanza al suelo, cerca del ropero. Observo el cuerpo fibroso de Marcelo y me quema la envidia. Ella lo estudia con sus dedos: «te gusta, ¿verdad?», pienso, y ardo de deseo. Fantaseo con la idea de que sólo ha sido un gesto natural, sin ninguna intención, pero acto seguido la veo sacar su lengua y empezar a lamerle los pezones. Se me eriza el pelo. «Zorra... », me digo. Él echa su cabeza hacia atrás y disfruta con el roce del apéndice carnoso. Yo me toco con desesperación los pantalones. Mi polla necesita más espacio, y pienso dárselo de un momento a otro.

Él le agarra la melena y la aprieta contra sí, para que siga lamiéndole. Al cabo de unos segundos, le sujeta la cara con las dos manos y le come la boca con fuerza. Ella se deja hacer, inerme, anclada con las manos a sus hombros tensos. Comienza a bajar con su boca por el cuello hasta alcanzar las

montañas de carne blanda custodiadas por el sujetador de encaje. Veo cómo resplandece su piel blanca por allí por donde ha pasado su boca, dejando un rastro de saliva.

La rodea con los brazos y busca el cierre del sujetador. Lo abre, desliza las tiras sobre sus hombros y las hace pasar por sus brazos, lanzándolo lejos, a un lado de la habitación. Sus pechos blandos, adornados con las dos fresas puntiagudas, quedan bamboleantes frente a él, que se aleja unos centímetros para admirarlos, salivando, sabedor del banquete que le espera. Ella se deja observar y aprovecha ese instante para mirarme fijamente a los ojos durante unos segundos, mostrándome sus pechos trémulos indefensos, brutalmente excitada, como diciéndome: «mira lo que va a ocurrir».

Se acerca, la sujeta con una mano por la cintura y con la otra la obliga a echarse hacia atrás, empujándola por el hombro. Sus pechos quedan expuestos y él se inclina para mamarlos, pasando de uno a otro. Oigo las chupadas intensas en el silencio de la habitación y observo el brillo de sus pezones tiesos, embadurnados de saliva. Ella se cuelga de su cuello con una mano, acaricia su pelo con la otra, me mira a los ojos girando su cabeza, y le atrae hacia sí con fuerza para que siga mamándola. «Pedazo de puta», grito por dentro. Llevo mi mano a mi cinturón. Sin dejar de mirarla, me lo desabrocho, descorro la cremallera y me saco la polla. Ella, cruel, se olvida de mí y cierra los ojos echando su cabeza hacia atrás, su espesa melena colgando suelta. Me pone como loco. «Estás disfrutando, ¿eh, zorra?», resuena mi voz en mi cabeza.

Veo a Marcelo acuclillarse ligeramente y llevar sus manos a las pinzas del liguero. Las suelta una a una y las tiras quedan bailando sobre la carne redonda de sus caderas y sus nalgas. Comienza a bajarle las bragas. Éstas se deslizan sobre las medias y caen al suelo. Ella saca una pierna y con la otra empuja las bragas en mi dirección, aterrizando junto a mis pies. Yo me inclino a recogerlas, me repantigo de nuevo en el sofá, me agarro la polla con una mano y con la otra huelo sus bragas sin dejar de mirarla a los ojos. Me muero

de deseo. «¿Ya estás así de húmeda, so puta?», me digo. Sigo aspirando su olor con fuerza. «Estas empapada, perra. Estás deseando que te la clave, ¿verdad?», continúo diciéndome, martirizándome con mis propios pensamientos, cada vez más excitado.

La mano de él le busca la vulva. Veo cómo sus dedos hurgan en su raja y se introducen. Ella se cuelga de su cuello y se deja manipular el coño. Mi polla se hincha y se estremece. Tengo que contenerme constantemente para no correrme. No quiero correrme. No debo correrme.

Veo su pelvis moverse rítmicamente con sus caricias obscenas. Luego, él la empuja hacia atrás unos pasos y la hace sentarse en el borde de la cama. Se arrodilla ante ella y la descalza. Lleva las manos a uno de sus muslos y tira del ribete de la media, descubriendo lentamente su carne blanca hasta la punta de su pie, que ella estira combando el empeine. Él lo sujeta con sus manos y comienza a besar sus dedos, a metérselos en la boca, a lamer el arco de la planta y la curva pronunciada del empeine, surcado por finas venas. Vuelve a hacer lo mismo con la otra pierna. Y entonces, para mi propia sorpresa y humillación, ella se desliza hacia el dentro de la cama, abre sus piernas, flexionándolas, y ofrece su sexo con impudicia, colocando sus pies desnudos en el borde del colchón y esperando receptiva su boca, mientras me mira de nuevo a los ojos. «Maldita zorra, cómo te deseo», me digo, «así, ábrete para él, so puta».

Marcelo comienza a lamerla. Ella se echa sobre la cama, su melena desplegada como un abanico. Cierra los ojos y deja que tome su jugo. Lleva una mano a su pelo y lo acaricia, empujándolo hacia sí para sentirlo más intensamente. Noto cómo su pelvis se retuerce instintivamente, como deseando una polla, y me muero de celos, de rabia, de excitación. Él le introduce dos dedos mientras hace vibrar su lengua sobre el clítoris, que descubre con la otra mano. Oigo el chapoteo que producen sus dedos al penetrar su vagina empapada, que sigue subiendo y bajando; oigo sus jadeos, su respiración agitada. Me pone como loco. Marcelo sube con su boca por el vientre agitado,

dejando un rastro de saliva, y empieza a comerle los pezones, pasando de uno a otro, succionando con fuerza, empapándolos, pellizcándolos con suaves mordidas, mientras le sigue atravesando el coño con sus dedos. Claudia contorsiona su cuerpo como una serpiente, aprieta los ojos, casi en un gesto de dolor, y se corre bajo el cuerpo de Marcelo, que se detiene para darle un momento de respiro, sacando despacio los dedos de su vulva congestionada.

Tras unos minutos, ella se incorpora, separa su cabeza de su vulva y le invita a ponerse de pie. Vuelve a sentarse en el borde de la cama, sofocada. Sus mejillas son del color de la grana. Le acaricia las perneras del pantalón y luego levanta la barbilla hacia arriba, buscando sus ojos. Él le acaricia la melena, impaciente. Ella baja la mirada y gira su cara buscándome a mí, desterrado al rincón del dormitorio, humillado, limitándome a masturbar mi pene erecto como único consuelo.

Su cara está casi rozando el bulto de su entrepierna. Yo estoy a punto de pronunciar: «no lo hagas, Claudia». Y ella, como si me estuviera oyendo, lanza su mano a su paquete y empieza a acariciarle el miembro inflamado bajo los pantalones. Siento un latigazo de excitación: «Pedazo de zorra», me digo. Tras masajearlo unos segundos, le desabrocha el cinturón y le baja la cremallera. Los pantalones caen al suelo, a sus pies, y su pene rebelde amenaza con atravesar los calzoncillos. Ella le quita los zapatos y los calcetines y se vuelve a incorporar. Coloca sus manos en sus muslos fibrosos, acariciándolos, y se muerde el labio sintiendo la proximidad del miembro palpitante. Me lanza una nueva mirada y echa sus manos a la cinta de sus calzoncillos. «No lo hagas», repito en silencio, cada vez más excitado. Tira hacia abajo y un miembro rígido, venoso y enorme sale disparado hacia delante, golpeándole en la barbilla con la punta tumefacta. Ella suelta un leve quejido y entreabre su mandíbula, expresando con un gesto de asombro su desconcierto por las proporciones de Marcelo. Me hiere en lo más profundo. Desearía saltar de mi sillón, abalanzarme sobre ella y follármela con rabia. Estoy que exploto de deseo. «Y lo peor está por venir», me digo.

Como si su única misión fuera torturarme, Claudia sujeta el miembro con su mano y empieza a masajearlo despacio. El capullo cárdeno se esconde y vuelve a salir bajo la piel que se retrae y se estira. Sin las más mínima consideración hacia mí, ella se lame los dedos, escupe en la palma de su mano y vuelve a frotarlo. Segundos después, lanza la punta de su lengua hacia fuera en busca del glande y comienza a lamerlo, haciéndola vibrar sobre la ranura. Un hilo de líquido seminal queda colgando. Ella lo recoge y se lo traga. Mete el capullo en su boca y comienza a succionar con fruición, cerrando los ojos, deleitándose. «Cómo disfrutas, zorra, lo estabas deseando», me digo, abrasándome con mis propios pensamientos.

Él le acaricia la melena y la ayuda a chupar. Comienza a soltar ligeros jadeos de placer. La cabeza de ella va y viene en un idéntico movimiento contrapuesto al de su pelvis, como los extremos de un resorte que se expande y se contrae. Yo debo dejar de tocarme si no quiero correrme en ese mismo instante. La imagen me golpea como un látigo y necesito desviar la mirada. Él se inclina hacia abajo y le masajea los pechos, mientras ella se traga su mástil. Las succiones retumban en la habitación, para mi propio sufrimiento, pues en cuanto huyo de las imágenes, soy hostigado por sonidos perturbadores.

Agotada de mamar, él la toma por las axilas como si fuera una muñeca y la pone de pie. La sube sobre la cama, boca arriba, hacia el centro, y le abre las piernas con obscenidad, exponiendo su sexo rosado y húmedo. Se acerca de rodillas hacia ella, empapa sus dedos con su saliva y embadurna la entrada de su vagina. Se agarra el miembro con la mano, se sitúa en medio de sus piernas y lo introduce despacio, empujando con su pelvis, hasta que se pierde dentro por completo. Yo, obstinado en procurarme la mayor humillación, busco la cara de ella para registrar cada uno de sus gestos. En el momento de penetrarla, observo cómo abre de nuevo su mandíbula, en un gesto de asombro, y deja por un segundo sus ojos en blanco, recibiendo con su sexo la embestida de Marcelo. Me muero de celos, quisiera follármela, clavársela hasta el fondo mientras le grito: «toma, viciosa. Te encantaba su pedazo de

rabo, ¿verdad?».

Él le sujeta las piernas sobre sus brazos crispados, perlados de sudor y surcados por gruesas arterias. Su culo va y viene mientras le perfora el coño a mi mujer, que se le ofrece abierta con impudicia. Marcelo suelta sus piernas, se inclina hacia delante y comienza a taladrarla con los brazos apoyados a sus costados, con sus músculos en tensión. Un hilo de sudor le surca la espalda hasta donde nacen sus nalgas. Sus testículos cuelgan en la bolsa de su escroto y golpean el coño de Claudia al ritmo de sus embestidas. Ella alza las piernas y las enreda sobre su cintura, atrayéndole hacia sí. «Así, métetela toda, puta, no dejes que se te escape», me digo.

Marcelo se retira hacia atrás, sacando de dentro de ella su miembro brillante y entumecido, le sujeta una pierna y la hace voltear, pasándola por encima de su cuerpo: la quiere a cuatro patas. Claudia, con su cuerpo perlado también de sudor, se coloca delante de él, arquea su espalda y le ofrece la vulva abierta en una postura obscena, como si fuese una perra, con su impresionante culo en pompa, mientras me clava los ojos una vez más, martirizándome. La imagen me destroza, me humilla, me vuelve loco de excitación. Con su brazo retira hacia un lado su melena revuelta, y, sin dejar de mirarme, me ofrece los gestos que se escribirán en su cara cuando reciba la nueva embestida de Marcelo. Éste se acerca por detrás con su miembro en una mano, posa la otra en una nalga y se la clava hasta el fondo. Ella abre su boca, suelta un «ah» quejumbroso y vuelve a poner los ojos en blanco, sintiéndose atravesada por dentro. Yo me siento atravesado por esta imagen. «Zorra, perra viciosa», oigo retumbar en mi mente.

Él vuelve a penetrarla aumentando el ritmo poco a poco. Oigo los chasquidos de su pelvis contra su culo, que queda vibrando con cada embestida. Sus pechos cuelgan y se bambolean libremente. Ella empuja hacia atrás su cuerpo para tragarse con su cavidad lubricada el falo enhiesto del macho. Ambos respiran con agitación y jadean por turnos. La escena me conmociona. No puedo aguantar más. Me masturbo como un poseso, cerrando

los ojos y volviendo a abrirlos para torturarme una vez más con la inquietante imagen. Llevo de nuevo a mi rostro las bragas húmedas de mi mujer y las huelo mientras doy las últimas sacudidas a mi polla. Después de tantos minutos conteniendo el orgasmo, me corro abundantemente sobre las bragas. No logro recoger todo el semen con la pequeña prenda y me mancho la ropa. Respiro agitadamente, jadeo, tomo aliento. A medida que me recupero, voy tomando conciencia de la escena que está teniendo lugar sobre mi cama de matrimonio.

Marcelo jadea agitadamente y penetra a Claudia con fuerza, dejando marcas rosadas en la carne de sus nalgas, allí donde sus manos la tienen asida. Ella gime con sus embestidas, cerrando los ojos y acompasando su cuerpo al de él, empujando hacia atrás para recibir cada punzada de su miembro. Ante la llegada del orgasmo, Marcelo levanta su barbilla hacia el techo, aprieta los párpados y gruñe como un oso, descargándose dentro de ella. Me imagino esos chorros cremosos regando el interior de mi esposa y un fogonazo de excitación me abrasa por dentro. Veo a ambos aflojarse, caer relajados sobre la cama, uno al lado del otro, el miembro de él saliendo de dentro de ella, debilitado, húmedo. Recuperan el aliento.

Una vez que Marcelo se hubo ido, Claudia y yo regresamos al salón, ya acicalados y perfumados, y nos echamos en el sofá central, ante el televisor, ambos en ropa interior. Ella está recostada sobre mí y me hace dibujos con un dedo en el pecho y en el brazo. Yo hago lo mismo sobre su espalda. Las imágenes de hace unas horas nos golpean sin parar, aturdiéndonos. Seguimos conmocionados. Miramos la televisión pero realmente no la vemos ni la oímos. Estamos absortos, cada uno en su película morbosa e impactante. Siento que mi cuerpo se activa por momentos, que se estremece con este tren de imágenes perturbadoras. Ella debe estar experimentando lo mismo.

—¿Te ha gustado? —le digo por fin, susurrando.

—Sí... —responde, contenida—. ¿Y a ti?

—Mucho... —contesto—. Muchísimo.

Silencio. Nuestros dedos juguetean de nuevo con la piel de nuestros

cuerpos, temblorosos, inquietos, haciendo dibujos imaginarios.

—Vi cómo… se la chupabas... cómo hacías vibrar tu lengua en la punta —le digo, hirviéndome de nuevo la excitación.

—Sí, lo sé... —me dice. Medita unos instantes—: ¿Te gustó ver cómo me la metí en la boca?

Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

—Me pusiste como una moto —le contesto contenido—. Tenía ganas de saltar sobre ti y de follarte bien duro —continúo yo—. Y tus bragas... estabas empapada. Las olí...

La veo removerse sobre mí, temblorosa, con su cabeza apoyada aún sobre mi pecho. Debe estar notando cómo mi corazón vuelve a acelerarse.

—Me puso como loca verte mirar cómo me la metía —me dice sin volver la cara.

—Lo sé... —le digo—. Vi cómo te ofreciste a cuatro patas para que te penetrara. Quise matarte y follarte a la vez.

Ella levanta el rostro y me besa en la boca, usando su lengua. Yo le sujeto la cabeza con las dos manos, empuñando su melena con rabia contenida, celoso, y la miro fijamente a los ojos. Paso mis dedos por sus labios carnosos, extendiendo los restos de saliva. Siento que la deseo. Me bajo del sofá, la tomo de la mano, con determinación, y me la llevo al dormitorio, a la cama, donde volvía a haber sábanas limpias.

10

Gemidos en el despacho

El ambiente del cuarto estaba sobrecargado. Llevábamos horas preparando un proyecto para un simposio sobre el autismo, sentados uno junto al otro delante del ordenador. No me di cuenta hasta que salí del despacho para dirigirme al baño. Eran ya cerca de las once de la noche. Los demás compañeros del gabinete de psicopedagogía donde trabajábamos ya se habían ido a sus casas.

—Yo no puedo más —le digo irguiéndome en la silla, masajeándome el cuello. —¿Lo dejamos por hoy? Ya no sé ni lo que leo.

—Venga, mujer, sólo un par de horas más —me dice frunciendo el ceño, mirándome como solía hacer, fijamente.

—¿Un par de horas más?, ¿pero tú qué es lo que tomas? —le digo usando ese tonillo de indignada que no me creía ni yo misma y que solía emplear con él. Ya nos conocíamos demasiado bien. Al pronunciar la frase, su cara impostada de cascarrabias dio paso de inmediato a una amplia sonrisa. Le encantaba incordiarme. —Quédate tú, si quieres. Me voy a hacer un pis y recojo.

Al traspasar el umbral, noté el aire más fresco y limpio, libre de las emanaciones con que nuestros cuerpos tibios habían inundado el despacho durante horas. El contraste me dio en la cara.

—No dejes abierta la puerta del baño —me dice—, como haces siempre, que no quiero oír tus chorritos de alivio.

Me quedo parada en el pasillo. «¿Como hago siempre? —pienso para mí—, ¿pero qué está diciendo este energúmeno?» Doy media vuelta y estoy a punto de regresar al despacho cuando caigo de nuevo en la cuenta de que ha puesto en modo "on" su maquinaria pesada para sacarme de quicio. Estoy a punto de soltar una carcajada pero me reprimo. Me llevo la mano a la boca, sofocando la risa, y vuelvo a dar media vuelta para dirigirme al baño. Cuando logro recomponerme, le suelto mientras camino:

—Tranquilo, que ya la cierro. Es que yo pensaba que te gustaba oírme... —le digo sin poder evitar reírme, mordiéndome el labio cuando hube terminado la frase.

Dentro del baño, con las bragas en las rodillas y la falda remangada, no puedo evitar sentirme algo inquieta, para mi sorpresa, por que él pudiera estar oyendo «mis chorritos de alivio». Me cruzaban por la mente pensamientos absurdos. Diego tenía la habilidad de ponerme "nerviosa" con sus tonterías.

A menudo, cuando yo trabajaba en el ordenador y los demás compañeros estaban en sus despachos enfrascados en sus trabajos, atendiendo a algún niño con problemas de dislexia o de atención, Diego aprovechaba para acercarse al mío y ponerse a observar por encima de mi hombro, muy serio, el texto que yo tenía a medio redactar. Sin decir una palabra, acercaba su dedo índice a la pantalla, tieso como una flecha, y me hacía notar el error de ortografía, de semántica, de puntuación o cualquier otra cosa que le sirviera para incordiarme. Yo soltaba un bufido, y a continuación le decía algo como:

—¿Por qué no te metes el dedito donde te quepa, guapo?

—Yo sólo intento ayudar —seguía diciendo muy serio, haciéndose el agraviado.

—Sí, ya, claro, por supuesto. Anda, niño, métete en tus cositas —le decía yo, empujándole, sin ninguna convicción. Él se quedaba allí, apoyado en el respaldo de mi sillón, mientras yo trataba de seguir escribiendo, cada vez más "nerviosa". Yo tenía mis razones para estarlo.

—Muy bonito ese color —me soltaba. Yo me quedaba descuadrada un momento, hasta que lograba encajar el comentario.

A mí sí que me subía el color y el calor hasta las orejas. Yo trataba de no despegar la mirada de la pantalla, ruborizada. Se refería a mi sujetador. Tenía la manía de mirarme el escote desde arriba y decirme estas tonterías.

—Me alegro tanto de que te guste —le decía yo, aparentando hastío, como si estuviera de vuelta de todo, pero ¿a quién iba a engañar?

—Sí, sí, muy bonito ese azul pálido, por no hablar del encaje. ¿No crees que se te ve demasiado?

«Me lo cargo», pensaba yo para mí, tirando instintivamente hacia arriba de la solapa de mi camisa de cuello, sin mangas, color salmón, que me había puesto ese día. Después, volvía a empujarle para que se fuera:

—Anda, bonito, vete a decirle a tu tía la ropa que tiene que ponerse —y él se marchaba, partiéndose de risa.

Por culpa de estas tonterías, me vi en más de una ocasión delante del espejo, antes de salir para el gabinete, por la mañana, pensando si se percataría de mi nuevo modelito. «¿Será posible?», pensaba yo para mí.

En el baño, aún inquieta, y con las bragas en las rodillas, cojo un trozo de papel y me limpio. Tiro de la cadena, abro la puerta y me dirijo al despacho. Al traspasar el umbral, el ambiente cargado vuelve a invadirme: el cuarto huele a nosotros. Con paso perezoso, camino inconscientemente hacia la silla que había ocupado minutos antes, pero algo me detiene. Es su cara. Está mirando fijamente a la pantalla, con el rostro inmóvil, muy serio. Me quedo parada en medio de la sala.

—¿Qué te pasa?

Él no se inmuta, y tampoco me contesta. Sigue mirando la pantalla, concentrado, los ojos muy abiertos.

—¡Eh, niño!, ¿qué te pasa? Estás muy serio.

En vista de que no me contesta, avanzo unos pasos por el despacho y me asomo a la pantalla del ordenador. Quiero ver qué es eso que le tiene tan abstraído. ¿Y con qué me encuentro?

—¡Pero qué haces!, ¿estás loco? —le digo con la boca abierta, echándome instintivamente hacia atrás, como alejándome de una fuente de infección. Estaba viendo una película porno, ¡en el despacho! Yo me llevo la mano a la boca y noto una ráfaga de calor invadiéndome el cuerpo. El corazón se me acelera por momentos. ¿Y qué hace él? Sonríe abiertamente, borrando de un tirón su expresión de seriedad, y me dice:

—¿No querías relajarte? Pues esta me parece una forma estupenda.

Por un segundo, no sé cómo reaccionar, sigo con la boca abierta, bloqueada ante la escena. Aunque nunca sé si se me nota, sé perfectamente cuándo me sucede, y en ese preciso momento sentí cómo el rubor invadía mis mejillas. No supe dónde meterme. El corazón me batía con redobles. Decido irme al pasillo, sofocada. Mientras me alejo, veo que él no se mueve de la silla y sigue mirando la película, impasible. Ya en el pasillo, trato de respirar el aire limpio, hacerlo penetrar dentro de mí con la esperanza de recobrar la serenidad y "desintoxicarme" del ambiente viciado del despacho. Pero es en vano. La escena me atrae como un imán. Además, Diego no me facilita las cosas. Desde el pasillo, oigo que me dice:

—¿Quieres calmarte? No es más que un entretenimiento inofensivo.

Yo sigo acelerada, caminando arriba y abajo. Le digo:

—Desde luego, vaya un entretenimiento para practicarlo en mi despacho —le digo excitada. La acústica del pasillo hace que mi voz parezca como salida de una cámara de resonancia.

—Pues yo no veo qué tiene de malo.

Sigo nerviosa, dando pasitos inquietos adelante y atrás. Desde allí, creo escuchar lo que parecen ser jadeos, concretamente los de una mujer que parecía estar pasándoselo «muy bien». Ese sonido me enciende, espolea mi pulso y mi curiosidad morbosa, haciendo que me fuera aproximando cada vez más a la puerta. A medida que me acercaba, escuchaba cada vez con más claridad aquellos jadeos entrecortados, y mi excitación aumentaba a cada segundo. Finalmente, en un arrebato, sin saber muy bien qué estoy haciendo, asomo la cabeza por el umbral y veo que él sigue sin quitar el ojo de la pantalla. Y lo que es peor aún: tiene el pantalón desabrochado y veo que se ha sacado el pene.

Me quedo petrificada, con la boca abierta de par en par, que tapo con la palma de mi mano. Por un segundo, no sé si darme la vuelta. La imagen me deja sobrecogida. Le observo tocarse su miembro erecto arriba y abajo,

suavemente, el glande rojo e hinchado bien visible, como una enorme guinda ensartada en un palo. «Qué gruesa la tiene», me sorprendo pensando. De pronto, gira la cara y me mira fijamente. Le noto muy ruborizado, pero quiere aparentar tranquilidad. Me pilla mirándole el miembro y me pongo roja como un tomate. Retiro mi mirada, totalmente turbada, sin saber dónde posarla.

—¿Qué te pasa? —me dice con tono impasible, sin dejar de tocarse. Yo no sé para dónde mirar, esquivo su sexo desviando los ojos, mirando a todas partes, con las manos temblorosas alrededor de mi boca. Vuelve a intervenir:

—¿Te quieres tranquilizar? —me dice levantando la palma de su mano izquierda, mientras con la otra sigue acariciando su sexo.

Yo no sé qué hacer, camino adelante y atrás, inquieta, dando pequeños saltitos, pero me resisto a salir del cuarto. Él no deja de mirarme, mis ojos viajan por toda la estancia, las paredes, el techo. Llevo mi mano a la frente, haciendo pantalla, pero la visión de su pene hinchado parece colarse allá dondequiera que miro.

Él me obvia, sigue a lo suyo, y deja de prestarme atención. Gira la cara de nuevo al monitor, y me dice:

—Cálmate, anda.

El ordenador sigue emitiendo fuertes jadeos. Sigo de pie, dando pasos alrededor del cuarto, acalorada, con el corazón bombeándome aprisa, excitada por aquellos gemidos perturbadores. Siento unas ganas tremendas de averiguar por qué esa mujer está disfrutando tanto. Así que rodeo la mesa y me asomo a ver qué está ocurriendo, haciendo enormes esfuerzos por esquivar la presencia de su pene, tan cerca de mí. Veo a una mujer morena, abierta sobre una mesa, descalza y con las piernas alzadas. Se sujeta con una mano la falda alrededor de la cintura, amontonada, y con la otra empuja la cabeza de un chico, desnudo de medio arriba, que está lamiéndole la vulva. Sus pechos están desnudos. Ella echa la cabeza hacia atrás, emitiendo gemidos entrecortados y moviendo instintivamente su pelvis, mientras la lengua puntiaguda del chico vibra sobre su clítoris.

Diego se da cuenta de que estoy observando la escena, boquiabierta, y, sin mirarme ni un momento, estira el brazo y arrastra la silla vacía hacia sí, colocándola a su lado, para que yo me siente. Yo lo hago, nerviosa como la gelatina, y desplazo la silla hacia atrás, colocándome a diferente altura, más retrasada que la suya. Lo hice, quizás, motivada por mi vergüenza y mi pudor, pero enseguida me doy cuenta de que de esta forma lograba una perspectiva perfecta para observar su maniobra con su polla, que a estas alturas estaba completamente erecta, y de la escena tan caliente que estaba teniendo lugar en la pantalla.

Yo no podía estar más colorada, más nerviosa y más acalorada. Gracias a Dios, él no podía verme, así que me daba igual. Verle tocándose la polla delante de mí sin ningún pudor y verle disfrutar de la escena pornográfica sin prestarme la más mínima atención me puso cardíaca, cachonda perdida. Comencé a sentir un cosquilleo en mi entrepierna, notaba cómo se me humedecía por momentos. Empecé a presionar mis muslos entre sí, buscando ese roce y activando los músculos de mi vagina.

Haciendo el menor ruido posible, comencé a acariciarme un pecho sobre la camisa. Notaba cómo el pezón empezaba a erizarse. Llevé mi otra mano a mi entrepierna y comencé a frotarme por encima de la falda, conteniendo mis ganas de subírmela y acceder a mi sexo.

Pronto me noté tan excitada, que en un acto de valentía o de inconsciencia —porque en estas ocasiones debo confesar que se me nubla el entendimiento y no sé muy bien lo que hago—, me levanté la camisa, evitando hacer cualquier ruido que le hiciera sospechar, y empecé a tocarme los pezones sobre el sujetador de encaje, haciendo brincar mis ojos desde el ordenador hasta su polla y desde su polla al ordenador, excitada como una mona. Pero enseguida el contacto áspero del sujetador me resultó molesto y me lo subí también, despacio, sin hacer ningún ruido que pudiera invitarle a mirar, y dejé mis senos al descubierto. Me ardían las mejillas. No podía creer lo que estaba haciendo. El temor de que él girara la cabeza me hacía temblar,

pero al mismo tiempo me ponía como una moto. No podría soportar que me viera de esa guisa, con los pechos desnudos, dejándome llevar de esa manera, sin ningún control sobre mi deseo. «Si me mira, me muero», pensaba para mí, aunque en el fondo deseaba que lo hiciera.

Comencé a acariciarme los pechos y a pellizcarme los pezones con los dedos. Estaba cada vez más cachonda, y rezaba para que no volviera la cabeza y me viera así, tan «desordenada», como habría dicho mi madre. Pero no podía parar de tocarme, y, a medida que lo hacía, iba necesitando cada vez más. Confiada y un tanto tranquila de que él siguiera a lo suyo, me incorporé un poco para subirme la falda y poder acceder a mi entrepierna. Pero justo en ese momento él gira la cabeza y a mí se me sacude todo el cuerpo. Allí estaba yo, tratando de subirme la falda, con la camisa y el sujetador recogidos hasta el cuello, los pechos colgándome desnudos, y él observando todo el cuadro. Para más inri, me dice impasible, con una ligera sonrisa en la cara:

—¿Qué haces?

Yo me quedo de piedra, ridícula en aquella postura y con aquella pinta, roja como una granada, y no se me ocurre otra cosa que decir:

—Lo mismo que tú —y me siento muy despacio, continuando con mi propósito, que era remangarme la falda para tener libre acceso a mi sexo. Él me observa hacerlo, echando una ojeada tranquila a mis bragas expuestas y me dice:

—Pues me parece muy bien.

Él gira su cabeza, se concentra de nuevo en la pantalla del ordenador y los dos continuamos tocándonos: él, su miembro enhiesto y yo, mi vulva húmeda sobre la tela de la ropa interior. Mis mejillas debían estar del color del *ketchup*, pero ya no me importaba. ¿Acaso podían "empeorar" más las cosas? Así que metí mi mano por debajo de las bragas y comencé a tocarme el sexo. Lo tenía empapado, y, para mi mayor vergüenza, comenzaba a notar mi propio olor flotando en el aire. «Dios mío, ¿lo notará él también?», pensaba. «Estás loca, Pilar», seguía diciéndome sin parar de tocarme.

Yo estaba cada vez más cachonda. Después de unos minutos, algo se apodera de mí de nuevo y me veo arrastrando mi silla hacia delante, colocándome a su altura. Lanzo el brazo hacia su entrepierna, le agarro la polla y hago que retire la suya, cosa que él hace encantado, dejándola apoyada sobre su muslo mientras yo lo manipulo. Se la sujeto con el puño y siento el calor que desprende, su grosor, su dureza: ¡qué dura la tenía! Tengo el cuerpo electrizado de excitación. No puedo dejar de tocarme el sexo y los pechos mientras se la acaricio despacio, arriba y abajo, manchándome el borde de la mano con las lágrimas que brotan por la punta brillante.

Casi de inmediato, él desliza su mano izquierda sobre mi muslo desnudo y me busca la raja, que yo le ofrezco abriendo un poco las piernas. Enseguida alcanza su objetivo y yo empiezo a notar sus dedos acariciarme sobre la tela húmeda. Entonces acudo en su ayuda y, con mi mano izquierda, retiro las bragas hacia un lado y se la ofrezco desnuda. La excitación me hace temblar. Él comienza a tocarme, primero acariciando abajo y arriba, suavemente, con la palma de la mano, y luego presionando sobre el clítoris, haciendo círculos, y metiendo poco a poco sus dedos en mi cavidad. Yo cierro los ojos por el placer que me produce, sorprendida y avergonzada al mismo tiempo por tener tan poco control sobre mí, entregada, sin creerme lo que está sucediendo.

Sus dedos se introducen cada vez más en mi interior, al tiempo que me roza el clítoris con la palma de la mano. Me encanta ese roce. Yo no puedo dejar de pajearle. Me encanta sentir su grosor y su dureza. Le miro a ratos la cara y le veo cerrar los ojos, deseoso de que yo siga tocándole, lo cual me excita todavía más. Los jadeos y los gemidos procedentes de la pantalla comenzaban a mezclarse con nuestras respiraciones, cada vez más agitadas. Aunque trato de controlarme, mi pelvis se agita ante el contacto habilidoso de sus dedos. No me reconozco, ahí abierta sobre la silla, ofreciéndole mi sexo, con mis pechos por fuera del sujetador y haciéndole una paja mientras vemos una escena porno.

De pronto, a causa de las sacudidas de mi mano, su pelvis comienza a moverse más y más aprisa, como si estuviera penetrando una vagina. Los movimientos de mi brazo se acompasaban con los suyos, y, más que tocarle yo a él, se diría que él me penetra la mano. Los primeros chorros de semen comienzan a brotar, salpicando el borde de la mesa. Luego, el líquido perlado, espeso y caliente, empieza a derramarse sobre mi puño, que, como yo no dejara de moverlo por todo lo largo de su grueso mástil, comenzaba a hacer ruidos de chapoteo, como si se deslizara sobre un lubricante. Cuando terminó de correrse, retiré mi mano de su polla con cuidado, tratando de retener su corrida sin mancharle la ropa en lo posible.

Sostuve mi mano en el aire, indecisa, sin saber qué hacer, porque él continuaba tocándome el sexo. Sus dedos, completamente húmedos de mi flujo, seguían acariciándome el clítoris y penetrándome la vagina, que ya comenzaba también a chapotear. Lo hacía de maravilla. Realmente habría deseado tener su polla dentro. Aturdida de nuevo por el placer, mi pelvis comenzó a entregarse a sus caricias obscenas moviéndose autónomamente, mientras yo me dedicaba, olvidada ya de todo, a acariciarme los senos y a pellizcarme los pezones, manchándolos del semen que había quedado adherido a mi mano. Sin yo darme cuenta, mis piernas se habían ido abriendo poco a poco por sus tocamientos, hasta que finalmente, ofrecida como estaba, me entregué a un brutal orgasmo que me dejó exhausta durante unos instantes.

Mientras recupero el aliento, le veo a él, con el rabillo del ojo, sacar varias toallitas de una caja que tiene a su alcance y limpiarse el miembro. Me gusta ver su cara de tranquilidad, su impasividad. Luego, seca el chorro de semen que se extendía sobre la mesa, con parsimonia, saca tres toallitas más de la caja, me mira fijamente a los ojos, sonriendo, y me las ofrece. Su mirada fue como un bálsamo. Yo le sonrío a mi vez y siento que mi cuerpo se destensa, me relajo, y comienzo a secarme el sexo y los pechos, que brillaban en algunas zonas, manchados aún de su semen.

El ordenador seguía emitiendo sonidos, pero ahora nos llegaban

amortiguados, como una sintonía molesta que ha perdido todo el interés. Me recompuse las bragas, me bajé la falda, me bajé el sujetador y la camisa y me puse de pie. Las piernas me temblaban ligeramente. Me dirijo despacio hacia el baño sin decir una palabra.

Ya dentro de él, con la puerta cerrada, me echo las manos a la boca, desconcertada, y las retiro enseguida, pues me llegan de inmediato todo tipo de olores, tanto suyos como míos. No doy crédito a lo que acabar de suceder. Me aseo despacio en un estado de conmoción, a ratos mordiéndome los labios y a ratos sonriendo maliciosamente. Me asaltan mil imágenes, una tras otra. Durante el tiempo que estoy acicalándome, sólo me preocupa una cosa: si seré capaz de salir del baño y de mirarle de nuevo a la cara sin morirme de la vergüenza. El corazón volvía a latirme con fuerza. Estaba de nuevo excitada y nerviosa, todo a la vez.

11
Entrega a domicilio

—¿Freddy? —dije casi gritando, con el móvil pegado a una oreja y con la palma de mi mano cubriendo la otra. Le hablaba mientras andaba por la acera, esquivando a la gente, camino de una cafetería.— ¡Fred!, ¿me oyes?

—Te oigo, te oigo. ¿Qué pasa, Leo, qué cuentas?

—¿Dónde estás? —contesto—, me llega mi voz rebotada.

—Estoy en el coche, con los cristales cerrados y el aire acondicionado a toda mecha. Voy de camino a los juzgados. Me demandaron.

—¿Que te qué?, ¿quién?

Fred y yo —su nombre era Alfredo, pero le llamábamos Fred, o Freddy, aunque se arriesgaba a que de vez en cuando alguno añadiera lo de Krugger— éramos propietarios de sendas sucursales de una empresa de muebles de cocina, de una franquicia alemana. A menudo teníamos que lidiar con algún que otro cliente tocapelotas. Aunque podía tratarse de cualquier otra cosa, oírle mencionar lo de la demanda hacía que sonara una campana en mi cabeza.

—Una vieja psicópata —contesta.

—¿En serio? No digas más: una cliente.

—Como si la estuvieras viendo, ¿no?

—Y tanto; hace año y medio me tocó a mí, acuérdate. ¿Y qué le has hecho? —pregunto.

—Yo no le he hecho nada, Leo —yo era Leo; me negaba rotundamente a que me llamaran Leocadio—, sólo que hay una diferencia de un milímetro en la alineación de las puertas de los armarios, ¿me estás oyendo? La mujer sacó un metro delante del chico montador, de Emilio, tú le conoces, que es un auténtico *crack*, y le mostró que había diferencias de un milímetro entre una puertas y otras.

—No te creo. ¿Te lleva a juicio por eso?

—No hubo manera de hacerla entrar en razón, Leo. Emilio estaba

desquiciado, conteniéndose para no cargarse a la vieja. Tuvo que ir varias veces a su casa y ajustar las bisagras, porque seguía poniendo pegas. Imagínatelo con el metro en la mano, calculando milímetro arriba y milímetro abajo. Era ridículo.

Yo me había puesto la mano en la boca para que no me oyera reír. A veces se daban situaciones de lo más rocambolescas con los clientes. El modo que tenía Fred de contarlo no tenía desperdicio.

—¿Y esa señora no tiene nada mejor que hacer que perseguir a Emilio con un metro?

—Exacto, nada. Es abogada; bueno, lo era, y está jubilada, ¿comprendes? Se aburre tanto que ahora se dedica a desparramar su talento como magistrada demandando a mi empresa porque los muebles de la puta cocina tienen un desajuste de un milímetro.

—Bueno, bueno, cálmate, Fred, y mira la carretera. A ver si al final vas a ir a juicio por darte una hostia contra una farola. Además, esa mujer va a hacer el ridículo.

—Eso no lo dudes. Pero me jode, como tú comprenderás. Nuestro trabajo y el de Emilio han sido impecables. Jodida perturbada... Bueno, perdona, tío. ¿Por qué me llamas?

—Pues... ¿estás solo en el coche?

—Solo, sí, ¿por?

—Porque voy a soltarte una gilipollez.

Yo le contaba todo a Fred. Era un tipo de lo más leal, por lo menos para mí, y aunque pudiera parecer que era un bocazas, por su desparpajo en la manera de hablar, era realmente una persona de confianza, muy mesurada.

—Suéltalo. En cuanto termines lo *tuiteo* —me dice.

—Me he enamorado.

Se hizo el silencio. Bueno, no el silencio, quiero decir que pasó el tiempo, porque yo seguía esquivando gente, oyendo cláxones a mi alrededor y también un compresor de aire apostado en la acera, en los alrededores de una

obra.

—Repíteme eso —dice por fin.

Su suspicacia tenía su razón de ser, y una razón de peso. Yo había pillado, hacía algo más de seis meses, a mi novia en la cama con otro hombre. Freddy y yo solíamos acudir a exposiciones de muebles y de mejoras tecnológicas relacionadas con este mercado en algunos países centroeuropeos. Estábamos fuera uno o dos días, a lo sumo. En esta ocasión, tuve que volver desde el aeropuerto a mi casa a velocidad del rayo para coger una documentación que me había dejado atrás. A mi apartamento se podía acceder desde el garaje, por una escalera interior. Cuando vi un coche desconocido en mi plaza, no caí realmente en la cuenta, pero algo empezaba a cocerse en mi interior.

A los tortolitos no les dio tiempo de nada, ni a ponerse la ropa interior. Yo me quedé helado, con los ojos como platos. Oía la voz de ella, entrecortada, tratando de dar una explicación, ¡una explicación!, pero yo no oía nada, ni pude decir nada. Se me cayó el alma a los pies. Me dirigí como un autómata al cuarto que hacía las veces de despacho y cogí los papeles que necesitaba. Al regresar por el pasillo, me la encuentro apoyada en el umbral de mi dormitorio, envuelta aún en las sábanas, con el semblante más serio y compungido que le había visto nunca, mirando al suelo. Me salió un hilo de voz, pero más afilado que un cuchillo:

—Voy a estar fuera hasta el lunes por la tarde. Cuando vuelva, no quiero ver nada tuyo aquí —le dije clavándole la mirada, sin pestañear, y sin apenas sangre en la cara, pálido como un folio.

Antes de marcharme, eché un rápido vistazo al interior de la alcoba. Un hombre se subía los pantalones con cierta torpeza, el torso aún desnudo. No me considero un hombre demasiado temperamental, pero sé que en ocasiones la ira puede hacer que te conviertas en un energúmeno. Esta vez no iba a ser así: aquel hombre que se vestía con torpeza, visiblemente martirizado por encontrarse en aquella situación, era un auténtico armario ropero.

Conduje hasta el aeropuerto sin saber muy bien cómo, porque mi cabeza estaba en otra parte. «Hostias, ¿qué te pasa?», me dijo Fred en cuanto llegué a su altura, en la sala en embarque. Se lo expliqué todo. Desde ese día, me declaré enemigo acérrimo del sexo femenino. Podía comprender perfectamente su reacción mientras conducía de camino a los juzgados.

—Hace dos meses que nos vemos —le digo—. No te cabrees, Fred, pero no quise decirte nada, porque te conozco. Pero ya no puedo mantener más el secreto. Se viene a vivir conmigo en dos semanas.

Silencio, vuelve a pasar un ángel. Después de unos segundos, por fin reacciona:

—Leo, ¿qué coño haces? —me dice en un tono de lo más áspero. Su enojo estaba tomando las riendas. Sabía por todo lo que yo había pasado, lo que me costó sobreponerme a aquel palo. Le preocupaba que me metiera en otro berenjenal. Dejé pasar unos instantes más, continuando con el dramatismo, hasta que por fin me apiadé de él.

—¡Que es broma, hombre! ¿Pero tú estás loco? —exploto en una carcajada—. ¡Ni de puta coña meto yo al enemigo de nuevo en mi casa!

—Mira que eres capullo… —dice.

—Es broma, respira tranquilo. Me he echado un ligue, nada más, pero la historia te va a encantar, no te la vas a creer.

—Ya será menos, ¿no?

—¿Eso crees? —le digo haciéndome el interesante. Y a continuación, le suelto—: Está casada, y su marido me la trae cuando quiero estar con ella.

Nueva pausa. Tras unos segundos, vuelve a reaccionar:

—Leo, no sé si es que acabo de pasar por una zona de poca cobertura o qué, pero dentro de mi coche te he oído decir que su marido te la trae para que esté contigo —me dice, sabiendo que ha escuchado perfectamente.

—La cobertura es impecable, Fred. Y no sólo me la trae, he tenido que saludarle.

Otra pausa, creo que más larga que la anterior.

—Tenías razón, me está encantando la historia. La madre que me parió. Explícame eso que acabas de decir. ¿Dices que saludaste a su marido cuando «te la trajo»?

—Es que es muy fuerte, Fred. Pero, oye, el jueves te veo, ¿no? Te lo cuento el jueves, ¿te parece?

—Joder, me dejas con la miel en los labios, pero vale, mejor, porque entre la alienada de mi cliente, que me tiene hablando solo, y ahora la historia de tu ligue me voy a terminar empotrando contra un semáforo —me dice—. Por cierto, esta vez me vendrá de miedo vapulearte. Con alguien tendré que descargar la ira acumulada por culpa de la letrada psicópata, ¿no?

Dos veces en semana íbamos a un polideportivo para echar un partido de frontón. Aunque, más que «echar un partido» debería decir «hacer de *sparring*», porque me daba unas tundas espectaculares. Fred era un auténtico martillo pilón.

—Ok, nos vemos a las seis, como siempre —concluyo.

—Venga, hasta el jueves. Deséame suerte.

—No te hace falta. Esa mujer va a hacer el ridículo, y los jueces se van a cagar en ella por hacerles perder el tiempo con gilipolleces.

—Amén, Casanova.

Y el jueves se lo conté todo. La había conocido por internet. Vivía en un barrio de Vicálvaro —yo era de Torrejón de Ardoz, a unos 25 minutos de su casa—. A decir verdad, yo seguía muy resentido con las mujeres. Había entrado en internet simplemente para echar el rato y ver si podía buscarme algún ligue, nada de compromisos. La sola idea de implicarme emocionalmente con una chica me producía urticaria. De modo que entré en contacto con Alicia, que así se llamaba. Empezamos a charlar un rato cada noche. Me ponía el portátil en la falda, sentado en la *chaise-longue* de mi salón, ponía la tele, abría el paquete de *doritos*, llenaba un pequeño bol con salsa barbacoa, y nos pasábamos el rato contándonos tonterías o comentando las evoluciones del desquiciado de Víctor Sandoval en *Supervivientes*.

Reconozco que en un principio lo único que yo quería era ligármela y tener sexo con ella, pero la chica me pareció muy simpática. Hablaba muchísimo. Sin darme cuenta, me vi abriendo el ordenador por las noches excitado por la idea de pasar un rato charlando. No es que se me diera especialmente mal vivir solo, apenas habían pasado siete meses desde que sucedió aquello con la zorra de Raquel y con el armario empotrado que se revolcó con ella en mi cama, pero ya me iba apeteciendo tener algo de compañía.

Cuál fue mi sorpresa cuando me dijo que estaba casada y que además tenía una niña. Conversábamos a través de un chat:

—Pero... ¿estás separada, entonces?

—No, no, estamos juntos —me dice divertida, encantada de verme sorprendido.

—Pues no acabo de entenderlo. ¿Y qué haces entonces hablando conmigo? —le pregunté yo, más excitado que otra cosa ante la idea de tener un rollo con una chica casada. Esta súbita barrera emocional que se establecía entre ella y yo me permitía relajarme todavía más. Era un punto a su favor y otro más en el mío, pues yo padecía de misoginia transitoria.

—Puedo hablar con quien yo quiera, no pasa nada.

Yo estaba desconcertado. En mi mente, trataba de organizar este puzle llamado Alicia y su familia.

—¿Con quien «tú quieras»? —volví a preguntar, entrecomillando las palabras.

—Sí —me dice uniendo la sílaba con un emoticono sonriente. Ella estaba encantada contándomelo.

—¿Él está ahora en casa?

—Claro, está aquí, en el salón.

Ella debía estar disfrutando de lo lindo, porque yo no entendía nada.

—Pero... ¿está ahí, contigo? ¿Sabe que hablas conmigo ahora?

—Que sí, no pasa nada, puedo tener mis amigos —me vuelve a repetir.

No supe, en ese momento, si esa palabra, "amigos", en masculino, se refería sólo a chicos.

Ok, de acuerdo —pensé—, se trata de una pareja liberal que vive su sexualidad abiertamente. Ella puede charlar con quien quiera y él, otro tanto de lo mismo.

—Ya veo… —le digo—. Sois una pareja abierta, ¿no?

—No exactamente —me escribe—. Es una historia un poco larga de contar.

—Soy todo ojos —tecleo.

Por lo visto, su marido le planteó en su momento que le gustaría verla teniendo sexo con otro hombre. La revelación la cogió totalmente de sorpresa. No fue algo que esperara, ni mucho menos. Él llevaba teniendo esa fantasía desde hacía mucho tiempo, y no sabía cómo planteárselo. Su primera reacción, la de ella, fue un "no" rotundo. Es más, fue un drama. «Pero, ¿es que entonces no me quiere?», fue lo primero que le vino a la cabeza.

Pero él continuaba fantaseando a diario con la idea. Ella, con el tiempo, no tuvo más remedio que ceder, pues él le seguía insistiendo. A partir de ese día, él inició la búsqueda de un "candidato". Se metía en páginas de contactos, en chats y foros relacionados con esta temática, y mantenía conversaciones con algunos chicos. No era nada fácil, en la red hay mucho pervertido, y el perfil que ellos necesitaban no abundaba en absoluto. Cuando el marido encontraba a alguien que parecía encajar con sus preferencias, intervenía Alicia. Ella, a regañadientes, charlaba con el posible candidato y averiguaba la impresión que le transmitía.

La empresa no parecía llevar a ninguna parte, porque Alicia se limitaba a charlar con los chicos, eternizando las conversaciones, y no terminaba de "aceptar" a ninguno. Pero a su marido se le agotaba la paciencia, así que ella debió acotar un poco su nivel de exigencia. La primera vez, se decidieron por un profesor de instituto que parecía muy educado y que la hacía sentir muy cómoda. Pero antes de concertar la deseada "cita", necesitaban pasar por un

trámite previo, y era reunirse los tres en un ambiente distendido, cara a cara, para comprobar si se daba el buen *feeling.* Alicia me lo explicó otra noche a través del chat:

—Solemos quedar en un bar de copas, o una terraza. La primera vez, con aquel profesor, yo estaba muy nerviosa. Una cosa era hablar con esos chicos a través de internet o por *whatsapp*, y otra muy distinta era tenerlos delante de mí y de mi marido, sobre todo teniendo en cuenta cuál era el objetivo de nuestra reunión.

Yo leía perplejo, y no puedo negar que la situación me producía un morbo del carajo.

—Sigue, te leo —le decía yo, excitado como una moto.

—Pues eso, charlábamos durante un rato, tomando unas copas. Mi marido es una persona muy agradable, ¿sabes?, muy tolerante. Pero es más reservado que yo. Yo hablo mucho más que él, pero necesito sentirme cómoda. Con este chico, el profesor, hablé durante semanas, primero por chat y luego por *whatsapp*. Cuando siento que son mis "amigos", por decirlo de algún modo, puedo dejarme llevar. Es como que me siento más cómoda de esa manera. Es lo único que le exijo a mi marido, y ha tenido que respetarlo. Si me presiona, me bloqueo —me dice. Había tomado carrerilla—. Y así fue como tuvimos nuestra primera experiencia con este chico. Yo estaba muy nerviosa, como te digo, pero, por suerte, pudimos romper el hielo y comencé a hablar. Y al final, ¡la única que hablaba era yo! Mi marido se había quedado casi al margen, ¿sabes? Éramos como dos amigos charlando y un tercero que nos observaba. Ahora que lo pienso, es la misma situación que cuando tenemos sexo: nosotros interactuamos y él nos mira. Aunque yo a veces le invito a que participe, ¿sabes?

Pues no, no lo sabía. Si ella hubiese estado a mi lado contándome todo aquello, habría visto que la boca me llegaba al suelo y que las babas habrían hecho un pequeño charquito a mis pies. Menudo morbazo. Ella seguía contándome:

—Se portó genial conmigo, era un chico muy educado.

—¿Era? —le apunto—. ¿Ya no le has vuelto a ver?

—Hace meses que no. Hemos tenido dos "encuentros", pero ya sabes, a mí me cuesta mucho. No te lo he dicho, pero para mí fue muy traumático. Ahora te lo estoy contando con mucha naturalidad, pero fue muy doloroso para mí. Lloré mucho, ¿sabes? No lo entendía, seguía pensando que no me quería. Y hasta que accedí a este primer encuentro lo pasé fatal. No puedo decir que mi marido me forzara, pero yo me sentí casi obligada. Insistía tanto que al final cedí, pero me sentía muy martirizada.

—Qué fuerte —escribí, por decirle algo, pero yo apenas podía creer lo que me contaba—. ¿Cómo es que seguía insistiéndote viéndote pasarlo tan mal? Se me hace difícil asimilarlo.

—No lo sé, debe ser una obsesión que tiene. Nunca fue exigente conmigo, ¿eh?, quiero decir, nunca se enfadó o me amenazó ni nada parecido. Trató siempre de mostrarse comprensivo, paciente, pero no dejaba de proponérmelo. Supongo que es algo que le excita tanto que no puede evitarlo.

—Comprendo —le digo—. Bueno, continúa. Dices que era muy educado.

—Sí, sí, me hizo sentir a las mil maravillas. Era muy detallista. Quedamos en su casa, y había preparado las cosas para que fuera todo muy agradable. En el dormitorio donde, supuestamente, iba a tomarme a mí —lo escribió tal cual, "tomarme"; yo la leía con una erección de campeonato—, había colocado velas y había puesto algunos ramos de flores frescas. Todo fue muy "suave". Tuvimos primero una pequeña charla distendida, los tres, tomando un refresco, y luego ya... ocurrió.

—Ya... —le digo. Yo en este punto me estoy comiendo las uñas, y había comenzado a tocarme la entrepierna mientras me lo contaba. No se lo dije, por supuesto. Yo la instaba a que continuara—: ¿Y cómo empezasteis? Quiero decir, ¿cómo hicisteis para dar paso al... sexo?

—Fue allí mismo, en el salón. Como te digo, la escena sexual es como

una continuación de la charla. Mi marido va participando cada vez menos hasta que termina guardando silencio y se limita a observar. El chico llevaba la iniciativa. Yo me dejé llevar. De modo que él empezó con las caricias, allí mismo, en el sofá, luego los besos, etc., hasta que me llevó al dormitorio, donde estaba todo acondicionado como te dije.

Yo trago saliva. Con mi miembro en la mano, pienso que Megan Maxwell no habría encontrado un argumento con esta potencia morbosa ni proponiéndoselo. A medida que la oía, iba aflorando en mí el pervertido sexual:

—Y tu marido… ¿se masturba mientras les observa?

—Él es muy cuidadoso, se mantiene al margen. Yo casi logro olvidarme de él, ¿sabes? De hecho, es así cuando mejor van las cosas. Pero sí, él se masturba. Y en alguna ocasión le hago una señal para que se acerque, para que participe. Pero bueno, esto es más bien una cosa mía. A él lo que le excita es mirar cómo me poseen.

Tuve que limpiarme muy rápido los dedos para poder seguir tecleando sin que sospechara nada. Me había corrido y me había pringado todo de semen.

—Ya veo —logré escribir, recomponiéndome rápidamente—. Pues vaya con la historia, ni en mis mejores fantasías. Oye, tiene un morbo tremendo, lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé. En cierta manera, yo me he acostumbrado. Sigo haciéndolo a regañadientes, pero cuando ya estoy metida en situación, puedo disfrutar de ese morbo.

—Pues menos mal que es así. Me resulta difícil imaginarte en esas situaciones si no disfrutaras lo más mínimo. Sería una tortura, ¿no?

—Supongo que sí. Por eso yo no quedo con nadie hasta que siento que es como un amigo más, hasta que me siento muy cómoda.

—Ajá, creo que voy entendiendo —le escribo.

Fred me miraba perplejo, apoyado en la pared y con la raqueta debajo del sobaco. El sudor se le había secado casi por completo de la cara. Yo había

empezado a contarle la historia entre raquetazo y raquetazo, pero le tenía tan sorprendido que no daba una. Decidió parar un momento y apoyarse en la pared para prestarme toda la atención. Cuando hube terminado, me quedé mirándolo a la cara sin decir una palabra. En vista de que él no reaccionaba, y de que la expresión de pasmo parecía que ya no iba a abandonarle nunca más, le digo:

—Ya está, eso es todo.

Seguía callado, con la mano sujetándose la barbilla. Por fin, abre la boca:

—¿Y te parece poco? No me lo puedo creer...

—Yo estaba igual que tú, tío. No podía creer lo que me estaba contando.

—Hay gente para todo —me dice abstraído, negando con la cabeza.

—Desde luego.

Se despega de la pared, da unos pasos como un autómata, mirando hacia el suelo, rascándose la barbilla con una mano, se detiene, gira la cabeza y me dice:

—¿Y qué hostias fue eso que me dijiste sobre que tuviste que saludar a su marido cuando «te la trajo»?, ¿es que tiene complejo de cigüeña?

—Pues exactamente eso, que «me la trajo». Yo les estaba esperando en la acera y ellos se acercaron en su coche. Tuve que acercarme a la ventanilla, saludar a su marido, que me tendió la mano, muy amable, e intercambiar unas pocas palabras con él, porque había traído a su mujer para que pudiera pasar una relajada velada conmigo.

El rostro de Freddy volvía a tomar el aspecto de la cera, y su boca corría serio peligro de acoger a más de una mosca. Yo volví a tomar la palabra:

—Ella tiene carné, y conduce, pero lo hace muy poco. Dice que le da miedo. Es como un pajarillo indefenso, ya te lo contaré. Su marido la lleva y la trae la mayoría de las veces, a todas partes. Sólo que en estos casos, aparte de

por las mismas razones, también lo hace por el morbo. Le excita la idea de ver al hombre que va a estar con ella, de "entregársela". Es algo muy perverso.

—¡Me cago en la hostia! —me dice sacudiendo los brazos—. Joder, es para mear y no echar gota, ¡menudo cachondeo! Por cierto, ¿cómo es ella? —me pregunta. Su curiosidad empezaba a ser también morbosa. Le conté lo que sabía.

Por lo que me había contado hasta ahora, ella trabajaba en una pequeña editorial haciendo tareas de maquetación y alguna que otra corrección de los manuscritos. Era filóloga en hispánicas. Antes de vernos la primera vez, ya nos habíamos enviado algunas fotos. Me sorprendió mucho su físico, parecía un juguete. Tenía 37 años, pero con cuerpo de niña: medía 1'52 y era relativamente delgada, pero con unas formas redondeadas que me encantaban. ¿Que si nos enviamos fotos desnudos? Pues sí, algunas. Tenía el pecho pequeño y firme, y un trasero que me puso los dientes largos de inmediato. Llevaba el pelo algo más abajo de los hombros, ondulado, color castaño oscuro y cortado de manera escalonada. Tenía los ojos de un verde muy claro, tirando a limón a medio madurar. Tremendos. Era de piel blanca, salpicada por algunas pecas y lunares aquí y allí. Tenía uno justamente en el cuello, al lado de la garganta, que pensé que yo debía morder tarde o temprano: resultaba de lo más sexi.

En resumen: me había entrado por los ojos como un disparo. Y, por lo que me contaba, yo también le gusté, aunque ella no se prodigaba mucho en este tipo de cosas. Su principal objetivo era siempre congeniar con el chico al que conocía, sentirse cómoda con él, entablar "amistad".

Verla en vivo confirmó mis expectativas con creces: era un juguete de carne y hueso. De su cuerpo emanaba una cierta fragilidad que despertaba en mí, y seguramente en cualquier hombre, la necesidad de protegerla. No sólo por las dimensiones meramente físicas, sino por su personalidad: te daba la sensación de que tenías que cuidarla. También hacía que aflorase en mí los deseos más lujuriosos, todo hay que decirlo: me daban ganas de comérmela,

literalmente. Era como un helado de vainilla doble, regado con ralladuras de chocolate y tofe. (Sus pecas y lunares debían estar colándose furtivamente en la evocación de esta imagen.)

Fred quería seguir indagando. Desistimos finalmente de jugar el partido de frontón que habíamos empezado y nos sentamos en los escalones de la grada. Nuestros pantalones cortos, sudados, dejaron una marca oscura en el cemento. Me dice:

—Bueno, Leo, y ahora al grano: ¿qué es lo pretendes hacer con ella?

A mí me salió una sonrisa maliciosa. Era una pregunta obligada.

—Fred, no voy a engañarte: me pone muchísimo, y creo que me pone todavía más por el morbo que me produce todo esto. Pero, aunque no fuera así, ella me gusta. Es una chica muy simpática, en serio. Y además está muy buena —le digo levantando las cejas y enseñándole mi dentadura. Sólo faltaba que asomaran dos colmillos afilados y un hilillo de sangre corriéndome por la barbilla.

—Pues nada, yo no veo el problema. Desde luego no vas a tener líos de tipo emocional —me dice guiñándome el ojo.

—¡Cero patatero! ¿A que es perfecto? —le digo echándole el brazo sobre el hombro y zarandeándolo.

—Menudo crápula estás hecho —me dice dándome con las cuerdas de su raqueta en la rodilla—. Por cierto, ¿cuántas veces has quedado con ella? ¿Qué han hecho hasta ahora?

Se lo conté. Sólo habíamos quedado tres veces, y no había «pasado nada» hasta el momento. Sólo quedábamos para tomar algo, para seguir charlando. La mayor parte de las veces yo le seguía preguntando acerca de su acuerdo con su marido, me generaba mucha curiosidad todo ese asunto.

En la última cita, me contó que las cosas habían tomado un camino inesperado para ella. Aunque su marido le seguía proponiendo que charlara con tal o cual chico, porque le había parecido simpático, ella había tomado por su cuenta el hábito de conversar con los que ya conocía y que la hacían sentir

bien, aparte de entrar por su cuenta en otros foros y salas de chat —que fue precisamente como me conoció a mí—. Él podía estar viendo la tele, por la noche, y ella dedicarse a conversar con "sus amigos". A mí me estaba dando la impresión de que era una chica con bastante falta de afecto. Creo que Fred empezaba a verlo como yo. Me dice:

—Me parece a mí que el pajarillo siente un poco de frío en su nido.

—Yo juraría que sí —le digo.

Le conté que la última vez que nos vimos, nos fuimos la tarde de un sábado al Parque del Retiro. Yo seguía pensando en ella sexualmente, aunque no todo el tiempo. Me excitaba mucho su físico, pero también me sentía muy cómodo con ella. Por decirlo de alguna manera, nuestros encuentros eran una extensión de nuestras charlas a través del chat. Sin embargo, esa tarde, paseando por el parque, hubo una nueva conexión que no se había dado hasta ese momento. Mientras charlábamos bajo la arboleda que circundaba el Palacio de Cristal, nos sorprendimos caminando uno junto al otro, yo con mi brazo sobre su hombro, acariciando de vez en cuando su cuello y su mejilla con la yema de mis dedos, y ella sujetándome por la cintura. Las risas y las bromas se amortiguaron un poco, y emergió, por lo menos en mí, esa especie de cosquilleo que surge con el roce de la chica que nos interesa: me sentía muy excitado.

Traté de hacer comprender a mi amigo el clima o la complicidad que se había creado entre los dos. No sé si era por esa sensación de fragilidad que me transmitía, o sencillamente por su forma de ser, pero rememorando ese día pensé que parecíamos dos adolescentes. En cierto momento de nuestro paseo —le contaba yo a Fred—, surgió el tema de qué película escoger para pasar una tarde en mi casa:

—Bueno, ¿qué me dices? —le pregunto mientras caminamos cogidos de la mano, balanceando los brazos—. Podemos ver algo relajante, no sé, alguna de Tarantino o de Scorsese —le digo sin lograr retener la risa. Ella suelta una carcajada y me contesta con su vocecilla:

—Vale, por mí muy bien. Nada mejor para relajarse que una del psicópata de Tarantino —añade riéndose, achinando los ojos. Hablaba con una vocecita cantarina, como de niña, que me resultaba de lo más curiosa—. ¿Qué te parecería *Django*? Me han dicho que hay una escena en un salón en la que la sangre brota de los cuerpos tiroteados como si fueran globos que van reventando uno a uno.

—¡La he visto! —le digo haciendo que se detenga, mirándola de frente—, y esa escena es un disparate, es exactamente como dices. ¿Tú la has visto?

—No, ni pienso verla —me contesta—. No soporto las películas violentas ni de terror —añade arrugando en rostro—. Yo había pensado en una que ya he visto, pero que no me importaría ver de nuevo, me encanta. Creo que te podría gustar.

A mí se me encendió la bombilla roja de inmediato: me iba a proponer una romántica.

—Me temo lo peor —le digo—: dispara, pero no seas demasiado cruel.

—Que no seas tonto. ¿Te gusta Anne Hathaway?

—Como actriz, sí. Físicamente, no tanto. Tiene las facciones excesivamente grandes, ¿no te parece?

—A mí me parece guapísima. Bueno, pues es la protagonista. La película se titula *Amor y otras drogas.* ¿La has visto?

Yo me quedo mirándola con el semblante recto, haciendo una mueca con los labios, y le digo con sorna:

—Vaya, qué mal pensado soy, estaba totalmente descaminado.

—¡Que no seas tonto!, en serio. No es lo que piensas. Está muy bien.

—Que sí, mujer, que no me importa —le digo, resignado—. Pero si me quedo dormido no me despiertes, ¿vale? —Ella me da con el puño cerrado en el estómago. Yo reacciono encorvándome, sujetándole la mano, haciéndola girar sobre sí y atrayéndola hacia mí, su espalda contra mi cuerpo,

abrazándola, y pellizcándola aquí y allí, como si se tratara de una niña—. Bueno, pues Hathaway se ha dicho.

Cuando miro a Fred, noto que me observa un poco perplejo, extrañado, y con una mueca de fastidio, diría yo. Duda unos instantes antes de abrir la boca, como no queriendo enredarse en una conversación que podía incomodarnos a los dos:

—Pero, oye, Leo, ¿ella sabe que tú quieres tener sexo?

—Pues claro que lo sabe, desde el minuto uno. Es que hay algo que todavía no te he contado —le digo. Él suelta un pequeño bufido.

—La virgen, ¿ hay más aún? —me dice irguiendo el torso.

—Cálmate, que esto no es para tanto. Lo que ocurre es que una cosa ha llevado a la otra, y ella ha tenido encuentros sexuales con algunos chicos sin que interviniera su esposo, sin que estuviera de espectador, quiero decir. Él la llevaba en su coche, como siempre, y ella pasaba la tarde en casa de alguno de ellos. Finalmente, sucedía lo que tenía que suceder.

—Que acababan en la cama.

—Premio.

—Joder. ¿Y dices que es un pajarito?, ¿estás seguro de que no tiene pinta de loba o de monstruo de las galletas?

Yo solté una carcajada, pero no me cabía ninguna duda de lo equivocado que estaba.

—Fred, si la vieras te sorprenderías: es un dulce, una compota. Me sorprende su fragilidad cada vez que la veo. Sinceramente, creo que, de rebote, ha encontrado la manera de conseguir un poco de afecto. No voy a marearte con los detalles, pero me temo que la relación con su marido no es todo lo "cálida" que una mujer desearía.

—Creo que me hago una idea —me dice, y después de meditar unos segundos, de abstraerse y regresar de nuevo al momento presente, me suelta como despertando de una revelación—: Oye, ¿ella quiere tener sexo contigo?

—Eres bueno, ¿eh? —le digo con una amplia sonrisa—. No, ella no va

buscando eso, ni conmigo ni con ninguno de sus "amigos". Cuando ha sucedido, ha sido porque ella se ha dejado llevar, porque se sentía cómoda. En fin, te traslado sus palabras, yo no estoy en su cabeza. Después de aquella última cita, cuando le propuse que viéramos una peli en mi casa y pasáramos la tarde, lo primero que me dijo fue que le gustaría, pero que no iba a haber sexo. ¡Las mujeres son la leche!

—Leo, ¿te cuento una cosa? Las mujeres piensan que la leche somos nosotros —me dice dándome una palmada en la espalda, guiñándome un ojo.

—Algo he oído decir. Pero están equivocadísimas, ¿verdad? Todo eso de que sólo pensamos con el pito y ese tipo de disparates... —le digo frunciendo el ceño, haciendo la pantomima.

—Sí, están locas. Menuda especie —me dice él, siguiéndome la broma. Luego, volviendo al tercio anterior, añade—: Bueno, entonces, ¿la verás en tu casa?

—Eso parece, el sábado que viene, si nada lo impide.

—¿Te la "traerán"?

—Ni más ni menos. Pero esta vez subirá ella solita hasta mi piso. No pienso acercarme al coche a saludar a la cigüeña —concluyo dándole una palmada en la rodilla y levantándome de la grada. Nuestros traseros dejaron en el cemento dos marcas de humedad idénticas, como dos manzanas partidas por la mitad.

Nos fuimos a los vestuarios, agotados de darle a la lengua, y regresamos al trabajo duchados y perfumados.

Mis charlas con Alicia continuaron casi cada noche, unas veces durante más tiempo y otras, menos. La confianza fue haciendo que surgieran otros temas de conversación, que indagáramos un poco más sobre cada uno, y que habláramos también sobre nuestro próximo encuentro. El tono jocoso de las primeras semanas se difuminó un poco, lo cual estaba bien.

Yo seguía queriendo tener sexo con ella, y no descartaba esa posibilidad, aunque no se lo confesara. Pero yo tenía asumido que no

«ocurriría nada», y no le di más vueltas. Aun así, seguía teniendo la impresión de que ella pensaba que para mí la perspectiva de pasar unas horas juntos sin la opción de tener un encuentro sexual era poco menos que un suplicio. Yo trataba de convencerla de que no, de que realmente me caía bien, que me lo pasaba bien estando con ella, pero me parecía que todo esto le entraba por un oído y no se le quedaba dentro: o le rebotaba en el tímpano o le salía directamente por el otro. No quise insistirle más.

El sábado por la mañana me sentía ligeramente excitado. Mentiría si dijera que no, pero todo este asunto del "marido voyeur" y de imaginármela a ella en semejantes situaciones me ponía muy, pero que muy, "nervioso". De hecho, cada vez con más frecuencia me asaltaban imágenes de los encuentros que ella me había relatado, con todo lujo de detalles, y en más de una ocasión me había masturbado pensando en ellas. Y no sólo eso: más de una vez me imaginé siendo la tercera pieza del puzle de la fantasía de su marido, quien nos observaría a los dos teniendo sexo mientras él se masturbaría oculto en algún rincón. ¡Tremendo! Pero de momento se iba a quedar en eso, en meras elucubraciones y fantasías. Eso sí: el morbo que me producía ella, objeto de estas imágenes perturbadoras, con su cuerpecillo de adolescente y su vocecita, no tenía precio.

Y llegó el sábado en cuestión. Sobre las siete y media suena el portero:

—¿Sí? —contesto.

—Leo, soy Alicia.

—¿Disculpe? —le digo tratando de sonar lo más impersonal que puedo.

—Perdón, pregunto por Leocadio, ¿no es el 5º A?

—Es el 5ºA, pero no conozco a ninguna Alicia.

—Pues...

—¿La tal Alicia tiene un lunar en el cuello, justo al lado de la garganta?

—¡Pero serás tonto!, anda, ábreme —me dice con fastidio, soltando un bufido.

Suena el timbre y abro la puerta. Al verla, el cuerpo me da un respingo por dentro. Se ha puesto una falda holgada, de color rosa pálido, que le llega por encima de las rodillas. Lleva también una especie de chaquetilla torera estampada y, debajo, una camisa blanca, fruncida en el escote y sujeta por unas finas tiras, en un ramillete de 5 ó 6, que le cruzan los hombros. Calza unas sandalias de color blanco, de tacón corto, que se sujeta al pie por unas bandas de cuero trenzadas sobre la curva del empeine, y por una fina tira con hebilla que le rodea el talón, todo lo cual dejaba a la vista el precioso arco de la planta del pie. Se ha pintado las uñas de un rosa casi transparente. Sólo le faltaba un enorme lazo en la cintura para llevármela de regalo.

Me acerco a ella y me inclino para besarle en la mejilla, sujetándola por la cintura. Me excito al tocarla. Apenas lleva maquillaje. No le hace falta. Y huele de maravilla. El juguete con cuerpo de mujer está a punto de entrar en mi casa, y yo, el lobo feroz, tengo que dejar de salivar para no manchar el suelo del vestíbulo.

La hago pasar y ella entra muy tímidamente.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —me dice nerviosa. Alicia solía incluir una especie de gemidito o risilla después de la mayoría de sus intervenciones.

—¿Estás segura? He comprado algunas infusiones aromáticas. Me dijiste que te gustaban los *rooibos*, ¿quieres una?

—¿Tú vas a tomar?

—Sí.

—Venga, vale —y suelta su gemidito.

La acompaño al salón. Mientras caminamos, le hago un escaneo completo de su cuerpo. Su fina cintura y sus firmes glúteos, realzados por la falda, me hacen salivar. Me fijo en sus tobillos y en los dedos de sus pies. Son preciosos. Además, se ha puesto una cadenita muy fina en el tobillo izquierdo, de plata, que descansa sobre el hueso prominente.

—Acomódate. Pon la tele, si quieres. Ya vengo —le digo, y me dirijo a

la cocina a por las infusiones.

Cuando regreso con las tazas humeantes, me la encuentro sentada muy tiesa en la *chaise-longue*, con los pies muy juntos y las manos sobre las rodillas. Tenía el móvil en las manos; no paraba de trastear con él. Su *whatsapp*, sonaba constantemente.

—¿Liada?

—No, qué va. Es Miguel —su marido—. Es por la niña, que está un poco resfriada.

Un pensamiento surca mi mente. Pienso si el marido no sólo se excita viendo a su mujer teniendo sexo con otros hombres, sino si también disfruta imaginándola en mi casa, a mi disposición. Los *whatsapps*, pienso, son como pequeñas miradas furtivas a través de la cerradura.

—Qué guapa te has puesto, ¿no? —le digo—. Espero que no hayas venido con pensamientos pecaminosos, porque no vas a obtener nada de mí.

Ella suelta una enorme carcajada nerviosa, prolongada, que finaliza con dos o tres gemiditos.

—No, puedes estar tranquilo, que no voy a utilizarte —y vuelve a reírse.

Supe desde ese momento que me iba a costar Dios y ayuda controlarme durante la velada. Estaba para comérsela. Puse la tele, bajé mucho el volumen y me senté a su lado para tomarnos las infusiones y charlar un poco. Después de unos minutos, ya con la taza en las manos, que ella abrazaba como se hace cuando uno quiere calentarse, se echó hacia atrás sobre el respaldo. Pero seguía con las piernas muy juntas.

—¿Estás bien? —le digo—. Te veo un poco tensa.

Ella comienza a hablar anteponiendo su risilla. Me dice:

—Sí, un poco, perdona. Es que soy bastante tímida. Siempre me pasa cuando entro en la casa de alguien que no conozco.

—Bueno, pues tú no te preocupes, ponte cómoda. —No cabía duda: este frágil pajarillo despertaba en los demás el impulso de acogerle y protegerle.

Charlamos durante un rato. Poco a poco se fue relajando, logró girarse hacia mí, reposar su pierna flexionada sobre el asiento del sillón y gesticular vivamente, porque ese era otro rasgo de su personalidad: se movía con una agilidad felina o, por mejor decir, aviar, con rápidos y secos movimientos. Todo esto, visualmente, se intensificaba debido a las pequeñas dimensiones de su cuerpo.

Pronto nos encontramos una vez más diciéndonos tonterías y gastándonos bromas. Cuando se nos agotaba la imaginación, Belén Esteban nos echaba un cabo dando gritos en la casa de GH VIP, con cara de alienada y vestida con su espantoso pijama. Yo me sentía impulsado, de tanto en tanto, a tocarla aprovechando cualquier excusa, pellizcarla, tirarle del pelo, buscarle las cosquillas, gestos que ella recibía con mucha gracia, acompañados siempre por sus gemiditos. Me sentía muy excitado. ¿Lo estaría ella también? Por fin, le digo:

—Bueno, qué, ¿vemos a tu querida Hathaway?

—Vale. Me apetece que veas esta película, te va a gustar —me dice.

—Te veo muy segura de ti. Soy difícil de contentar, te advierto —le digo—. Alicia, perdona, ¿te importa que me vaya a cambiar? Odio estar con los vaqueros, las costuras me molestan muchísimo. —No se lo podía revelar, pero también aprovecharía para cambiarme la ropa interior, que sentía claramente mojada.

—No, claro. Yo la iré poniendo, mientras —me dice dirigiéndose a su bolso, con movimientos ágiles, y sacando de él un *pen-drive*.

Eran ya cerca de las ocho y media. Puesto que yo no tenía que volver de nuevo a la calle, me puse un pantalón de pijama de cuadros rojos y blancos, muy hortera, unos calzoncillos bien ajustados, pues no quería darle facilidades para que notara mi estado de ánimo, y una camiseta blanca. Habitualmente suelo llevar calcetines, pero en esta ocasión no quise ponérmelos, porque cabía la posibilidad de que Alicia tocara mis pies con los suyos.

Regresé al salón y la encontré a ella acurrucada sobre el sillón, sobre

los cojines, con sus pies desnudos sobre el asiento. Había dejado sus zapatos bien colocados junto a la mesa de centro.

—¡Qué gracioso! —me suelta al verme con el pijama, irguiéndose sobre la *chaise-longue*, recogiendo sus piernas.

—¿A que es chulo? —le digo tirando de las perneras hacia los lados, con los dedos, como hacen los payasos.

—Mucho, me encanta.

—Bueno, ¿la has preparado?

—Sí, ya está.

Me acerco al sillón y me quedo de pie delante de ella.

—Bueno, ¿cómo nos ponemos? ¿Me apoyo yo en el respaldo y te colocas tú delante?

Lo fui haciendo a medida que hablaba. Me eché sobre el amplio sillón, me apoyé sobre el cojín del respaldo, de cara al televisor, y le indiqué a ella que se recostara sobre mí. Abrí un poco las piernas para que se colocara en el hueco de en medio. Lo hizo muy despacio, tímidamente, y, al apoyarse sobre mi cuerpo, no lograba dejarse caer del todo, seguía tensa.

—¿No te molesta? ¿No peso mucho? —me dice.

—Pero, ¿qué dices? —le respondo entremezclando las palabras con una carcajada—. Anda, recuéstate sin miedo. ¿Estás tú bien así? —le pregunto—. ¿Pongo un cojín debajo?

—No, gracias, estoy bien.

En cuanto se hubo acomodado, dejé descansar mis brazos a lo largo de su costado y mi mano derecha sobre su vientre. La sentí distenderse al instante, y posar su mano izquierda sobre la mía. Pronto empecé a notar el calor de su cuerpo.

Hathaway lo hacía muy bien, y tenía unos pechos magníficos —no se los había visto hasta ahora—, pero mi atención no estaba ni mucho menos sobre la película, que no estaba mal, ni sobre las facciones enormes de la protagonista. Yo me entretenía, como suelo hacer siempre que entro en

contacto con un cuerpo nuevo, haciendo pequeñas caricias y apretones allí donde tengo las manos. Bastan pequeños gestos sobre la piel o la carne de ese cuerpo ajeno para hacer notar nuestra presencia y nuestro interés. Y ese cuerpo, si está receptivo a esas sensaciones, reacciona de la misma manera.

Alicia, aunque parecía estar atenta al tío bueno de la película, estaba hablando conmigo a través de estos gestos mínimos: su brazo presionaba el mío ligeramente, durante medio segundo; su mano, cálida y húmeda, se posaba sobre la mía, presionando o hurgando con sus dedos; su pies, algo más fríos, se frotaban sutilmente contra los míos, y, en resumen, su cuerpo conversaba con el mío sin usar palabras.

A todo esto, yo estaba excitadísimo. Miraba la pantalla cuadrada pero no veía nada: veía lo que tocaba, como si los pequeños roces de mi cuerpo contra el de ella se proyectaran en párrafos sobre la pantalla de mi mente. Vamos, que no me estaba enterando de nada de lo que ocurría en el televisor. Si me hubieran preguntado por el argumento de la película, habría tenido muchas dificultades para responder. Yo seguía absorto en lo que más me interesaba. Abandoné por un momento el vientre de Alicia y comencé a rozar la piel del cuello con las yemas de los dedos. Su cuerpo respondía, se cimbreaba: yo era el viento y ella la hoja, plena sinergia.

Luego comencé a meter mis dedos entre el cabello, por toda esa zona sobre la oreja, arrastrándolos hacia atrás, como si fuera un peine, hasta la nuca. Como si su cabeza fuera el tablero de mandos de su cuerpo, yo acariciaba aquí y su cuerpo reaccionaba allí. Era un entretenimiento delicioso. Mi pene no paraba de lagrimear. ¿Estaría llorando también su entrepierna?

Seguí acariciando la melena de Alicia hasta el punto de que ya me atrevía a mirarla a ella y no al televisor, como si se tratara de una tarea que requiriese toda mi atención. En medio de esta minuciosa tarea táctil, oigo que el pajarillo me dice:

—Qué rico —acompañando estas sílabas con un nuevo estremecimiento de su cuerpo y una intenso roce de sus pies contra los míos.

De pronto, sucede algo que no me espero: Alicia se revuelve sobre mí, se gira, estira su cuello hacia mi cara y me besa en la boca. Yo me quedo parado un instante, sorprendido, tratando de comprender, mis brazos flotando en el aire. Ella no se aleja, me sigue mirando, a dos centímetros de mi cara, y vuelve a besarme, esta vez enviando su lengua a por la mía. Nos besamos, la rodeo con los brazos y la acerco más a mí. Sujeto su cabeza con mis manos, la distancio unos centímetros y nos miramos a los ojos, como iniciando una conversación en clave. Vuelvo a acercarla y la beso de nuevo, mientras siento cómo su cuerpo culebrea sobre mí y mi propia culebra crece y se hunde en sus formas carnosas.

Sujeto su fino cuello con mi mano izquierda, metiendo mis dedos por entre su melena, y sigo besándola. Me sorprende un nuevo gesto suyo: cada vez que la beso, ella se retira y baja los ojillos, como avergonzada. Luego sonríe, me envía su gemidito, marca de la casa, y vuelve a besarme. Mi boca se desliza por el cuello, mi lengua le mancha la piel. Vuelvo a escuchar: «Qué rico».

La acaricio con más confianza, mis manos se meten bajo sus prendas y toco la piel desnuda. La aprieto. Yo estoy duro y ella lo nota, se le clava en el vientre. Ha aumentado el calor, las respiraciones se han acelerado. Me yergo sobre el respaldo, le sujeto la cara con las manos, la miro y le digo:

—¿Quieres que vayamos a mi cuarto?

El pajarillo no me habla, pero dice que sí con la cabeza. Me bajo del sillón, me inclino hacia delante, cojo a Alicia en brazos y me la llevo. Dadas sus dimensiones, podría haberme llevado dos. Ella echa sus brazos alrededor de mi cuello y avanzo por el pasillo. La cara me arde. Entro en mi dormitorio y la deposito sobre el edredón. Le pido que se retire a un lado y desnudo la cama de un tirón. Me quito el pantalón del pijama, la camisa, y me quedo sólo con los *bóxers*, visiblemente deformados por la hinchazón de mi pene. Me echo en la cama, junto a ella, y empiezo a desnudarla. Ella me ayuda. Retiro la falda y observo sus braguitas blancas. Allí donde el encaje es menos tupido,

puedo entrever la piel como a través de una celosía. Le observo la vulva, lleva el pubis rasurado, puedo percibirlo. Deseo comérsela.

Ella se sienta sobre la cama y se quita la camisa fruncida, de tirantes. La observo y me deleito. Tiene el cuerpo salpicado de oscuros lunares, uno aquí y otro allí. Sobre uno de sus pechos, que sobresalen sobre el sujetador, tiene uno muy tentador, tanto como el de su cuello. Son como motas que enfocan nuestra atención y resaltan la forma de la carne, las curvas. «Más tarde me haré cargo de él», pienso para mí.

Me acerco a ella, la sujeto de nuevo por la nuca y la beso en la boca, con fuerza. Tiene las mejillas coloradas. Ella saca su lengua sin ningún reparo y busca la mía. Se entrelazan dentro de las bocas. Vuelve a dejarme ver aquel gesto: se retira y baja la cabeza avergonzada, mirándome desde ahí subiendo los ojos, como una niña traviesa. La rodeo con los brazos y le quito el sujetador. Me relamo durante el lapso en el que aparecerán sus dos montañas blandas de carne. Son mejor de lo que esperaba. Sus dos pezones son como dos enormes lunares, rosados y puntiagudos, en contraste perfecto con el blanco de su piel. Ella observa cómo yo la observo y se muestra complacida, halagada, coqueta.

Me abalanzo hacia delante y llevo mi boca directamente a uno de sus pechos. Le rodeo la cintura con el brazo derecho, la atraigo hacia mí y la succiono. Le agarro la melena con la mano izquierda, tirando hacia atrás, exponiendo de este modo toda su carne blanca a la codicia de mi boca. Le succiono el pezón, se lo embadurno con saliva y subo por la piel, arrastrando la lengua y los labios, lamiendo. Le como el lunar del cuello, cuyo resalte percibo nítidamente con la lengua.

Ella se me ofrece y se cuelga de mí, agarrándome por el pelo con el puño. Bajo mi mano derecha, por detrás, y le toco las nalgas sobre las bragas. Son perfectamente redondas, firmes. Deslizo mi mano hacia delante y le busco la vulva, que acaricio sobre la tela. Es una delicia. La encuentro como a mí me gusta: húmeda, caliente, llorosa. La acaricio con los dedos, presionando

ligeramente, y su cuerpo responde: su pelvis viaja suavemente hacia delante y hacia atrás, en un voluptuoso vaivén. «Oh, qué rico», se oye decir en mi cuarto. No pude evitar hacer un gesto muy propio en mí: llevé la mano derecha, impregnada del flujo y el olor de su entrada, a mi nariz. ¿Podía perdérmelo? No. Me gusta oler a la hembra, las emanaciones de su cuerpo, las respuestas de su llaga ante mis caricias.

Nuestros cuerpos se ralentizan, hay una pausa. Ella me palpa los hombros y el pecho con la mano abierta, con una sonrisa en los labios, mirándome furtivamente a la cara, con la cabeza gacha, forzando los ojos hacia arriba. Su pequeña mano se desliza por mi torso y me busca el pene sobre el bóxer. Me acaricia. Se inclina levemente hacia abajo y ahueca la palma de su mano para acoger mis testículos, que acaricia despaciosamente. Me quedo inmóvil y me dejo hacer, poniendo mi mano sobre su hombro desnudo.

A medida que me acaricia de este modo, siento crecer de nuevo mi deseo, se me acelera el pulso. La echo hacia atrás, sobre la almohada, y le quito las bragas. Ella me facilita las cosas alzando las nalgas. Yo deslizo sus bragas húmedas por sus piernas, que ella alza y hace pasar por su través, estirando los empeines de sus lindos pies, donde relampaguea la cadena de plata que lleva sobre el tobillo. Lanzo las bragas a lo lejos y tomo sus pies en mis manos, que comienzo a besar y a lamer centímetro a centímetro. Paso mi lengua, bien empapada, por todo el arco de la planta hasta llegar a sus dedos, que meto finalmente en mi boca y succiono como pequeños penes. Ella desliza sobre mi torso su pie derecho, húmedo de mi saliva, y me busca el miembro. Lo palpa con sus dedos, lo pellizca y, luego, haciendo una pinza, tira de la cinta de mi bóxer hacia abajo. Mi pene sale disparado, húmedo, y ella me lo acaricia de nuevo con sus dedos, sin dejar de mirarme a la cara, traviesa. Yo le concedo lo que me pide, me siento en la cama y me saco los calzoncillos. Vuelvo a ponerme de rodillas, avanzo hacia ella y me sitúo al lado de su cuerpo. De pronto, gira la cabeza, se echa la mano a la boca, ocultando una pícara sonrisa, se incorpora, se sienta reposando sus piernas flexionadas hacia

un lado y me mira el pene.

—¿Qué pasa? —le digo también sonriendo, algo extrañado.

—Me vas a destrozar —responde, sus ojos fijos en mi sexo.

Yo miro hacia abajo, a mi entrepierna, y luego de nuevo hacia ella.

—Hala, ¿pero qué dices? —le pregunto, soltando un bufido, levantando las palmas de las manos hacia arriba.

Ella sigue negando con la cabeza, sin abandonar su sonrisilla, y replica:

—De verdad, me vas a hacer daño.

Yo apoyo mis manos en las caderas, vuelvo a mirarme el sexo, que comienza a debilitarse, y le digo:

—Pero si es... normal. Y además me dijiste que hace poco estuviste con un chico que medía 1'88. Puede que sea una mala comparación, pero...

—La suya era muy normalita —me interrumpe.

Yo me dejo caer hacia atrás, me siento sobre mis tobillos y pongo mis manos en mis muslos. Ella se incorpora y se acerca a mí, sin borrar su sonrisa traviesa. Se pone de rodillas, me acaricia los muslos y me da un beso en la boca. Yo le vuelvo a rodear el cuerpo con los brazos, siento que me acelero de nuevo. Ella me sigue besando por la cara y el cuello y se sienta sobre mí, sobre mis muslos, abriendo las piernas. Yo puedo abarcarla como un juguete. La pego a mí. Mi pene, que vuelve a inflamarse, comienza a rozarle los labios de la vulva. Ella acerca su boca a mi oído y me dice en un susurro:

—Házmelo despacito...

La frase me enciende como una hoguera. Le acaricio la melena y la sujeto por la nuca. Acerco mi boca a su oído, y replico:

—Claro que sí, tonta; verás que no pasa nada —y ella se abraza fuerte a mí, como un coala en su tronco.

Sujetándola con mi brazo, me incorporo y la vuelvo a echar sobre la cama. Me deleito mirando su cuerpo torneado, blanco y juvenil tendido sobre las sábanas. Me sitúo a su lado. Comienzo a lamerle la piel,

indiscriminadamente: el cuello, las clavículas, los pezones, el vientre. Mientras lo hago, mi mano viaja hasta su entrada carnosa y comienza a masajearla. Quiero prepararla.

Mientras le succiono los pezones, pasando de uno a otro, mis dedos hacen pequeños círculos sobre su clítoris, presionando levemente. Tras unos instantes, los deslizo hacia abajo y paso la yema de los dedos por la abertura, que la siento cada vez más húmeda e inflamada. Meto los dedos y hurgo su cavidad, palpo las pareces cremosas. «Oh, así, qué rico», oigo que dice una vocecilla, y los movimientos de su pelvis corroboran sus palabras. Ambas cosas me inducen a seguir con mi maniobra.

Mis dedos se empapan con su flujo. Yo me relamo con el resultado, y siento que mi pene pide su turno. Me incorporo, me deslizo sobre las sábanas y me sitúo entre sus piernas. Me inclino sobre ella, ambos brazos apoyados sobre el colchón, a los lados de su cuerpo, y le beso en la boca. Mi pene inflamado le roza la entrepierna, que yo busco intencionadamente con mi punta. Me sujeto el pene con la mano y embadurno la cabeza con los flujos de su sexo, repasando la abertura arriba y abajo. Su pelvis se acompasa con mis roces, como pidiéndola. Encajo mi miembro en la entrada y me inclino despacio sobre ella. Comienzo a lamerle el lóbulo de la oreja, a respirar sobre su oído, y empujo muy despacio con mi pelvis, introduciendo una porción de mi miembro hinchado. Ella me busca el oído:

—Así, la puntita sólo… —me dice.

Su susurro provoca en mí el efecto contrario: deseo penetrarla con todas mis ganas, pero debo controlarme. Así que empujo despacio, concentrando mi atención en mi glande, que es ahora mi única guía. Le introduzco la puntita, como me pide el pajarillo, y me la como con la boca. Mi sonda tumefacta sigue abriéndose camino por su pasadizo carnoso, avanzando poco a poco, cada vez un poco más.

—¿Así te duele? —pregunto en un susurro, mi boca en su oído, sabedor de que su húmeda entrada apenas me ofrecía resistencia.

Con la respiración agitada, responde:

—No, sigue, un poquito más...

Hasta que no hubo más. La penetré hasta lo más hondo, despacio, frotando en cada embestida mi pubis contra el suyo, rozándole el clítoris con mi vello ensortijado. Ella enlazó sus piernas sobre mi grupa, atrayéndome hacia sí. Tras unos minutos, abro sus piernas y me retiro despacio. Una lágrima lechosa, color perla, corría despacio por la boca de su abertura.

La volteé sobre sí misma y me la acomodé bajo mi cuerpo, a cuatro patas. Mi pecho sudoroso rozaba su espalda, algo más fresca. Tomé de nuevo el miembro en mi mano y, recogiendo la gruesa lágrima de excitación que viera brotando por su abertura segundos antes, volví a encajarle la puntita. Abracé su cuerpo menudo con mi brazo derecho, sujetándola, hasta el punto de que ella podía dejarse caer, suspendida, sin apoyarse sobre el colchón. Mi brazo izquierdo, tenso y apoyado sobre la cama, nos mantenía suspensos a los dos.

Comencé a penetrarla despacio, esta vez con más descuido, pues el camino ya estaba franqueado y lúbrico. Sentir su frágil cuerpecillo debajo del mío, recibiendo mi grueso miembro, me hizo consciente de las diferentes proporciones: la imaginé encajada y atravesada, como el cerrojo que impide abrir una puerta. Fui aumentando el ritmo, apretándola contra mí, tal como la tenía sujeta. Ella se agarraba con su mano a mi brazo, confiada en que no caería sobre el colchón, y giraba su cabeza buscándome la boca, como un polluelo que busca la comida en el pico de su madre. La penetré así mientras la besaba, sintiendo mis testículos chocar contra su vulva.

En medio de los jadeos, suyos y míos, ella lleva su mano a su entrepierna y comienza a masajearse mientras la penetro. Con los ojos cerrados, su cabeza subía y bajaba rítmicamente, acompasada a las idas y venidas de mi miembro. Sentía, de tanto en tanto, cómo me acariciaba el cuerpo del pene con las yemas de sus dedos, pringosos de su flujo, entrando y saliendo de ella.

Mi brazo izquierdo, tenso como un pilar de sujeción, comenzó a temblar al mismo tiempo que su cuerpo, que empezó a estremecerse con sus caricias y mis embestidas. Comencé a sentir las sacudidas del orgasmo, que impulsaban los movimientos involuntarios de mi pelvis. Su respiración agitada dio paso a un jadeo incontrolado. Sus muslos comenzaron a temblar y una cálida baba mucosa comenzó a brotar de su sexo y a resbalar por los míos, al tiempo que yo me derramaba dentro de ella. Exhaustos, agitados, sudorosos y aún temblando, nos dejamos caer sobre las sábanas, aún ensartados, y fuimos recuperando la respiración, uno junto al otro, mi brazo rodeándola por el vientre.

Sin movernos, fuimos cayendo despacio en una agradable modorra. Nuestros cuerpos se fueron distendiendo, y, una vez flácido, mi pene salió de ella, húmedo. En el silencio del cuarto, donde sólo se escuchaban nuestras livianas respiraciones, comenzaron a llegar a través del pasillo los sonidos del *whatsapp* de Alicia, que había dejado el móvil en el salón. Ella se da la vuelta sobre la cama, se queda frente a mí y enrosca su pierna sobre mi cuerpo. Yo, con los ojos cerrados, siento su boca salpicarme la cara con pequeños besos. Me dice susurrando:

—Me tengo que ir.

Yo me hago el remolón unos segundos, sonriendo sin abrir los ojos. Finalmente, los abro, le acaricio la mejilla, acerco mi boca a su oído, y le digo:

—A ver cuándo te decides a coger el coche, miedica —y le doy un mordisco en el cuello, justo sobre el lunar.

Después de acicalarnos y recomponernos, regresamos al salón y charlamos unos minutos. Alicia se había despistado un poco con la hora. Eran más de las diez. Miguel le avisaba con un mensaje de *whatsapp* de que ya se encontraba aparcado en la acera de enfrente. Ella teclea con dedos ágiles otro mensaje y se lo envía.

—Lo he pasado genial —me dice acariciándome el muslo. Estamos